

Se busca  
amor

*Lee Vincent*

AUTORA ROMANCE MODERNO BESTSELLER AMAZON

# Se busca amor

*Lee Vincent*

[www.leevincentbooks.com](http://www.leevincentbooks.com)

PRIMERA EDICIÓN AGOSTO 2018

WHITE LOTUS HOUSE PUBLISHING

Se busca amor

Obra registrada en Safecreative # 1808118026078

©Lee Vincent

Queda prohibida la reproducción de esta obra de manera parcial o total sin el consentimiento de su autora.

**Contacto:**

Email: [leevincentauthor@gmail.com](mailto:leevincentauthor@gmail.com)

Blog: [www.leevincentbooks.com](http://www.leevincentbooks.com)

Facebook: Lee Vincent Escritora

Twitter: @AutoraVincent

Instagram: Lee Vincent

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora. Por lo que cualquier parecido con personas vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, marcas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

*¿Acaso hay que tener una razón para amar?,*

Brigitte Bardot

# Preámbulo



**H**elena se fijó en la tarjeta comercial que su hermana mayor, Linda Lowell, dejó sobre su escritorio esa mañana cuando llegó al bufete de su padre. La mujer apareció junto a la promesa de que en ese diminuto cartón Helena encontraría la clave para enfrentarse a uno de los mayores desafíos de su vida: la boda de su hermana menor en Bahamas.

—Ahí está la clave para que salgas bien librada frente a Theo durante la boda de Adele —sentenció Linda, una mujer de cabellera castaña, que le rebasaba los hombros, y unos ojos color ámbar muy expresivos.

Se refería al jugador de fútbol americano Theo Harding, la expareja de Helena. Un tipo que la abandonó en medio de los preparativos de su propia boda hacía ocho meses. Un evento que devastó a Helena y del cual no se había recuperado.

—Le diré a Adele que no asistiré —resolvió Helena sin dejar de lado la tarea de registrar la correspondencia.

Ambas trabajaban en el bufete de su padre, el abogado Robert Lowell, un hombre cuya fama rebasaba el estado de Florida y se extendía por todo el este de Estados Unidos. Litigante aguerrido, despiadado con sus contrincantes y sagaz frente a la justicia, como ningún otro.

Helena se afanaba en su tarea con diligencia y precisión, puesto que la pila de documentos que tenía ante sí debía estar sobre el escritorio del jefe antes de que asomara las narices por la oficina y exigiera, mediante gritos estridentes, que cumpliera con su deber. No importaba que fuera su padre, en el escenario laboral, sus dos hijas eran sus empleadas, sin beneficios ni favoritismos.

—¿Te atreverías a romperle el corazón a Adele? —Linda acudió a lo que mejor sabía hacer: manipular—. Te ha escogido como su dama de honor.

Adele era la menor de las Lowell, producto de las segundas nupcias de Robert con una mujer casi veinte años menor que él durante la década de los años noventa.

Por si fuera poco, Adele también era una de las fanáticas principales de Theo Harding y, por lo tanto, insistía en que Helena debería darse una segunda oportunidad con el deportista. Excepto su hermana Linda y su padre, todos a su alrededor hacían campaña en favor de Theo.

—Sabes que últimamente hemos estado distanciadas —manifestó Helena con desánimo.

Linda apoyó los codos sobre el mueble de recepción para fijarse en el rostro de su hermana con un gesto suspicaz.

—Desde lo de Theo te has distanciado de todo el mundo, Helena, excepto de mí y de papá. Eso porque trabajamos juntos y no tienes otro remedio, a menos que busques otro trabajo.

Helena sabía que Linda tenía razón. Desde que Theo le pidió espacio y rompieron el compromiso, se había encerrado en su mundo de soledades y tristezas, como si con eso purgara alguna culpa. Además, apenas salía del apartamento que compartía con Linda, excepto para tomar clases de yoga los sábados durante el día y al cine, alguno que otro fin de semana. Para esa época se había vuelto muy taciturna.

Incluso, hacía meses que no conducía las casi siete horas que tomaba el recorrido desde Miami hasta Tallahassee para visitar a su madre en Woodville. Primero, porque Nancy Preston lo único que hacía era reprochar las malas actuaciones de Robert Lowell, y segundo, porque la mujer la instaba para que arreglara las cosas con la estrella del fútbol americano.

—Sé lo que estás pensando, Helena —dijo Linda con un tono de sentencia cuando se encaminó hacia la cafetera—. No vamos a tener esta conversación de nuevo. Adele quiere que seas tú quien la acompañe durante su trayecto al altar y a mí me parece extraordinario.

—Deberías ser tú, Linda. Eres la mayor de las tres.

—Lo que deseas es librarte de esa estadía en Bahamas.

—Si fuera una estadía verdadera, estaría dando brincos de alegría, pero no me imagino a todos los Lowell reunidos. ¿Recuerdas al tío Dimitri? —Helena

utilizó un tono sarcástico que divirtió a su hermana.

—¿Cómo olvidarlo! —comentó Linda con un gesto histriónico—. Ese sí, es un Lowell puro y verdadero.

La realidad era que el hermano mayor de su padre, un ex competidor de la lucha libre, siempre estaba muy presente, a tal punto de que también trabajaba en el bufete como mensajero y principal alcahuete de Robert, aunque para alivio de ellas solo asistía dos veces por semana.

—¿Te lo imaginas en frac? —preguntó Linda con un tono divertido.

Helena intentó hacerse la imagen mental de su tío, pero al final desistió. No, no se podía imaginar a Dimitri ni tan siquiera con chaquetón y corbata, mucho menos en un traje formal.

—Lo peor es que tendremos que interactuar con los padres de Danny —comentó Linda—. ¡La gran Theresa Aniston! ¿Tú crees que llegue a la Casa Blanca?

Danny Aniston era el afortunado novio de Adele y *running back* del equipo el cual Theo capitaneaba. Pero, además, el pequeño Danny —como todos le llamaban, pese a que rebasaba los dos metros— era el hijo de una congresista demócrata de los Estados Unidos, quien se rumoraba tenía aspiraciones a la Casa Blanca. Avalada por su multimillonario esposo, Frank Aniston, no había dudas de que Theresa Aniston sería la primera mujer en ganar la presidencia de los Estados Unidos.

—Te imaginas cuando nuestra madrastra quiera presumir de la fortuna de nuestro padre frente a ellos —comentó Linda con sorna.

Robert Lowell era un litigante brillante, poseía una considerable fortuna, que se había ganado a fuerza de trabajo, pero jamás comparaba con la pecunia de los Aniston.

—No iré a esa boda —renegó Helena.

—Sabes que nuestro padre no te perdonaría una afrenta como esa, hermanita. Por eso es mejor que te dediques a buscar quien te acompañe para que le patees el trasero a Theo. Lo acordamos anoche.

—No prometí nada, Linda. Además, bebí demasiado vino.

Linda chascó la lengua y prosiguió por el pasillo para ocupar su escritorio.

Como la asistente personal de Robert debía tener lista la agenda y los expedientes que el abogado tendría que estudiar ese día.

—Utiliza esa tarjeta, no te arrepentirás —gritó Linda desde su lugar de trabajo.

Helena jugueteó un rato con la cartulina. Se consideraba una curiosa sin remedio, solo por eso se giró en la silla secretarial que ocupaba en la recepción y abrió el servidor de internet.

[www.rentaunamigo.com](http://www.rentaunamigo.com)

¡Jamás estarás solo!

Un catálogo de extraordinarios prospectos se abrió ante sus ojos. Desde hombres blancos, morenos, rubios, negros, hasta latinos y asiáticos. Todos con unos perfiles asombrosos: empresarios, doctores, contables, mecánicos... le llamó la atención uno en particular por su gran parecido con el actor Henry Cavill. Cuántas veces había fantaseado con que Superman le hacía el amor como si fuera Luisa Lane. En sus mejores sueños eróticos Cavill era protagonista por excelencia. Su rostro anguloso, sus ojos azules, su cabello marrón y ese cuerpo. Pero esos pensamientos los tenía muy reservados.

—Parece que te gusta lo que ves —la voz de su hermana a su espalda sobresaltó a Helena.

—¿Cómo sabes de esta página?

—He utilizado sus servicios —admitió Linda con osadía mientras disponía del café.

—¿Has contratado a prostitutas? —Helena estaba sorprendida con la confesión.

—No son prostitutas, Helena. Si te fijas, hay una advertencia en la página.

Era cierto, en letras mayúsculas de color rojo se leía: “LOS ACOMPAÑANTES NO TIENEN SEXO CON LOS CLIENTES”.

—Son hombres que solo brindan compañía. Ejemplo, como en tu caso, que necesitas a un hombre para destruir la hombría de Theo, pero no estás

interesada en comenzar una relación o mujeres que simplemente quieren hablar un poco.

—¿Por qué dices que la has utilizado? —preguntó Helena sin salir del perfil de Superman. Había fotos realmente tentadoras, como la que exhibía al hombre haciendo ejercicios o otra en la que practicaba el alpinismo.

—Cuando tuve mi crisis con Harry acudí a la compañía —admitió Linda sin mayor alborozo—. Me sentía muy sola.

Harry era el exmarido de Linda. Un cirujano de Georgia que terminó engañándola con una colega antes de cumplir su segundo año de matrimonio. Al final quedaron como buenos amigos y Linda regresó a Miami después que Robert le exigió el divorcio. Su padre había ido a Atlanta a rescatar a su hija.

Al menos ahora no se sentía tan sola desde que Helena decidió vivir con ella. Dos despechadas que se contaban las penas y se lamían las heridas ante la mirada incomprensiva de Mitch, el gato de Linda.

—¿Usaste un acompañante? —preguntó Helena, sorprendida. Jamás imaginó que su hermana hubiese acudido a un servicio como ese.

—Ya te dije, la soledad me empujó, pero para esa época comenzaron a subir las tarifas y desistí.

Ahora que su hermana mencionaba el asunto, Helena se dirigió a la pantalla de costes. Al ver los importes por hora y las condiciones de la agencia, cerró la pantalla enseguida.

—¿Qué haces? —preguntó Linda cuando vio que su hermana retornó a la tarea de registrar la asistencia.

—¿Acaso crees que Robert Lowell me paga una millonada?

Linda soltó una carcajada.

—Será mi regalo, Helena.

—Por supuesto que no. ¿Viste lo que cuesta el servicio?

—Deja de ser tan orgullosa.

—Por nada del mundo permitiré que gastes esa cantidad para patearle la hombría a Theo. ¡Es una locura!

—Con tal de verle la cara de imbécil que pondrá cuando llegues a

Bahamas del brazo de un verdadero hombre, pagaría con un riñón.

Se espabilaron cuando escucharon el timbre del ascensor por temor a que Robert hubiese adelantado su hora de llegada. Con seguridad entraría con cualquier tipo de groserías a flor de labio y daría órdenes a diestra y siniestra. Ambas soltaron suspiros de alivio y se relajaron cuando se percataron de que fue el tío Dimitri quien atravesó el umbral.

—¿Cómo están las chicas más hermosas de todo Miami y ciudades adyacentes? —saludó el viejo con zalamería.

Le dio un beso a cada una de sus sobrinas y se apoyó en el mostrador de recepción. Era un hombre de setenta años, de cabello canoso, que le rozaba la mitad de la espalda, y una abundante barba blanca.

—¿Y cómo va todo por aquí? —preguntó Dimitri—. ¿Ya ganamos la demanda Melbourne y nos volvimos millonarios?

—Estamos muy lejos de eso —bufó Linda.

Desde hacía meses, los esfuerzos en el despacho estaban volcados en que Robert Lowell ganará el pleito de divorcio de Matías Melbourne contra su esposa, pero a medida que pasaba el tiempo el caso se complicaba más.

—¿Y su padre? —preguntó Dimitri.

—Tal vez se fue de pesca a la Bahía de Sunset o a esquiar a Vermont —dijo Linda con su característico humor—. Vayan ustedes a saber. De Robert podemos esperar lo que sea.

—Viene más tarde —contestó Helena, con tono resignado.

—Estaré en mi escritorio —dijo Linda después de servirse el café—. Hoy tienes varios encargos, Dimitri. No te distraigas —Luego la mujer se perdió por el pasillo.

—Sí, jefa —contestó el viejo—. Como usted mande, capitana.

Helena apiló la correspondencia para dirigirse al despacho de su padre, ausencia que Dimitri aprovechó para leer la tarjeta comercial que descansaba sobre el teclado de la computadora.

El viejo frunció el ceño y entornó los ojos. ¿Por qué su sobrina tendría que rentar a un amigo? Le creó suspicacia, pero no dijo nada. Se mantendría en

guardia, como siempre.

# Capítulo 1



**H**elena Lowell atravesó las puertas del bar con una sensación de aprensión que se manifestaba en su caminar vacilante. Hacía unos minutos había respondido un WhatsApp de su hermana mayor para dejarle saber que no había desistido de aquella misión a último minuto, tal y como la mujer supuso desde que dejó su apartamento.

Durante toda esa semana Linda insistió con vehemencia para que Helena accediera a esa locura, así que cansada de la cruzada de su hermana y presa del resentimiento que le provocó ver a Theo pavoneándose con su nueva conquista en Instagram, se lanzó a rentar un hombre para que la acompañara a Bahamas.

Claro estaba, lo hacía como medida extrema en esa situación tan inusual que suponía la boda de su hermana, la “dulce” Adele. Recordó su más reciente conversación con ella. Le parecía escuchar la voz chillona de su hermana menor cargada de entusiasmo:

—Este sábado tienes que presentarte con la diseñadora, Helena. El vestido que he escogido para ti es hermoso —añadió la chica de veintiún años—. Deja que lo veas.

En esa ocasión Helena quiso ripostarle que no era merecedora de ese honor de acompañarla al altar, pero no quería ser cruel y acabar con sus ilusiones. Le parecía ver el vestido que le correspondía como dama de honor; un soso traje rosado, con encajes y volantes, más apto para una quinceañera que para una mujer como ella, que estaba próxima a cumplir los veinticuatro años. Resopló en su mente.

—Tengo algo que decirte —había añadido Adele en esa conversación telefónica con un tono que preocupó a Helena—, Danny le ha pedido a Theo que sea el padrino de la boda.

Esa noticia le cayó a Helena como un balde de agua fría, pero para salvar su truncado orgullo no manifestó ninguna animadversión. Se mantuvo lo más serena que sus nervios le permitieron, aunque también ayudó el hecho de que estaba en su trabajo atendiendo a un cliente de su padre. No podía hacer un berrinche de proporciones épicas frente a Matías Melbourne, pues a Robert Lowell le podría costar varios miles de dólares. Así que apretó los dientes y mantuvo silencio.

—Espero que no tengas problemas con eso —añadió Adele.

Quiso gritar hasta que sus quejas se escucharan en Júpiter, pero se controló. Tenía un cúmulo de insultos bastantes subidos de tono en la punta de la lengua, sin embargo, se sosegó. «Respira, Helena, respira», se dijo a sí misma.

—No tengo problema en que Theo sea el padrino de tu boda, Adele —dijo con los dientes apretados.

Su hermana lo celebró con claro entusiasmo antes de culminar la llamada.

Esa era otra razón de peso para estar en ese bar. Tenía que llegar a Bahamas y patearle la hombría a Theo. Recordó lo cruel que se había comportado cuando rompió el compromiso. “No puedo continuar, Helena. Tengo que mirar nuevos horizontes. Me siento estancado en esta relación y no vislumbro un matrimonio a corto plazo”, le había dicho con una tranquilidad pasmosa el día que rompió el compromiso. ¿Por qué demonios no se lo dijo antes de entregar las invitaciones, confeccionar el vestido y alquilar las instalaciones del rancho Miller?

Después de la ruptura, ella abandonó la casa de su madre en Tallahassee para reubicarse con Linda en Miami y así dejar atrás los comentarios mal intencionados de la familia y los allegados. De eso habían transcurrido varios meses, pero Helena no había podido olvidar al futbolista, aunque cada día se afanaba por lograrlo. Luego, el deportista inició un despliegue de nuevas conquistas, las cuales exhibía en las redes sociales y durante las entrevistas que tenía con la prensa.

Evocó la última vez en que coincidió con la estrella de fútbol. Fue en una cena que los Aniston ofrecieron para anunciar el compromiso de Adele y Danny. Theo llegó con una pelirroja del brazo y mucho whiskey en la cabeza. Helena hizo acopió de dignidad cuando, en medio del festejo, Theo hizo una

escena bastante vulgar con la pelirroja. Ella decidió refugiarse en la biblioteca para contener la ira y proteger su orgullo, pero hasta allí fue el futbolista para martirizarla. Ebrio, intentó besarla, pero ella resistió. Luego de eso, Theo Harding le dijo con claro desdén: “Ningún hombre querrá estar con una mujer que es tan remilgosa para el sexo, Helena. Eres frígida”.

Ese golpe a su autoestima la alejó de la posibilidad de conocer a otras personas, pese a que Linda se empeñaba a diario en que se diera la oportunidad.

Por eso esa noche se citó allí con el chico que la acompañaría a Bahamas. Al final optó por el doble de Henry Cavill, un tipo de veintiocho años, contable y alpinista. Su nombre era Alex Madison. Lo suficientemente guapo como para demostrarle a Theo que consiguió un sustituto. “El juego se llama venganza, Helena”, le había dicho Linda antes de que saliera rumbo al bar esa noche.

Caminó entre los presentes hasta que alcanzó la barra para acomodarse en un taburete alto. Se encandiló unos segundos cuando vio a uno de los bartenders preparar una bebida que requería que el hombre le prendiera fuego al contenido de la copa. Lo había visto en películas, pero jamás había presenciado un acto tan llamativo como ese en persona, así que le pareció fascinante.

—Hola —Helena escuchó una voz grave que la sacó de su abstracción—. ¿Te atienden?

Cuando giró la cabeza se encontró con un hombre de cabello castaño, ojos claros y un par de hoyuelos muy sexys, que sobresalían de una barba rudimentaria.

—¿Un Cosmopolitan para soportar la espera? —le preguntó el desconocido desde detrás de la barra—. Aaron Smith, encantado —se presentó.

El hombre extendió la mano con cortesía, saludo que ella respondió como autómatas.

—Helena Lowell, mucho gusto.

—Los chicos de la agencia a veces tardan un poco, pero siempre llegan —comentó Aaron con tono optimista.

Cómo ese hombre sabía lo que estaba haciendo allí, se preguntó ella.

—Puedo ofrecerte el trago de la casa —añadió el hombre—. Un sabroso daiquirí al estilo Hialeah —volvió a sonreír.

No estaba segura de si quería beber alcohol y mucho menos qué diablos hacía en ese bar de Miami Beach esperando a un hombre que no conocía, al cual Linda le pagaría por aparentar ser su pareja. ¡Patético!

Sin embargo, asintió ante la insistencia del tal Aaron. Cuando el hombre se volteó para servir la bebida, Helena no pudo pasar por alto su figura. Aunque no era un hombre robusto, como Theo, tenía el trasero pronunciado y firme. Un nueve, seguro, si Linda estuviera allí.

Aaron regresó con el trago y su sonrisa de niño travieso. Ella simuló indiferencia. No quería darle alas al bartender. Además, no quería perder el enfoque de porqué estaba allí en realidad.

—Espero que te guste —dijo él—. No tienes cara de que bebas mucho.

La intromisión del desconocido se le hizo molesta, pero optó por ignorarlo, cruzar las piernas y disfrutar del daiquirí. El tipo se le estaba haciendo un poco pesado. Hablaba mucho y, pese que atendía a otros clientes, no le quitaba los ojos de encima.

Media hora después Helena entró en un estado de ansiedad terrible. El alpinista no daba señales de aparecer. Tendría que llenar un formulario de quejas en la dichosa página para que tomaran acción. El servicio le parecía bastante mediocre. No entendía cómo Linda había alabado algo tan deficiente. Repasó el correo electrónico que le envió la agencia para comprobar que la fecha, la hora y el lugar estaban correctos.

—¿Me puedes servir otro daiquirí? —solicitó ella.

Estaba malhumorada. Si el tal Alex Madison se había retrasado por algún imprevisto, lo menos que debía hacer la agencia era enviar un mensaje.

—Daiquirí para la dama. —Aaron dejó la bebida en la superficie de la barra sobre una servilleta—. A veces se retrasan, pero siempre llegan.

—¿Cómo sabes que estoy esperando a alguien? —indagó Helena.

—Es lo que hacen las chicas que miran con insistencia hacia la puerta y fruncen el ceño.

Helena evitó contacto visual con el hombre.

—Si una chica tan hermosa como tú me estuviera esperando con tantas ansias, no la haría esperar —dijo él con voz melosa.

—No espero a nadie —mintió ella para salvar su orgullo.

—La agencia enviará un repuesto en caso de que haya pasado algo.

—¿Cómo sabes que...?

—Tranquila, tu secreto está a salvo. —El hombre le guiñó un ojo y se dedicó a limpiar la humedad del tope de la barra con un paño—. Este es el punto de encuentro más usado por la agencia.

¿Acaso todos los que trabajaban allí sabían que esperaba a un tipo a quien le pagaría por un servicio de acompañante? En ese momento una de las camareras la miró a distancia con cara de lástima. ¡Tenía que salir de allí!

—¿Puedes traerme la cuenta? —solicitó ella.

Antes de recibir la respuesta del bartender, Helena sintió el celular vibrar en el bolso. Se fijó en que tenía un mensaje de la agencia: “Perdone la tardanza. Nuestro servicio está próximo a llegar al lugar”. Entonces, la mujer se relajó.

—Te lo dije —mencionó Aaron con entusiasmo—. Tienen un servicio de primera. ¡No fallan!

—¿Acaso trabajas para la agencia?

Aaron sonrió con socarronería.

—Hermosa, mis servicios son por amor al arte.

Helena abrió los ojos como platos. Pocas veces se había topado con un hombre tan directo. Aunque, para decir verdad, su experiencia con hombres era bastante finita. Se limitaba a un noviazgo de cuatro años con Theo y algunos pretendientes durante sus años como universitaria. Fuera de eso, entendía que no se manejaba muy bien con el sexo masculino. Lo atribuía a que era una chica bastante tímida y que era un poco melindrosa con los avances descarados de algunos hombres.

Agradeció en su mente que el bartender regresara a su faena, así no tendría que lidiar con esos dos hoyuelos, su rostro apuesto y sus comentarios

punzantes. Claro que lo hacía por amor al arte, si era guapísimo, así que no le costaría mucho esfuerzo levantarse a una chica y terminar en su cama. Demasiado frívolo para el gusto de Helena.

**H**abía pasado dos horas y cuatro daiquirís desde que Helena recibió el mensaje de la agencia y el tal Alex Madison, alpinista y contable, no daba señales de aparecer. Con seguridad se había quedado encerrado en el ascensor de su edificio, había perdido el taxi por tercera vez o había sufrido un ataque estomacal ante los nervios por aquella cita, figuró ella. También existía una gran probabilidad de que el Superman estuviera rescatando a Luisa Lane.

Esperaba que tuviera una buena razón que justificara la tardanza, pues a ella se le habían hecho fastidiosos los comentarios mordaces del bartender, su coquetería descarada y ese firme trasero que se paseaba ante ella como si se tratara de un delicioso pastel de chocolate, con crema agria y fresas incluidas.

Imaginó la sensación de propinarle unos cuantos azotes en el trasero o mordisqueárselo. «No más alcohol, Helena», se dijo cuando advirtió los pensamientos lujuriosos que inundaban su mente. Era comprensible que sintiera deseos carnales y ardientes por el bartender. «¿Qué estoy pensando? ¿Deseos carnales con un tipo al que acabo de conocer?», se preguntó a sí misma.

En eso recibió otro mensaje de su hermana:

*“¿Cómo va todo?”.*

*“Fatal. El tipo no ha llegado”.*

*“Qué raro. La agencia es muy puntual”.*

*“Brindan un servicio pésimo. No los recomiendes”.*

*“Espera un tiempo más. Llegará”.*

Helena regresó el celular a su bolso. Harta del optimismo de su hermana, apoyó los codos en la barra y absorbió de un solo sorbo lo que quedaba de su daiquirí.

Unos minutos más tarde Aaron colocó el quinto trago sobre la barra. Ella

pensó en negarse, pero la fresa que coronaba la bebida parecía gritarle: “cómeme”. Creía que el tal Aaron era capaz de leerle el pensamiento porque el hombre sonrió con descaro y comentó:

—Daría lo que no tengo porque me miraras como has mirado a esa fresa.

Helena se giró con altivez y su mentón en alto. «Indiferencia, Helena. El bartender pide tu indiferencia a gritos», se dijo.

De ahí en adelante la espera se hizo liviana. Si había que esperar al alpinista contable y buenorro, pues que fuera acompañada de un refrescante daiquirí.

**A** Aaron le llamó la atención la chica desde que atravesó el bar con ese aire inseguro del que se adentra en un lugar desconocido. Su vestido elegante y discreto, junto a su cara de claro aspaviento, ante sus comentarios, la delataban. No correspondía a aquel lugar.

No era la primera vez que veía a una mujer frente a la barra mirando hacia la puerta con insistencia, llena de ansiedad, hasta que uno de esos tipos parecía venir a rescatarla. Según sabía, los hombres inscritos en la agencia no podían tener sexo con los clientes, pero eso era una burda mentira. Por comentarios muy cercanos al bartender le constaba que muchos de ellos se saltaban esa regla, más aún si el usuario del servicio le parecía atractivo.

Observó a la chica daiquirí devorar la fresa que le acababa de servir con su quinto trago. Esa chica no tenía necesidad de andar contratando a un hombre que le hiciera compañía. Era atractiva, tal vez no era tan hermosa como el arquetipo de mujer que permeaba en la sociedad, pero tenía un cuerpo estilizado, piernas largas y buenos pechos. Además de una cabellera marrón que le llegaba a mitad de su espalda y demarcaba un rostro anguloso muy atrayente. Lo más que le llamaba la atención eran los labios en forma de corazón, los cuales mostraban un labial rojo cerezo.

En todo ese tiempo lo había tratado con indiferencia y jamás había sonreído ante sus chistes poco graciosos. Se trataba de un vasto repertorio que le había granjeado una amplia fanaticada entre las mujeres que asistían al bar,

pero que a la chica daiquirí no le habían sacado ni una falsa sonrisa. Y esa indiferencia era como un imán para un tipo como Aaron Smith, a quien le fascinaban los retos.

—Así que te llamas Helena Lowell —comentó Aaron.

El hombre se sentía fuera de forma en su coqueteo. Hacía mucho tiempo que no intentaba llamar la atención de una chica tan difícil, pero eso le impartía mayor atractivo. Por eso se empeñó en captar su atención.

—Como la hermosa Helena de Troya, la hija del dios Zeus.

Por fin logró que sonriera, aunque fuese con cinismo.

—¿Vives cerca? —preguntó él.

—Al otro lado de la ciudad, cerca de Palm Spring.

Aaron le retiró la bebida sin vacilación y Helena se quejó.

—No más alcohol, chica daiquirí.

—Oye ¿te crees mi padre? Estoy esperando al alpinista.

El bartender sabía muy bien a quien Helena se refería. Hizo una mueca de preocupación. Alex Madison no se merecía conocer a una chica como aquella. Le partiría el corazón cuando se aburriera de ella. Él sí se saltaba todas las reglas, en particular la de no sexo con los clientes de la agencia.

Aaron se quitó el delantal, le dijo algo al oído a uno de sus compañeros y abandonó la barra.

—Vamos —le dijo a Helena cuando se plantó frente a ella.

En cambio, la mujer lo observó sin entender, soltó una sonrisa burlona y se giró para ignorarlo.

—Me encargaré de que llegues bien a tu casa.

—Estoy esperando a Superman—insistió ella, aferrada a la barra—. La agencia me dijo...

Aaron no tenía la paciencia necesaria para esperar a que la chica se decidiera, así que la tomó del codo con cuidado, pero con firmeza.

—Ya te dije que Superman no va a venir —sentenció él—. Está en una misión para salvar el mundo.

Sus años como bartender le habían enseñado que en vano era el esfuerzo de llevarle la contraria a un borracho. Era mejor dejar que la situación fluyera.

Al final, Helena se dejó guiar hacia la puerta. Trastabillaba con cada paso, pero Aaron la sostenía por la cintura para así evitar un papelón frente a todos. No sabía por qué se preocupaba, pero estaba convencido de que aquella chica no era como las que acostumbraban a asistir al bar cada sábado, punto. Obvio que se había topado con chicas ebrias, pero bastante osadas como para solicitar un taxi o bastante irresponsables como para no admitir su estado y conducir sin importar las consecuencias.

Además, pensaba que era un gran riesgo para ella, pues estaba sola, a una distancia considerable de su casa y ya era medianoche.

—¿Tienes a alguien que pueda venir por ti? —preguntó Aaron.

—Te dije que puedo conducir.

Pero la realidad era que apenas se podía mantener de pie.

Cuando alcanzaron la calzada frente al local, Aaron pensó en costear un servicio de Uber que dejara a la chica frente a su domicilio, pero se sentía responsable. Después de todo, él tenía gran parte de la culpa de que estuviera en ese estado. Maldijo en su mente. ¿Cómo fue tan inconsciente de servirle tanto alcohol? Pero en principio ella se proyectó con tanto control que jamás pasó por su mente que el resultado sería aquel lamentable estado de embriaguez.

—Joe, trae el auto de la señorita —le dijo Aaron al chico del valet.

—Puedo conducir —se quejó ella.

—Apenas puedes sostenerte de pie. —El bartender aún la sujetaba por la cintura.

—No voy a ir a ninguna parte contigo. ¡Eres un extraño! —le espetó—. Tal vez un maniático.

—¿Quieres que llame a Uber, entonces?

—No, yo puedo conducir —demandó ella.

—Serías un peligro para ti y para otros, Helena.

—Eres un extraño peligroso, muy peligroso. —Helena hablaba

incoherencias.

—¿Por qué dices eso?

—Te has dedicado a emborracharme toda la noche y a embobarme con esos dos sexys hoyuelos. —Ella hizo una pausa por el hipo—. ¿Te parece poco? Además, me has encandilado con ese trasero tan... —se relamió—. tan... caliente.

—Cállate —advirtió él—. Mañana, cuando se te pase el mareo, te vas a arrepentir de lo que dices.

Cuando el chico del estacionamiento aparcó el sedán frente al bar, Aaron ayudó a la mujer a subir por la puerta del pasajero en medio de un berrinche que el hombre acalló con su firmeza.

Entonces, cuando el bartender iba a subir por la puerta del chofer vio a un hombre parecido a Henry Cavill dándole las llaves de su auto al chico del valet. «Llegas tarde, Alex», pensó Aaron a la vez que se escabullía en el interior del sedán como si pretendiera evitar al recién llegado.

Por nada del mundo dejaría a esa chica vulnerable ante tal fulano. Al poner el auto en marcha el bartender pensó que él también era un fulano, quizás un poco menos caradura que el tal Alex Madison, pero después de todo también tenía una historia.

Más adelante, se fijó en la pasajera para comprobar que la mujer se había quedado dormida.

**H**elena sentía un agudo dolor en las sienes y una sensación de sed desquiciante. Abrió los ojos despacio, pues la claridad que inundaba la habitación le molestaba. ¿Cómo pudo olvidar cerrar la cortina de la puerta que daba al balcón? A esa hora de la mañana el sol se colaba a raudales y sin misericordia. Se cubrió la cara con el edredón y retornó al sueño.

Sin embargo, minutos después se desarropó hastiada del fastidioso ruido que emitían los maullidos de Mitch por toda la alcoba. Al destaparse vio el gato a centímetros de su rostro escrutándola con sus enormes ojos verdes. El felino ronroneó, pero en el momento en que Helena intentó atraparlo, saltó de la cama y se escabulló por la puerta de la habitación que estaba entreabierta.

La mujer intentó sentarse en la orilla de la cama, pero al final desistió cuando sintió que todo a su alrededor daba vueltas. Se llevó una mano a la frente para ver si aplacaba la molestia. ¿Qué había ocurrido la noche anterior? Solo recordaba algunos fragmentos difusos. Fue a ese bar a esperar al alpinista y luego el bartender, los hoyuelos, el trasero, los daiquirís... de ahí en adelante todo se le hacía confuso.

Un profundo temor la acogió cuando recordó, tras mucho esfuerzo, que Aaron la había llevado a hasta el apartamento de Linda. ¿Qué había ocurrido? Se empeñó en desenterrar los recuerdos.

«No, no, no», se dijo a sí misma con desespero. Había lloriqueado por Theo en el hombro del bartender frente a la puerta antes de que Linda abriera. ¿Cómo fue capaz de semejante espectáculo frente a un extraño?

En ese momento su hermana entró a la habitación cargando una bandeja con tostadas, zumo de naranja y una taza de café caliente.

—Servicio a la habitación para la Alcoholicenicienta —dijo Linda con el ingenio que la caracterizaba—. Pena que el príncipe salió corriendo anoche al verla tan ebria, pese a que le mostré la zapatilla.

Helena rezongó. Se despejó el sopor de su rostro con las manos e intentó ponerse de pie de nuevo. Lo mejor era ignorar los comentarios de Linda.

—¿Qué pasó? —preguntó Helena con evidente modorra y su cabello despeinado.

Linda dejó la bandeja sobre el tocador y cerró la cortina para que los rayos del sol dejaran de torturar a su hermana.

—Pasó que un tipo, por cierto, muy sexy, te trajo hasta aquí.

—Era el bartender del sitio ese —dijo Helena y estiró la mano para alcanzar el café.

—Fue muy amable al traerte. Estabas en un estado bastante lamentable, Helena.

—Alex Madison nunca llegó —se quejó Helena, después de darle un sorbo a su café. Puso cara de asco—. No tiene azúcar.

—Te quitará la resaca.

Linda recogía la ropa que Helena había dejado desperdigada en la alfombra.

—Puedes poner una queja.

—Ten por seguro que eso haré —aseguró Helena—. Brindan un servicio bastante deficiente para las tarifas que cobran.

Linda sonrió con suspicacia.

—Fíjate, Helena, ese hombre que te trajo podría ser...

—Sé lo que estás pensando y NO —la cortó Helena—. ¡Ni se te ocurra!

La hermana sonrió con malicia.

—Si no tomamos acción, estaremos en el mismo lugar en que comenzamos, sin acompañante —dijo Linda, con firmeza—. Te recuerdo que la boda es en una semana y que tu ex se sigue pavoneando con sus conquistas. Ahora es la porrista del equipo, una pelirroja despampanante, de pechugas enormes. Acabo de verlo en Instagram. Theo parece insaciable.

Linda le mostró la foto a Helena en su celular.

—Por eso tenemos que conseguir a un hombre —insistió Linda—, porque con seguridad llevará a una de estas chicas y te la paseará por la cara. Entonces, un viaje al paraíso se convertirá en un viaje al infierno.

Helena chascó la lengua con hastío.

—Como insistas con eso, Adele se quedará sin hermana mayor —le advirtió Helena.

—No puedes presentarte sola. Te volverá a patear el orgullo, Helena. ¿No lo ves?

—¡Déjame en paz! Tengo un dolor de cabeza espantoso. —Helena se masajeó la frente—. En este momento lo único que sé es que odio a la humanidad.

—Una ducha fría, mucha agua y un par de analgésicos —dijo Linda y caminó hacia la puerta de la habitación—. También puedes ir de nuevo a ese bar. Dicen que la resaca se cura con alcohol y creo que el bartender no tendría ningún problema en atenderte.

Helena le tiró con un cepillo de pelo, pero Linda fue más rápida y

desapareció antes de que el proyectil se estrellara en su cabeza. Las carcajadas de su hermana, que se iban perdiendo por el pasillo, la sacaron de quicio.

## Capítulo 2



*Una semana después...*

**H**elena estaba atrincherada en su habitación esa mañana. Sentada en la orilla de la cama, junto a su maleta, tenía una sola idea en mente: todavía estaba a tiempo para negarse a viajar a Bahamas y evitar así enfrentarse a Theo.

Sabía que a esas alturas no había posibilidad alguna para un regreso con el jugador de fútbol. Mas aun, cuando la noche anterior Linda le informó que se había enterado de que el futbolista iría acompañado con una de las porristas del equipo, Pamela Trejo, una pelirroja despampanante con enormes pechos a fuerza de silicón.

Helena se miró en el espejo e intentó erguirse lo suficiente como para que los pechos se le pronunciaran. Ni de lejos alcanzaba la protuberancia de Pamela. Acentuó los labios para que se vieran tan carnosos como los de la pelirroja, pero sin el *botox* era imposible. Levantó el trasero y sonrió. En eso sí la pelirroja no la superaba y lo sabía. De su anatomía, esa era la parte preferida de Theo.

—¿Qué haces? —no se percató de que Linda abrió la puerta y la observaba con sus ojos entornados.

Cuando se percató de su presencia, Helena disimuló que buscaba algo en uno de los cajones de la cómoda.

—Llegaremos tarde, Helena.

—No voy a ir.

—No empieces —dijo Linda mientras se apresuraba en cerrar el equipaje de su hermana—. Mueve el trasero porque aún tengo una última carta.

Helena bufó.

—¿Quieres que haga una llamada al histérico Robert Lowell? —amenazó Linda—. Tu madrastra acaba de llamar para decir que ha entrado en nervios. Grita y blasfema cada dos segundos. Quiere que estemos en el hangar antes de las nueve, y son las ocho y media. —Linda confirmó la hora en su reloj de pulsera—. Además, sabes que para él perder dinero es casi como perder minutos de vida.

—¿Qué pasó?

—Creo que sabe que perderá la demanda Melbourne. Se enteró de que la esposa de Matías ha contratado al bufete Green para que la represente durante la vista de divorcio.

Helena abrió los ojos como platos. Richard Green era diez veces más despiadado que su padre. No en balde, ganaba dos mil dólares la hora, sin dejar de lado las comisiones. Ahora entendía la histeria de su padre. Existía una enorme posibilidad de que Robert perdiera el caso.

—Sabes lo que significa que nuestro padre esté ansioso, ¿verdad? —preguntó Linda.

Claro que Helena sabía. Cuando su padre entraba en situación de estrés soltaba una retahíla de insultos y gritos estridentes, junto a amenazas bastantes serias, como el día que las despidió porque no lograban identificar un contrato en los archivos de la oficina. Al final resultó que tuvo que reinstalar a sus hijas en sus puestos cuando se dio cuenta de que él fue el causante de la desaparición de los documentos, pues se los había llevado para estudiarlos en la biblioteca de su casa, pero jamás admitió su culpa.

—Debemos estresarlo lo menos posible, hermanita —concluyó Linda y arrastró la maleta de Helena hacia el pasillo—, así que mueve tu sexy trasero que Bahamas nos espera.

**C**uando las hermanas llegaron al hangar las recibió el tío Dimitri al pie de la escalerilla del avión privado que Robert alquiló para el viaje. El viejo se notaba bastante ansioso. Linda pagó el taxi y caminó tras Helena para saludar a Dimitri.

—Hoy el horno no está para galletas —fue el saludo del tío—. Llevamos sobrecarga, se han unido Eugene y las gemelas.

Las hermanas se miraron entre sí con sus rostros desenchajados. Un viaje junto a la tía Eugene Lowell, la hermana menor de Robert, podría ser comparado con un capítulo de la saga Halloween, con Michael Myers asechando con su cuchillo de cocina.

—Qué Dios nos ampare —dijo Linda y se persignó.

—Hubiésemos tomado un vuelo comercial —comentó Helena a la vez que subía por las escalerillas.

—Y el lunes estarían despedidas, Helenita —dijo Dimitri detrás de ella—. Recuerda que el gran patriarca, tirano y con rasgos sicópatas, le gusta que la tribu esté siempre unida. Entre más unida mucho mejor.

Linda bufó. Fue la primera en toparse con la estampa familiar que aguardaba en el interior de la nave.

En el primer asiento estaba Scarlet Lowell, la esposa de Robert, pintándose las uñas. La mujer hizo un gesto de saludo con la cabeza y se mantuvo en lo suyo, sin darle la bienvenida a sus hijastras, las odiaba, era obvio. Mejor que las hermanas Lowell recibieran su rechazo desde el comienzo del periplo para que no tuvieran falsas expectativas.

Luego se toparon con la novia. Adele, su hermana menor, las recibió con abrazos y besos, que patentizaron su gran alegría. Era una chica entusiasta y, a diferencia de su madre, apreciaba a sus hermanas con sinceridad. Tenía el cabello oscuro y cortado al estilo chico, con mechones que tapaban parte de su rostro, pero lo que más destacaba en su físico eran sus expresivos ojos azules, heredados de su madre.

—¡Qué bueno! —les dijo Adele cuando las besó—. La pasaremos genial. —Se les acercó para decirles algo en voz baja—. La tía April ha planificado una fiesta de despedida de solteras con Mike Müller. ¿Se imaginan?

Linda y Helena se miraron entre sí. La tía April era la hermana menor de Scarlet, una mujer con una visión de vida diametralmente opuesta a la media del mundo. Bastante liberal para los gustos de Scarlet y muy alocada para un cuñado tan chapado a la antigua como Robert Lowell.

«Si lleva al stripper masculino mejor cotizado de todo Estados Unidos

habrá que asistir a esa fiesta», pensó Linda. Helena, en cambio, no daba crédito a que April pagara la tarifa de Müller. La cifra representaba la quincena del sueldo de un trabajador promedio en Norteamérica.

—La tía April se adelantó un par de días para atender la coordinación de la boda —añadió Adele con denotado entusiasmo—. Aunque mamá insistió en contratar a Marilyn Evans. La conocen, ¿verdad? Fue la coordinadora de la boda de Rebecca Stone.

Ni idea tenían las hermanas Lowell de lo que Adele decía, pues no se paseaban entre el *jet set* de Miami con mucha frecuencia, pero asintieron para no hacer sentir mal a su hermana menor.

Se abrieron paso por el estrecho pasillo, entre las butacas, para acomodar las maletas.

—¿Piensan mudarse a Bahamas? —fue el saludo de la tía Eugene, la queridísima benjamina de la familia Lowell. Una mujer de sesenta y tres años, amargada y estricta, quien nunca sonreía. Llevaba un moño apoyado en la nuca, que no dejaba al descuido ni un solo mechón de su cabello gris, unos anteojos antiguos y un traje holgado, cuyo ruedo le rosaba los tobillos.

—Hola, tía —dijo Linda, pero no se le ocurrió acercarse ni por equivocación.

A la que sí abrazaron y besaron fue a la abuela Gertrudis, una anciana que les extendió los brazos al verlas.

—¡Oh, llegaron mis dos grandes tesoros! —dijo la matriarca de los Lowell. Con noventa años se veía como un roble, aunque hacía un par de años utilizaba un andador, tras los estragos de una parálisis del lado derecho de su cuerpo.

—Abuela, qué bueno que hayas venido —dijo Helena—. Te ves muy bien.

—Robert amenazó con quitarme la mesada —le contestó la abuela en voz baja—. Ya sabes lo tirano que es tu padre.

Helena sonrió al pensar: «Tirano y manipulador como ningún otro».

En eso, también recibieron los arrumacos de las gemelas. Sus primas, Britney y Samantha, eran un par de una belleza encantadora, pero de una locura que dejaba a todos con la boca abierta. Eran las hijas adoptivas de

Eugene y su más grande dolor de cabeza, pues las chicas eran rebeldes, mal habladas, amantes del arte y la pintura, y se ganaban la vida como “influencers” en Instagram, logrando enormes dividendos. A Robert le parecían un par de chiquillas descocadas, pero para Linda y Helena aquel dúo era la pizca más salada del clan.

—¿Qué hace ese gato aquí? —la voz de Robert Lowell se escuchó en toda la cabina como un trueno cuando salió del baño.

Linda llevó a Mitch al viaje, pues no consiguió quien se lo cuidara. La realidad fue que no identificó un lugar que estuviera dispuesto a brindarle al felino los cuidados a los que estaba acostumbrado: un par de yemas de huevos en la mañana para exhibir aquel pelaje tan reluciente, el atún de aleta azul proveniente del Pacífico y el agua cien por ciento destilada para asegurar su pureza.

—No... no encontré quien lo cuidara —balbuceó Linda abrazando la jaula del gato con celo.

Desde un principio Helena le había asegurado que era una pésima idea llevar al gato, pues Robert era muy pulcro con todo a su alrededor, tanto que rayaba en lo obsesivo de limpiarse las manos con frecuencia.

Capaz y Robert demandaba que el capitán de la nave declarara a Mitch ciudadano no grato y tuviera que dejarlo a su suerte. La mujer hizo una mueca. A donde su hijo felino no fuera recibido, ella tampoco tendría cabida. Se vio a sí misma con la jaula del gato en sus brazos, en medio de la pista, viendo cómo la nave se elevaba entre las nubes sin llevarla entre los pasajeros.

—Eres una inconsciente, Linda —dijo Robert mientras el peluquín rubio que le adornaba la coronilla se movía según sus gestos—. Sabes que soy alérgico a los gatos.

—¿A qué no eres alérgico? —comento Scarlet desde su asiento sin perder de vista sus uñas.

Helena se ocupó de la jaula de Mitch, un bulto marca Louis Vuitton muy llamativo.

—No tienes que acercarte, Robert —dijo Helena. Sus hijas jamás le decían padre, pues el hombre pensaba que eso le impartiría un sobre exceso de confianza que perjudicaría su relación.

Mitch comenzó a aullar con histeria, como si supiera del odio de Robert por los de su raza, pero las gemelas lo acariciaron para calmarlo.

—Si así ha de empezar este viaje, ya comienzo a arrepentirme de haber venido —comentó Eugene con su cara estirada en un gesto de claro disgusto.

—Todavía estás a tiempo, hermanita —dijo Dimitri, resuelto—. ¿Te bajo la maleta?

—Nadie va a bajar nada —dijo Robert, hastiado. Caminó por el pasillo con bastante dificultad, pues su enorme panza le entorpecía la travesía hacia la cabina del capitán.

—Vayan poniéndose los cinturones —ordenó el hombre—. Le diré a Tom que ya estamos todos.

Helena se acomodó al lado de Linda, quien reclamó la ventanilla, se abrocharon los cinturones y esperaron porque el capitán anunciara el despegue.

—Todo estará bien, Helena —le dijo Linda a su hermana cuando le tomó la mano.

Sabía muy bien que, si había algo que Helena odiaba, era volar.

—Eso espero —dijo Helena, en un sinvivir.

Cerró los ojos y rezó porque aquellos cincuenta y ocho minutos que había informado el capitán que tomaría la travesía a Bahamas fueran los más rápidos de su vida.

Lo que no sabía era la gran sorpresa que le tenía deparada el destino. De esa forma el clan Lowell inició el que se convertiría en el viaje más memorable de su vida.

«¡Por fin, allá vamos, Bahamas!», pensó Linda cuando el avión se elevó.

**E**l resort en donde pasarían los siguientes cuatro días estaba enclavado en el sur de la isla principal, Nueva Providencia. Una esmeralda situada en el Caribe, rodeada por aguas cristalinas y arenas blancas. A su llegada fueron

recibidos por un servicio de transportación de lujo que el propio resort dispuso para trasladarlos del aeropuerto al hotel. No fue mucho lo que pudieron visualizar en la ruta, pero cuando llegaron a los terrenos del hotel quedaron maravillados por la belleza que los esperaba.

El lugar era un exclusivo complejo de cabañas, dispuestas como una pequeña comunidad y unidas por caminos de jardines paisajistas. Tenían en común cuatro barras, dos piscinas y tres restaurantes, sin dejar de lado la hermosa playa que servía de escenario para la práctica de distintos deportes acuáticos, entre los que destacaban el *snorkeling* y el *flyboard*.

—Siempre he querido montarme en uno, Helena —le comentó Linda a su hermana cuando vislumbró a una joven practicando el deporte de la tabla elevada sobre el agua de forma magistral.

La cabaña de los Lowell estaba a una distancia suficiente de la que ocuparían los Aniston.

—¿Qué diferencia hay entre esta cabaña y aquella? —le preguntó Robert a uno de los botones que se dedicaba a bajar el equipaje.

—Esa se considera la suite presidencial, la de usted es una suite ejecutiva —contestó el joven.

Robert hizo un gesto de disgusto.

—Representa veinte mil dólares menos por noche —dijo Linda, pues fue ella quien hizo la reserva.

Scarlet bufó.

Helena y Dimitri se encargaron de ayudar a la abuela a descender de la camioneta mientras Eugene y las gemelas se encaminaron al interior.

—Por favor, tenga cuidado con esa caja —le decía Adele a otro de los botones—. Contiene cosas frágiles.

El joven se esmeró en complacer las exigencias de la chica.

—Esto se vislumbra como una experiencia interesante —comentó Helena para sí.

Mitch no dejaba de maullar.

**H**elena y su hermana mayor ocuparon una misma habitación, una lujosa alcoba con vista a la playa y a las áreas comunes. Linda se dejó caer de espaldas en su cama tan pronto dejó la maleta a un lado. Necesitaba recuperarse del viaje y del estrés que le producía el comportamiento de su familia.

—¿Habrá llegado Theo? —preguntó Helena mientras deshacía su maleta.

—¿Cuándo dejarás de pensar en ese hombre? Era necesario perdonar a Alex Madison y traerlo en este viaje, Helena. Te lo dije. Tal vez lograba que olvidaras a Theo al menos estos cuatro días, que se perfilan como una tortura.

—La agencia ni tan siquiera me contestó la queja.

—Eres muy rencorosa. Te excediste en tu mensaje.

—¿Qué querías? Que los felicitara por su mediocridad.

Linda se quitó las sandalias y caminó al minibar.

—Cervezas irlandesas —recitó cuando revisó el interior de un pequeño refrigerador—, whiskey de Escocia, ron criollo y... Coca Cola. —Al final se decidió por una cerveza—. Engorda menos que una gaseosa. ¿Una cerveza, Helena?

—No.

Desde la noche del bar había decidido no beber más alcohol. Aún recordaba la resaca y se le revolcaba el estómago.

—¿Habrá venido con Pamela Trejo? —preguntó Helena al rato.

Linda resopló, abrió la puerta de cristal que dividía la terraza de la habitación y oteó el horizonte. La tarde caribeña comenzaba a dejar un paisaje bastante pintoresco. Observó que en eso se levantó una suave brisa y que el olor del mar impregnó el ambiente. Era una sensación tan relajante, que cerró los ojos y aspiró con fuerza.

—No deberías preocuparte —añadió Linda cuando retornó a la habitación—. Estás segura de que no quieres nada con él, ¿no?

Helena se giró hacia su hermana.

—Bueno... sí, estoy segura, pero no será fácil verlo prodigarse caricias

con esa mujer en mis narices.

—¿Por qué presiento que te has ablandado?

—Ay, Linda, no empieces.

Helena se dedicó a guardar los vestidos en el closet después de escoger el atuendo que luciría en la noche.

—Si fuera cierto que no se te caen los pants por Theo todavía, no andarías preocupada por si viene con la tal Pamela o con Megan Fox.

Helena desistió en seguir esa conversación. Cuando Linda quería, podía ser irónica hasta decir basta, y eso la sacaba de quicio.

—Anoche, después de mi hora compulsiva de compras en Walmart, vi una estrella fugaz en el estacionamiento —dijo Linda cuando ocupó una de las tumbonas en el balcón—. Y le pedí que por fin consiguieras a un tipo buena gente que te ayudara a olvidarte de Theo. Espero que las estrellas me lo concedan.

Helena rompió en risa. Linda era irónica, directa, ingeniosa, pero también era amorosa y se preocupaba por su bienestar. La amaba, era la mejor hermana que nadie jamás pudiera tener.

La observó con nostalgia imaginando a su hermana, con la forma histriónica que la caracterizaba, pidiéndole a una estrella fugaz que cruzara a un chico en su vida, en medio del estacionamiento de Walmart.

Rogaba porque nadie la hubiese grabado y se convirtiera en una imagen viral en las redes.

## Capítulo 3



Esa noche representaría la prueba de fuego para Helena. Las familias Aniston y Lowell se reunirían en una cena informal en una de las terrazas del resort cerca de la playa, acompañados por sus allegados.

Por lo tanto, Theo Harding estaría presente, por eso se empeñaba en su apariencia. Entre sus vestidos había seleccionado uno que le resaltaba sus pechos y unas sandalias de tacón alto que la hacía lucir más alta.

Linda la había ayudado con el peinado y con el maquillaje.

—Te ves estupenda —le dijo su hermana cuando se alejó para admirar su obra—. En definitiva, esos videos de maquillaje en las redes son un éxito. Ese imbécil pasará la noche lamentándose de lo que se ha perdido, Helena.

La mujer insistió en contemplar sus pechos que se marcaban a través del vestido blanco que llevaba. Estuvo a punto de ponerse relleno, pero antes de que accionara su intención la mirada reprobatoria de su hermana la detuvo.

—Están perfectos —dijo Linda—. ¿Lo sabes?

Era un modelo de la diseñadora Beatriz Versalles, un vestido suelto en las caderas y muy ajustado en el busto, atado a su cuello con un nudo.

—Vigila ese nudo, Helena. No sea que hagas un *topless* que deje a todos perplejos y a Robert Lowell a punto de un infarto.

Helena soltó una carcajada y se aseguró de que estuviera bien atado. Luego se puso unos aretes a juego.

—Hermosísima —dijo Linda—. No hemos traído a un hombre que te acompañe, pero pensándolo bien fue mejor así. Theo se verá tentado a reconquistarte y tú lo matarás de indiferencia. Escúchame bien, Helena Lowell. —La mujer se le acercó—. Si te atreves a ceder, te ahogaré en las aguas del Mar Caribe. Indiferencia merece ese infeliz y es lo único que vas a

darle. ¿Entendido?

—No voy a volver con Theo.

—Repítelo hasta que te lo creas.

Helena le ayudó con una trenza que Linda quería, luego le maquilló los ojos y la boca. Se perfumaron hasta que la habitación se inundó de un aroma de dulces y flores, y salieron a su primera misión.

—¿Lista? —le preguntó Linda.

—Lista —dijo Helena con su mentón en alto y una gran dosis de seguridad.

**L**a cena tuvo lugar en una plataforma de madera que se extendía más allá de la orilla de la playa. La exquisita decoración incluía un camino de antorchas encendidas junto a un conjunto de cortinas que se movían de acuerdo a la brisa marina.

En la entrada las recibió Marilyn Evans, la coordinadora del evento. Era una mujer de talante estricto, pues pocas veces abandonaba el protocolo, pero de exquisito estilo. Su cabellera ondulaba, entre el rojo y el anaranjado, con un corte bastante denodado para su edad, y su ropa moderna, indicaban que era una *frick* de la moda y el buen gusto. Extendió su mano para darle la bienvenida a las hermanas y les indicó la mesa que les correspondía ocupar.

En el interior, Robert Lowell y Dimitri conversaban con Frank Aniston, el padre del novio mientras Scarlet y su hermana menor, la tía April, dialogaban con unas amigas que habían viajado desde el estado de Carolina del Norte para participar del evento.

Al extremo contrario Adele compartía con las gemelas y con su mejor amiga, Patty, una chica de su misma edad, pero mucho menos agraciada con el asunto de los pretendientes.

Al fondo, sentadas a la mesa, estaban la abuela Gertrudis y la tía Eugene.

—Están hermosas —Robert saludó a sus hijas con un beso cuando se acercaron—. Saluden a Frank.

Las hermanas saludaron al hombre, quien no perdió oportunidad de

comérselas con la mirada. Los rumores de que a Frank Aniston le gustaban las mujeres jóvenes se extendían entre los amigos más selectos. Robert desconocía que cuando Linda se divorció ese mismo hombre inició una caza, que incluía llamadas al despacho de su padre, arreglos florales e invitaciones a cenar, gestos que recibieron una férrea negativa por parte de la mujer. En primer lugar, porque Linda tenía muy claro que jamás saldría con un hombre casado y, en segundo lugar, porque Frank Aniston le doblaba la edad. Tampoco era su tipo.

—Tan hermosa como siempre —le dijo Frank a Linda cuando la saludó. La música, aunque sonaba en un volumen leve, opacó su comentario, así que Robert ni Dimitri pudieron escucharlo—. Ojalá y algún día te decidas.

Linda se apartó para evitar que Frank continuara sujetando su cintura con un gesto posesivo y demasiado íntimo. Con Helena se comportó de igual forma, pero la chica repelió su abrazo.

Tras esos saludos, Helena y Linda huyeron al lado contrario del salón en donde Adele compartía con Patty y las gemelas.

—Mike Müller acaba de llegar a la isla —dijo Samantha, la mayor de las gemelas, con frenesí.

—Es que ya me lo puedo imaginar —comentó Britney mientras se relamía—. En ese bikini rojo que le queda tan bien.

Helena y Linda sonrieron entre sí. Sospechaban que Patty no tenía experiencia alguna, pues la chica tenía el rostro encendido por la vergüenza y no emitía ningún comentario.

—Danny no quiere que tenga esa fiesta —se quejó Adele—. Así que ni lo mencionen.

—¿Cuándo una Lowell se ha dejado maniatar por un hombre? —bufó Linda.

—No va a enterarse —aseguró Helena—. April es muy astuta.

—Eso me puede perjudicar —dijo Adele—. Me lo repitió esta tarde.

—Será una fiesta sorpresa, cariño —le dijo Helena y le acarició la cabeza—. La culpa no será tuya. Se supone que no sabes nada.

—Pero sí sé.

—Estoy segura de que él tendrá su propia fiesta privada —mencionó Linda— ¡Oh, acaban de llegar!

Helena no quería girarse. ¡Cuántas veces se había imaginado aquella escena! Theo con el brazo de la pelirroja enredado en el suyo, o peor aún, abrazándola por la cintura, y la tal Pamela Trejo con sus pechugas al aire y una sonrisa a flor de labios. Una escena bastante repugnante a los ojos de Helena.

—Recuerda respirar, Helena —le dijo Linda con mofa.

Al final se giró despacio, rogando en su mente que su reacción fuera natural. «No pasa nada, Helena. ¿Recuerdas? Ya no lo amas. Fue el hombre que te plantó. No merece ni uno solo de tus sentimientos. Odio e indiferencia», se repetía mientras iba girándose.

Allí estaba el vikingo, que le robaba sus noches y sus días. Con su cabello rubio como el sol, recogido en una coleta, su barba incipiente y esa cruel sonrisa que tanto la atraía. Más de dos metros de puro músculo y fibra, contenidos en un traje que se le cernía como un guante. Se le hizo la boca agua y un involuntario temblor la acogió sin piedad.

Sintió un vuelco en el estómago cuando los ojos azul celeste de Theo Harding se posaron sobre ella. El campeón de fútbol saludaba a los presentes y sonreía. Helena se fijó en que ninguna pelirroja lo asechaba.

—Creo que vino solo —le dijo Linda al oído.

Detrás suyo le seguían varios integrantes del equipo de fútbol, el dirigente y algunas personas más que a Helena no le llamaron la atención. Su interés principal estaba en aquel vikingo salvaje de manos enormes. Sintió un súbito calentón en su entrepierna y se reprendió por tamaña flaqueza.

En cambio, Danny Aniston, el novio, se movía con elegancia entre los invitados. Recibía besos, palmadas en la espalda, comentarios de buenos deseos, hasta que se encaminó en dirección del grupo de chicas. Detrás suyo se acercaba el vikingo. Helena se sostuvo del brazo de Linda como queriéndole decir: “No me sueltes”.

—Juro que, si te desmayas, te patearé el trasero, Helena —le dijo Linda en voz baja y con disimulo—. ¿Recuerdas que ese tipo te rompió el corazón?

Claro que recordaba que Theo Harding le había hecho pedazos el corazón, pero ese órgano de su cuerpo parecía incapaz de comprenderlo.

—Buenas noches a todas estas chicas hermosas —dijo Danny después de darle un corto beso a su prometida. El chico era bastante baboso. Un tipo que, aunque corpulento, tenía una cabeza pequeña, cuya dimensión no correspondía a su cuerpo. Llevaba el cabello enrizado y exhibía una sonrisa infantil para nada interesante. Aún Helena no encontraba el atractivo que su hermana le había visto a aquel neandertal, que entre otras cosas era bastante fanfarrón con sus posesiones.

Helena solía pensar que, en el futuro, sin duda, sería político; poseía la verborrea y la estupidez necesaria para ocupar un cargo electivo.

—Buenas noches —Theo se mantuvo a distancia cuando saludó a las chicas con solo un ademán, como si no quisiera juntarse con el sexteto de mujeres.

La verdad era que odiaba a Linda y a las gemelas, así que no fingiría un agrado del cual carecía. Miró a Helena de arriba abajo. Los pechos le habían crecido ¿o eran ideas suyas?

El vikingo se hizo a un lado para presentar a varios integrantes del equipo de fútbol. Chicos que recibieron la evaluación de las gemelas enseguida. Estaban encantadas con aquel despliegue varonil de hombres negros, blancos y mestizos. Se irguieron para que su anatomía se viera más estilizada y les sonrieron como tontas.

Al final el vikingo dijo:

—Y él es mi amigo, Aaron Smith, el mejor bartender de lo Estados Unidos.

La sorpresa acogió a Helena cuando los hoyuelos del sexy bartender de Miami surgieron entre el grupo. Aaron se fijó en ella y le hizo un guiño como queriendo decir: “¡Qué pequeño es el mundo, chica daiquirí!”.

—Aaron será el bartender de nuestra fiesta privada —explicó el vikingo y los hombres se chocaron las manos en un ritual de movimientos acompasados.

Helena se aferró a Linda, pues sentía que sus piernas de un momento a otro fallarían. Si Aaron Smith se decidía, podía acabar con la única posibilidad que tenía con Theo. El vikingo no le perdonaría esa estúpida idea de pretender alquilar a un tipo para simplemente darle celos.

Si Theo Harding estaba solo en esa estadía, significaba que quería una

oportunidad con ella. ¿Cómo fue tan estúpida para dejarse llevar por las locuras de Linda? Rogaba porque Aaron Smith no fuera un chismoso de lo peor, que la pusiera en aprietos con el vikingo.

—Encantado —dijo el bartender, mostrando una sonrisa irónica.

Linda parecía no entender lo que Helena quería decirle al apretarle el brazo.

—Helena, cálmate —le respondió Helena en voz baja ante el primer descuido del vikingo.

—Es él —le decía Helena a la vez que lo señalaba con su boca—. ¡Es él!

—Claro que es él, Theo Harding, tu ex.

—No me refiero a Theo —le contestó Helena, mortificada—. Me refiero al bartender.

—¿De qué hablas?

—Bartender... hermana borracha, hombre la llevó a tu apartamento — Helena le hablaba en claves para ver si el cerebro de Linda se espabilaba.

Linda cayó en cuenta y observó a Aaron Smith, boquiabierta.

—Habrás que sobornarlo —comentó Linda.

—Si no te hubiera hecho caso en esa locura...

—Tarde para arrepentimientos, Helena. Tenemos que enfrentar lo que venga.

Marilyn Evans interrumpió la velada para anunciar que servirían la cena. Helena y Linda caminaron con pasos irresolutos hasta la mesa.

—¿Puedo sentarme a tu lado, Helena? —la voz del vikingo a sus espaldas la tensó.

—Sí, por supuesto. —Helena intentaba parecer serena, pero miraba los movimientos del bartender de reojo y con evidente recelo. La delataría. Tarde o temprano abriría la boca y la descubriría frente a Theo.

Aaron Smith procuró quedar en la silla frente a Helena. No paraba de exhibir esa sonrisa maquiavélica que denotaba que se divertía a mares y que tanto sacaba de quicio a Helena. «¡Qué gran sorpresa volvernos a ver!»,

pensaba Aaron.

—¿Estás bien? —le preguntó Theo a Helena con tono galante.

—Sí —Helena tomó un poco de agua para apaciguar los nervios.

—Tranquila —le dijo Linda, quien había ocupado su extrema derecha—.  
Todo va a estar bien.

Pero su hermana era una incorregible optimista. Nada podría estar bien teniendo Aaron Smith frente a ella con aquel talante irónico y esa sonrisa diabólica. ¡Nada podría estar bien!

## Capítulo 4



Cuando finalizó la cena se mantuvieron en el área de la terraza disfrutando de la brisa marina y del excelente espectáculo que proveía una luna llena y una noche serena. Helena evitó toparse con el bartender, así que rehuyó de juntarse con el grupo de chicos que rodeaba a Theo y a Danny cerca de la barra.

Pero Aaron Smith de vez en cuando la buscaba con la mirada y sonreía como si disfrutara atormentándola.

—Le dirá, Linda —le dijo Helena a su hermana en un descuido del grupo de chicas.

—Tan pronto tengamos la oportunidad, hablaremos con él. Le ofreceremos dinero.

—¿Tú crees que acepte?

—El dinero acalla las consciencias, Helena. Tranquila.

Del otro lado del salón Theo se le acercó a Aaron para dialogar. Lo invitó a un trago.

—Jamás son como los que preparas, Aaron —le dijo Theo en relación a la bebida que tenía en sus manos.

El bartender pensaba que Theo era un gran adulator.

—Helena es mi ex —explicó el vikingo—. ¿Recuerdas que te hablé de que sentí pánico escénico justo antes de echarme la soga al cuello?

Aaron no dejaba de mirar a la chica daiquirí. Esa noche estaba particularmente hermosa con ese vestido blanco, entallado en la parte alta del cuerpo y sus piernas largas y estilizadas al descubierto. Había observado su cuello, su piel sedosa, sus manos delicadas cuando tomaba los cubiertos

durante la cena. No pudo evitar hacerse imágenes muy calientes en su mente con esa mujer, y ahora Theo le confesaba que había sido su exnovia. A eso se le podía llamar mala suerte. Hacía tiempo que una chica no le gustaba tanto.

A sus treinta años había conocido varias, pero Helena Lowell tenía ese toque único que lo enloquecía, entre melindrosa y altiva. Un verdadero desafío para un amante de la aventura como el bartender.

Pero ahora había un gran obstáculo para darle curso a cualquier posibilidad entre él y la chica daiquirí. Simple, el vikingo era su amigo. Se habían conocido durante su infancia en Gainesville. Tal vez Theo Harding fue de los pocos que no le dio la espalda cuando sobre él cayó la desgracia. Fueron juntos a la escuela hasta que Aaron acabó expulsado antes de culminar la secundaria por su mal comportamiento.

Sin embargo, Theo se mantuvo a su lado. Luego... luego el bartender se metió en problemas, acabó en la cárcel y ambos perdieron el rastro. El vikingo se dedicó a lo mejor que sabía hacer, jugar fútbol americano mientras Aaron se dedicó a cumplirle a la sociedad y obtener el indulto del gobernador de la Florida por su buen comportamiento y su labor comunitaria con los niños latinos de Hialeah.

No se habían vuelto a topar hasta hacía seis meses, momento en que coincidieron en una fiesta privada en donde Aaron preparaba las bebidas. Fue un encuentro grato. Fue a partir de ese momento que Theo lo contrató para la fiesta privada que serviría para que el niño Aniston se despidiera de la soltería.

Y allí en Bahamas, la vida caprichosa conspiraba para que surgiera lo inesperado, un nuevo encuentro con la hermosa Helena de Troya.

—¿Sabes? —continuó diciendo Theo—. Quiero reconquistarla. Estos ocho meses me han servido para darme cuenta de que Helena es una chica extraordinaria. Tiene su carácter, pero es única —sonrió como un tonto—. Es cariñosa, fiel, hace la lasaña más rica que me haya comido jamás, baila como las diosas y besa como las brujas.

A medida que Theo avanzaba en su descripción, Aaron se iba imaginando a Helena en la cocina de su apartamento en Hialeah con un sexy pantalón corto y un top de manguillos, sin sostén, cocinándole esa deliciosa lasaña mientras él se deleitaba con sus pechos y aquel trasero tan tentador.

—¿Me estás escuchando? —le preguntó Theo al advertir que el bartender estaba como en un trance.

—Sí, te escucho, Theo. —Aaron terminó su whiskey de un solo sorbo. Pidió otro.

—Vine decidido a reconquistarla. Creo que ella jamás me ha dejado de querer.

A Aaron le constaba que el vikingo tenía razón, la noche en que la llevó a las puertas del apartamento de su hermana la había visto llorar por Theo. Se veía muy mal, tanto que el bartender sintió lástima por su despecho.

Lo que no tenía muy claro era si ese repentino deseo de regresar con Helena era genuino por parte de Theo. Hacía unos días que el futbolista se había exhibido con una descomunal pelirroja, pero antes lo había visto con una morena de exuberantes caderas. ¿Sería amor o nostalgia lo que movía Theo?

¿Y si su amigo se enteraba de que Helena quiso alquilar a un acompañante? ¿Qué pensaría? ¿La vería con los mismos ojos? ¿Debería contarle a su amigo que hacía una semana su ex había entrado a su bar para verse con Alex Madison? ¿Qué sacaría con eso?

—¡Vamos a brindar! —Esa vez fue Danny quien gritó entre el grupo. Estaba eufórico por su próximo matrimonio—. Por la boda del siglo, muchachos.

Sus compañeros de equipo levantaron sus copas, el bartender levantó su vaso de whiskey sin dejar de observar a Helena mientras ella conversaba con las chicas. En ese preciso instante ella se giró y se mantuvieron la mirada por varios segundos.

Hay épocas, instantes, súbitos momentos en que dos almas pueden reconocerse, tal vez ese era su momento.

—¡Salud! —se escuchó el coro de hombres.

**A**ntes de la medianoche, los más adultos permanecieron en la terraza y los más jóvenes se dirigieron a la discoteca del resort. Parte del grupo de los

futbolistas se fueron a la pista de baile junto a las gemelas y con otras jóvenes que disfrutaban en el lugar. El resto se arremolinó en la barra para continuar la celebración.

Adele y Danny pidieron espacio para estar solos, así que se fueron a una esquina a besuquearse mientras Helena, Linda y Patty permanecían sentadas en una de las mesas.

—Creo que me iré temprano a descansar —dijo Linda—. Parezco vieja en velorio.

—Tú no te vas —le dijo Helena y la agarró por el brazo.

—Tu vikingo ni caso te hace.

Era cierto, Theo y Aaron estaban recostados de la barra conversando.

Sin embargo, en todo ese tiempo Helena sintió que los ojos del bartender se posaban en ella más de lo debido. Si no era capaz de disimular, Theo se daría cuenta de que algo raro sucedía, pero el hombre no desistía.

Minutos después Helena vio que el vikingo se caminaba hacia ellas con varios vasos en la mano y una sonrisa afable. Parecía que ya el whiskey y el ron local comenzaban a pasarle factura.

—Chicas, les traje un daiquirí —dijo Theo—. Aaron insistió en que es lo más apropiado para tres hermosas damas como ustedes.

Helena y Aaron se observaron. Lo del daiquirí era una clave, pensó ella. «Le dirá», se dijo a sí misma.

—Theo, no te esmeres tanto en agradar —dijo Linda con sorna.

La mujer sabía que aquel era un gesto bastante hipócrita. Recordó la última discusión de ambos cuando Theo rompió el compromiso. En esa ocasión poco faltó para que Linda, transformada en una fiera rabiosa, le arañara la cara. Lo encaró con palabras soeces e insultos que provocaron que Theo le respondiera de la misma forma. Si no llegaron a golpearse fue gracias a que Helena intervino. Desde ese preciso instante ambos se odiaron.

Aaron se acercó y le guiñó un ojo a Helena.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Theo.

Helena asintió y el vikingo se acomodó a su lado.

—¿Te había dicho que estás hermosa? —le preguntó el vikingo muy cerca de su oído cuando posó su brazo en los hombros de ella.

En otra circunstancia Helena muy bien pudiera disfrutar de la zalamería de Theo, pero con el bartender a menos de un metro de distancia, temiendo que abriera la boca, era imposible.

Aaron se acomodó al lado de Patty e inició una conversación muy amena con la jovencita. ¿De qué hablarían para que Patty sonriera tanto? se preguntaba Helena.

En cambio, Linda se aburría en medio de las dos parejas. «Como siempre. La maldición de Tutankamón me mantiene en la soltería perpetua. Harry debe haberme echado mal de ojo para que ningún hombre se fije en mí», se decía a sí misma.

En ese momento iniciaron un mix de música pop y Theo le extendió la mano a Helena. Ella quiso negarse, pero sus ganas de evitar al bartender la empujaron a aceptar la oferta, pese a la mirada reprobatoria de su hermana mayor. Tomó la mano del vikingo y se dejó guiar a la pista.

Aaron los siguió cuando invitó a Patty a bailar. Helena no daba crédito al descarado del bartender cuando llevó a la chica al medio de la pista y, con movimientos bastantes sugerentes, la incitó a bailar. La tímida Patty parecía encandilada con el bartender. No era para menos, el hombre tenía a su favor esos diabólicos hoyuelos y ese trasero tan... tan... Helena intentó concentrarse en el vikingo. Theo era guapo, sin embargo, su trasero no era tan... tan... caliente. «Helena, ¿qué diablos estás pensando?», se regañó mentalmente.

Lo poco que le permitían ver las luces de neón era que Aaron rodeaba a Patty mientras movía sus caderas con un vaivén muy candente. El hombre pegó su trasero al vientre de la chica y Helena lo miró perpleja.

Theo tomó a Helena del mentón para que se fijara en él.

—Te he extrañado —le dijo él cuando la tomó de la cintura para acercarla.

Intentó besarla, pero Helena giró su rostro y el beso se estrelló en su cuello. La mujer vio cómo el bartender no perdía oportunidad de también mirarla en claro desafío.

—Helena, quiero que nos demos una oportunidad —decía Theo.

Pero Helena estaba absorta en la escena que tenía lugar a pocos pasos. Ahora era Patty quien rozaba al bartender con su trasero. ¿Dónde había quedado la timidez de la chica? Helena buscó a Linda entre las mesas, pero su hermana se había esfumado. La encontró entre el grupo de jugadores de fútbol entregada a la música bailando junto a un hombre moreno. ¿Linda sonreía? ¿El extraño le hablaba al oído? ¿Quién era ese hombre misterioso?

—No quiero presionarte —decía Theo en medio de la música estridente, pero Helena no le prestaba atención.

Su interés estaba en los movimientos descarados del bartender. Patty parecía deslumbrada con la maestría de Aaron.

—Sé que he sido muy estúpido y me arrepiento.

Tenía que concentrarse en Theo y dejar de mirar a Linda y al extraño. ¿Por qué no se podía enfocar?

—Hablaemos luego, Theo, por ahora solo quiero bailar.

Helena se giró para pegarse al cuerpo del vikingo, quien no perdió tiempo en acariciarla. Ella buscaba desafiar al bartender. Cerró los ojos y se movió al ritmo de la música hasta que sintió que Theo se entusiasmaba demasiado. Estaba clara de algo, quería a Theo o eso pensaba, pero ni esa noche ni el día siguiente tenía previsto perdonarlo y mucho menos acostarse con él.

Recordó su última vez juntos. Fue un suceso bastante lamentable. Theo había sido brusco, poco paciente y solo se había saciado de forma egoísta. La realidad era que, si evaluaba su vida sexual al lado del futbolista, podía catalogarla como desastrosa. Bueno, aunque a decir verdad no tenía referentes, Theo Harding había sido su único amante.

Linda solía decirle que a eso se debía que aún pensara que se le caían los pantalones por el futbolista. Había creado un lazo afectivo rígido porque pensaba que ese era su hombre, el único que podría tenerla. “Pamplinas, Helena. Cuando la vida te brinde la oportunidad de estar con un hombre de verdad, de esos que te bajan las estrellas en un beso, Theo Harding pasará a la historia. Y eso pasará de forma irremediable, lo quieras tú o no. Ahí conocerás lo rico que es el sexo con la persona amada”, le dijo Linda una noche en que bebieron mucho alcohol y que Mitch les sirvió de testigo.

Theo pidió una tregua para ir al lavabo y Helena retornó a la mesa. Tras de

ella fue el bartender.

Al final Patty se quedó en la pista con las gemelas y un grupo de chicos.

—Se lo dices tú o se lo digo yo —le dijo el hombre cuando ocupó un espacio a su lado.

—¡No es tu problema!

—Claro que es mi problema. Theo es mi amigo y lo estoy traicionando.

—Mantente alejado de esto, Aaron.

El bartender sonrió con sorna.

—¿Y que tal si le decimos que me besaste en la puerta del apartamento de tu hermana?

—¡Mentira!

—¿No lo recuerdas?

Como si se tratara de un *déjà vu*, Helena se trasladó a la escena. Era cierto, en medio de su llanto se aferró al cuello del bartender para besarlo. “Estás ebria, Helena, y no sabes lo que haces”, le había dicho Aaron en esa ocasión, pero ella se mostró pertinaz y le atrapó los labios. El hombre fue incapaz de resistirse, así que la tomó por la cintura y la pegó a su cuerpo. Ella, encantada, había jugueteado con su lengua y acariciado su trasero con lujuria. Podía escuchar los gruñidos placenteros del hombre como si aquello estuviera sucediendo en el tiempo presente.

En aquella ocasión la magia la había roto Linda cuando abrió la puerta y esa vez la rompió la figura morrocotuda de Theo Harding con dos tragos en la mano y una sonrisa. El vikingo no se dio por enterado de lo que sucedía entre la chica y su amigo.

Aaron se enderezó en el asiento y tomó distancia.

—Muy buena música —mencionó Theo por decir algo.

—Sí —dijo Aaron con su rostro adusto.

Helena le dio un sorbo a su daiquirí. Estaba ansiosa. De un momento a otro el bartender abriría la boca y le contaría a Theo, no solo lo de Alex Madison, sino que ella lo había besado con descaro. Todavía su mente se empeñaba en recordarle la excitación que dejó en su cuerpo aquel beso. ¿Por qué lo venía a

recordar ahora?

¿Y dónde estaba Linda Lowell? En la pista girando y girando en los brazos de un total desconocido. ¡Traidora!

**A**l parecer Linda Lowell había sido liberada de lo que ella denominaba la maldición de Tutankamón. Así de azarosa era la vida. Sentada, triste, como si estuviera a dieta en el interior de una tienda de helados. De la semioscuridad había surgido la figura de un dios romano, la encarnación de Baco. De cabello negro, piel aceitunada, casi dos metros de altura, sonrisa sexy, voz ronca, señor del vino y de la danza. Evocador del delirio y el éxtasis.

Y en sus brazos estaba ella, como una ninfa, dispuesta a que la llevaran al inframundo. No sabía ni su nombre ni cómo había llegado a ese lugar, solo sabía que después de ese baile tan candente no lo olvidaría jamás.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el hombre con un fuerte acento latino.

—Linda Lowell.

El desconocido no la soltaba ni cuando la música se detenía por segundos.

—César Castello, mucho gusto.

Era que hasta su nombre representaba realeza. Era un César, conquistador y encantador en partes iguales. Linda no dejaba de admirarlo. Su perfume impregnaba su ropa.

—¿De dónde eres? —preguntó él.

—Tallahassee, Florida, pero vivo en Miami hace algunos años.

—Cerca.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—Italia —lo dijo risueño.

—Eres mediterráneo —dijo ella entre risas.

—Somos vecinos, gringa —le dijo él al oído y Linda sintió que su cuerpo

vibraba a voluntad—. Vivo en Miami, también.

La vida la estaba recompensando. Se fijó en sus manos. Tenía un fetiche bastante marcado con esa parte de la anatomía masculina. Eran grandes, con uñas limpias y bien recortadas. ¿De dónde había surgido tanta perfección?

Después de eso, bailaron un par de piezas adicionales y terminaron en la barra, sedientos.

—¿Estás de trabajo o diversión? —le preguntó ella cuando le dio el primer sorbo a su Cosmopolitan.

— Vine por asuntos de trabajo —dijo el hombre—. Soy capitán de un yate de lujo.

—Suena interesante.

—Mi jefe se hospeda en este lugar. Vino a vacacionar desde Grecia.

¿Se podía ser más guapo, interesante, sexy y masculino que aquel hombre? No era un chiquillo. Linda lo sabía por la forma de expresarse y comportarse. Debía rozar los cuarenta, pero se conservaba tan bien. Demasiado bien. Extremadamente bien.

—¿Y tú? —preguntó César—. ¿Vacaciones?

Linda negó con la cabeza.

—Mi hermana menor se casa —Linda señaló con su boca en dirección al rincón en donde Adele se dejaba manosear por su futuro marido.

—Se ven muy enamorados —comentó César.

—Creo que están más bien calentando motores.

Cesar soltó una risita traviesa.

—¿Volveré a verte? —preguntó el hombre.

—No sé.

—Mañana tengo el día libre. Podría llevarte en el yate a dar una vuelta por las islas. Son muchas y hay algunas de ellas a las cuales no va nadie. Conozco varias.

—¿Tu jefe no se enfada?

—Evander Papadakis también está de luna de miel con su más reciente amante. Créeme que mañana no saldrá de la habitación. Además, sabe que siempre busco divertirme en mi día libre. Así que podemos ir y disfrutar. —Le acarició un mechón de cabello que descendía por su hombro.

—Viajo con otra de mis hermanas —dijo Linda. Ni loca se aventuraría a ir sola con un hombre al que acababa de conocer—. Y varios amigos. —Sabía que Helena cargaría con Theo, por supuesto—. Solo si ellos fueran invitados, iría.

César sonrió.

—Me encantaría que fuera una salida tú y yo, solos —le dijo el capitán de mar al oído—, pero con tal de conocerte un poco mejor aceptaré que los invites. Nueve de la mañana en la marina Yatch Heaven. —El hombre le entregó una tarjeta comercial, le dio un último sorbo a su trago y se incorporó—. Te veo mañana, sirena.

Le dio un beso en la mejilla y cómo mismo apareció, se perdió entre la gente. Linda ocultó la tarjeta en su sostén pensando si lo que acababa de ocurrir se lo había imaginado.

**D**ejaron la discoteca a las tres de la mañana, ebrios y felices. Cantaban y reían a la menor provocación. Al final, Danny se había robado a Adele. ¿Qué más daba que fuera antes o después de la boda? Se casarían en dos días. Así que el chico Aniston decidió disfrutar de un adelanto del pastel.

Linda, como hermana mayor, intentó convencer a Adele de que no fuera, pero la chica no reconoció motivos para no salir corriendo detrás de Danny a su habitación.

El resto del equipo de fútbol decidió darse un chapuzón en la playa. En esa gira se anotaron las gemelas y a su vez arrastraron a Patty. La pobre chica insistió para que el bartender la acompañara, pero Aaron no estaba interesado en otra cosa que no fuera asegurarse de que Theo se fuera solo a su cabaña.

De camino oraba para que la chica daiquirí se diera su puesto y no se dejara arrastrar por el vikingo.

Cuando llegaron a la puerta de la cabaña de los Lowell, Theo se mostraba

bastante ebrio.

—Pueden irse a dormir —les dijo el vikingo a Linda y al bartender—. Helena y yo tenemos mucho de qué hablar. ¿Verdad, cariño?

Aaron apretó la mandíbula y metió las manos en los bolsillos de su pantalón para disimular lo mal que la estaba pasando.

—Helena, no está en condiciones de hablar con nadie. —Linda tomó a su hermana del brazo con la intención de llevársela, pero Theo la retuvo por la cintura.

—Esta mujer me pertenece —dijo el vikingo con la lengua pesada.

—Esta mujer te pertenecía —lo corrigió linda.

—¡Yo no le pertenezco a nadie! —dijo Helena y se alejó de ambos. Miró al bartender.

Era tan guapo, con su cara de niño travieso. Cuando la miraba con su rostro como entristecido y anhelante le daban ganas de besarlo. Sí, lo besaría. Eso haría para consolarlo, pero cuando iba en ruta, Linda la tomó del brazo.

—Vamos a dormir, Helena. No sabes lo que haces.

—Antes de dormir me tienes que contar de dónde sacaste al bailarín —comentó Helena, ebria —Quiero todos los detalles, Linda.

—Pido un turno con Helena —insistió Theo.

—Amigo, es mejor que nos marchemos —intervino el bartender. Necesitaba sacar a Theo de allí. Solo así recuperaría la paz.

—Necesito un beso de mi mujer —dijo el vikingo, tambaleante—. ¡Si no me da un beso, amanezco aquí!

—¿Quieres que Robert Lowell te dispare? —preguntó Helena con su lengua trabada.

—Un beso, Helena, y te juro que me voy.

La terquedad del vikingo ponía a prueba cualquier paciencia. Helena lo conocía, cuando Theo Harding se empeñaba en algo, raras veces desistía. No tuvo otro remedio que caminar hasta donde él, ponerse de puntilla y darle un corto beso en los labios, pero el futbolista no se conformó con eso. La atrapó por la cintura y le dio un beso largo, que para Aaron representó una lenta

agonía.

El bartender se pasó la mano por el cabello y posó su mirada en el suelo. Le provocaba rabia saber que el vikingo había besado aquellos labios que encontraba tan divinos. ¿Cómo Helena se había prestado para algo así después de todas las humillaciones que le había provocado Theo? Sí, estaba enamorada de él de eso no cabía duda. Solo una mujer enamorada hasta la locura actuaría de esa forma.

Aaron no había olvidado cuanto lloró Helena la noche en que tuvo que llevarla al apartamento de su hermana.

—Mañana andarás convertido en sapo, Theo —dijo Linda—. Qué más da. Para mí siempre has sido un apestoso sapo de pantano. Vamos, Helena. Buenas noches, Aaron.

—Buenas noches —dijo el bartender—. Que descansen

Helena notó que ya Aaron no sonreía ni mostraba sus hoyuelos tan encantadores.

Después de eso las hermanas se perdieron en el interior de la cabaña.

—Ya casi se rinde ante mí —dijo el vikingo con fanfarronería cuando perdieron de vista a las hermanas—. No puede vivir sin esto. —Theo hizo un gesto vulgar sobre su miembro. Estaba tan, pero tan lejos de la verdad, pensó Aaron.

Si no le pateaba el rostro allí mismo para acallararlo se debía a que, como bartender, sabía muy bien que hacerle caso a un borracho era como tirarle piedras a la luna. Además, aún lo consideraba su amigo.

Lo ayudó a tomar la vereda hacia la cabaña que habían alquilado para el equipo de fútbol y respiró mucho más sosegado. Había salido invicto de la primera batalla.

Cuando Aaron se dejó caer en el colchón, después de darse una ducha, pensó en que el mundo era un maldito pañuelo. Si alguien le hubiera dicho que se encontraría con esa divina mujer en Bahamas lo hubiese tildado de loco.

¿Cómo acabaría todo aquello?

## Capítulo 5



**H**elena buscaba palear los síntomas de la resaca a través del yoga, por eso al día siguiente, a primera hora se dirigió a la orilla de la playa después de tomar un poco de café, gracias a que la cabaña contaba con su propio servicio de mayordomo.

Dejó a Linda entregada en un concierto de ronquidos y salió de la habitación de puntillas. Cuando llegó a la playa respiró la brisa marina y, pese al dolor que se alojaba principalmente en las sienas, pudo disfrutar de la hermosa vista que se extendía ante sus ojos.

Se sentó en la arena con sus piernas cruzadas tan pronto colocó el *mat* donde practicaría la meditación. Aspiró fuerte, cerró los ojos y puso la música en sus audífonos. El ruido del arroyo que reproducía el celular junto al canto de los pajaritos la transportaron a un ambiente natural, lleno de paz. El dolor en las sienas iba cediendo, dándole paso al goce, el disfrute y el equilibrio.

Pero su mente, la más traicionera de todas, le trajo la imagen del bartender, sus hoyuelos, su voz, su trasero y, para rematar, sus labios. No, no, no. Helena intentó dominarse. “Subyugar la razón es la clave”, parecía escuchar a su instructora de yoga.

Sin embargo, la mente se negaba a sujetarse, era rebelde, aventurera y, en fin, calenturienta. La imagen se hizo más sensual cuando fantaseó con la imagen del bartender corriendo por la orilla de esa misma playa, sin camisa. Intentó sin éxito imaginar al vikingo. Sí, Theo era guapo, guapísimo, pero el bartender le despertaba instintos prohibidos. ¿Cómo sería estar íntimamente con otro hombre que no fuera Theo? ¿Y si el bartender era más esmerado que el vikingo? Y si como decía Helena ¿la lograba enloquecer? ¿Qué cosas le gustaría en la intimidad?

Hizo un mohín de tristeza cuando recordó que jamás había experimentado un orgasmo durante el acto sexual con Theo. Los pocos que había disfrutado

habían sido en solitario cuando se imaginaba a Henry Cavill amándola, sediento de sus labios y ávido de su cuerpo.

Regresó al bartender.

—Helena. —Estaba soñando que Aaron la llamaba—. Helena.

Sí, era eso. Tan real como si estuviera cerca, muy cerca. Se aferró al sueño.

—Helena.

Abrió los ojos y ante ella el sueño se hizo realidad. Allí estaba Aaron Smith con unas zapatillas deportivas de color verde neón, un bóxer negro, que dejaba muy pocas cosas cubiertas, y el torso desnudo. El hombre se acuclilló ante ella.

—Buenos días —le dijo el bartender. Los hoyuelos hicieron el debut del día en ese momento—. ¿Cómo estás?

—Bien.

Si bien era estar en el paraíso, pues sí estaba bien. No pudo articular palabras adicionales, todas se le atoraron en la garganta. Se percató que varias gotas de sudor iban desplazándose por los bíceps y los tríceps del hombre.

—Creo que te debo una disculpa por lo de anoche —dijo él—. No voy a decirle nada a Theo. Después de todo, no seré yo quien le quité la oportunidad a mi amigo de reconquistarte. Lo de Alex Madison y ese beso quedará como un secreto entre nosotros.

Helena se mantuvo en silencio. ¿Qué había hecho cambiar al bartender en tan pocas horas?

—Tú lo quieres —continuó él—. Esa noche, cuando llegamos al apartamento de tu hermana, me lo dijiste. —Aaron jugó con un guijarro—. Creo que Theo también te quiere, a su modo, pero se nota ilusionado.

Ella hizo una mueca. Con Aaron allí, frente a ella, no lograría concentrarse de nuevo, por eso comenzó a recoger sus cosas. Optaría por medicarse aspirina y, si con eso no lograba recomponerse, acudiría a tres tragos corridos de whiskey. Al menos esa cantidad de escoceses le ayudarían a disipar la tentación que sentía por ese hombre.

—No voy a regresar con Theo —dijo ella al final.

Ambos se incorporaron a la misma vez. Quedaron muy cerca, demasiado. Helena despejó los mechones que la brisa se empeñaba en estrellar en su cara.

—Anoche parecías muy atenta con él. Al final lo besaste.

Helena le dirigió una sonrisa falsa.

—Evitaba que Theo hiciera un escándalo y que mi padre se despertara. Hubiera acabado con una bala en la cabeza.

Aaron frunció el ceño al escuchar una declaración tan violenta.

—Estoy exagerando —dijo ella cuando se encaminó de vuelta. El bartender la seguía—. Aunque mi padre y Theo tienen una batalla de odio bastante diplomática.

—No es para menos, te dejo plantada.

—Gracias por recordármelo.

—Lo siento.

—No tienes por qué sentirlo.

—¿Sabes? Eres bastante difícil, Helena.

Ella se detuvo en seco para enfrentarlo.

—Es que desde que te conocí no tengo paz, Aaron. ¿Complacido?

—¿Y eso?

—Cuando tú estás no hay paz. No puede haber paz.

«Ni sosiego para mi cuerpo», pensó Helena.

—Espero que no pienses que lo hago a propósito —dijo él con una sonrisa de niño travieso.

—Fíjate, no lo había pensado hasta este momento, pero tal vez provocaste este viaje. ¿Acaso siempre supiste quién era yo?

—Tienes una mente muy retorcida, Helena.

—Si ser retorcida es no confiar en ti, pues sí.

Aaron le observó los labios. Helena retrocedió. Se encontraban en una

vereda rodeada por vegetación, apartada de las cabañas.

—¿No tienes paz, entonces? —preguntó él con voz aterciopelada—. Yo tampoco tengo paz desde el día en que cruzaste la puerta de mi bar. Cada noche esperaba que volvieras, aunque fuera a esperar a cualquier imbécil de la agencia. Incluso, pensé en ir a tocar la puerta del apartamento de tu hermana, pero eso sí hubiese sido demasiado retorcido. Entonces, llego aquí y te encuentro, hermosa, deseable, pero descubro que mi mejor amigo quiere reconquistarte. ¿Crees que estoy en paz?

—Es tu problema —dijo ella, resuelta a continuar su camino, pero la mano del bartender se cerró sobre su brazo.

Se estrelló con aquel pecho desnudo que tanto la había tentado hacía unos minutos. El bartender escrutó sus ojos y sus labios, y la besó. Fue un beso exigente, con anhelo puro y llano. Helena mostró resistencia. Debía parecer indignada, pero estaba tentada. Esa oposición le duró muy poco cuando Aaron se aferró a su cintura para no dejarla escapar.

Ese hombre era fuerte, posesivo y exigente. Jugó con su lengua cuando la redujo al tomarla por la coleta de caballo. Él dominaba todo y destilaba su hombría. Helena al final cedió un poco. Era magnífico lo que se sentía estar en sus brazos, su aliento, sus gruñidos apasionados.

—No sé qué pase con nosotros, pero me gustas mucho, chica daiquirí —le dijo él cuando junto su frente con la de ella.

Helena intentó recuperar el aliento. Sentía sus labios calientes, no solo sus labios, su cuerpo estaba enfebrecido de deseo. La palpitación de sus sienas le recorría la espina dorsal y se alojaba en su entrepierna.

Aaron también sufría los estragos de ese encuentro. El bóxer no era capaz de ocultar el enorme bulto producto de su excitación. A Helena le fascinó esa protuberancia. No pudo evitar compararlo con Theo. Se rehusó, pero la diferencia era bastante abismal.

En eso se escucharon pasos en la vereda y la conversación de dos mujeres. Luego apareció Scarlet, la madrastra de Helena, junto a su hermana April. Helena cubrió al bartender con su cuerpo. Sabía que Scarlet no era de fiar. Iniciaría una sarta de habladorías mal intencionadas que podría perjudicar a ambos. Debía aliarse con el bartender para que salieran bien librados.

—Buenos días —saludó Scarlet con una sonrisa suspicaz.

Lo sabía, sabía lo que acababa de ocurrir allí, pensó Helena. ¿Levantaría intrigas con Theo? ¿Le llevaría el chisme a su padre?

—Buenos días —dijo el bartender con voz temblorosa.

—Aaron me ayudaba con la rutina de ejercicios —dijo Helena para ver si despistaba a las mujeres.

No le agradó que la libidinosa de April se comiera a Theo con los ojos. Esa mujer era una libertina de lo peor. Tenía cuarenta años y cuarenta cirugías plásticas, por eso parecía de menor edad. La mujer jugó con su melena oscura, a fuerza de extensiones, para llamar la atención del bartender. Donde April Oliver ponía el ojo, ponía la bala. Era cuestión de definir las estrategias para brindársele al bartender. Pocos habían salido invictos de su telaraña. Helena solía pensar que hasta Theo había sido su víctima.

—¿Y Theo? —preguntó Scarlet con sorna.

—Aún no despierta —dijo Aaron y era cierto.

—Y tú eres tan gentil que te prestas a ayudar a su ex —dijo Scarlet—. Un amigo muy considerado.

—A mí también me encantaría que me entrenes —intervino April.

Helena tensó la mandíbula. «¡Bruja, rastreadora!», pensó.

—Por supuesto —dijo el bartender con claro entusiasmo—. Cuando gustes Helena se giró para mirarlo con cara de reproche.

—Que tengan lindo día —se despidió Helena para continuar su camino. Sentía los pasos de Aaron tras sus zancadas.

—Helena...

—Déjame.

—¿No vas a escucharme?

—¡No! Ve a entrenar a la bruja esa.

—Desconocía que fueras tan celosa y posesiva.

—Brincos dieras, cariño, porque yo te celara.

—Pareces molesta.

Helena se detuvo para enfrentarlo.

—Sí, estoy molesta. Más aún, estoy encabritada a la décima potencia. Eres un descarado. ¡Déjame en paz!

—Pensé que te había gustado el beso.

—¿Eres imbécil?

—No te sentí quejarte.

—¿Qué parte de “de-ja-me-en-paz” no entiendes?

—Hasta molesta te ves hermosa.

Helena puso los ojos en blanco y siguió su camino. Mientras se perdía en la vereda también se iba perdiendo la risa de Aaron a sus espaldas. ¡Ese hombre era insufrible!

**C**uando Helena atravesó la sala principal de la cabaña se topó con su abuela, quien rezaba en una de las butacas. La anciana observó a su nieta por encima de sus espejuelos.

—¿Hiciste muchos ejercicios, Helenita? —preguntó la anciana.

Helena la besó en la frente.

—No tantos como hubiese querido.

La anciana le hizo señas de que se acercara para hablarle al oído.

—Tu padre está hecho una fiera.

—¿Por qué?

—Descubrió que Adele durmió con Danny anoche.

Helena simuló que no sabía de ese hecho.

—Cuando tu padre la fue a buscar esta mañana a su habitación, la cama estaba hecha y la niña no estaba. Entonces, Robert procuró con Linda, pero tu hermana fingió no saber. Así como acabas de hacer tú ahora. Son grandes

actrices...

—Abuela...

—No me interrumpas. El asunto es que tu padre fue con Dimitri a reclamarle a Danny y se trajo a la niña casi de los pelos. Está gritando como un loco por los pasillos del segundo piso. Creo que Robert cancelará la boda. Dimitri intenta calmarlo y Scarlet huyó con su hermana.

—¿Cancelar la boda? ¿Por qué?

—Tu hermana no es pura —sentenció la anciana—. No puede llevar velo y corona.

—Abuela, eso era en el siglo pasado —dijo Helena restándole importancia a los prejuicios de la anciana.

Gertrudis Lowell hizo un gesto de disgusto.

—Los buenos modales y la decencia no se pierden con el tiempo, hija. ¿O acaso tu y Theo...? No me digas, Helenita.

—No, abuela, por supuesto que no.

Mentir para proteger el bienestar de su abuela estaba más que justificado.

—¿Ves? Linda cuando se casó también fue pura a los brazos del cirujano. Bueno, al final salió tremendo sinvergüenza, pero que no se diga que la niña no llegó pura al altar.

Helena sonrió con disimulo. Tampoco le diría a la anciana que Linda perdió su virginidad a los diecisiete años con Kobby Ryan, el chico más popular de la escuela, la noche de su baile de graduación.

—Iré a ver si puedo ayudar en algo —dijo Helena y se encaminó hacia la escalera.

Tan pronto llegó al último peldaño escuchó la voz atronadora de su padre. Se acercó a la habitación de Adele despacio, esperando lo peor. A la primera que vio fue a Linda parada cerca del umbral, del otro lado estaba Dimitri. La pobre Adele lloraba hecha un ovillo en medio de la cama mientras Robert iba de un lado a otro vociferando.

El peluquín amenazaba con zafarse.

—¿Sabías que tu hermana pasó la noche con Danny? —le reprochó Robert

a Helena cuando entró en la habitación.

—No veo el problema —comentó Helena—. Ya están casados por lo civil y faltan menos de veinticuatro horas para que sean marido y mujer

Dimitri se persignó y Linda bufó cuando se percató de que el hombre se había hecho la señal con la mano izquierda.

—Me parece mentira que minimices el error de tu hermana —dijo Robert con el característico tono histriónico que lo distinguía—. No le hemos educado para esto.

—Creo que deberías de dejar el drama, Robert —dijo Linda—. ¿No ves que la pobre está realmente mal? Si tú no le das tanto color al asunto, nadie se enterará.

—Para mí es suficiente que yo lo sepa —dijo el hombre, indignado.

Al grupo se unió la tía Eugene. Para sorpresa de todos, la mujer se mantuvo firme en que todos dejaran la habitación mientras le daba de tomar un té a Adele.

—Es suficiente —dijo Eugene y los sacó al pasillo—. ¿Por Dios! ¿Qué clase de circo es este, Robert? Es su vida íntima y ninguno de nosotros debe estar inmiscuyéndose en sus asuntos.

—Te recuerdo que solo tiene veinte años —refunfuñó Robert.

—Por eso, ya es una mujer —dijo Linda.

Helena se dirigió a su propia habitación.

—Eso, Helena —dijo Robert a sus espaldas—. Huye. Como siempre que la familia está en dificultad.

Linda hizo lo mismo.

—Ustedes no parecen parte de esta familia —se quejó el abogado—. Estoy seguro de que sabían muy bien qué estaba haciendo su hermana con Danny.

—No hay que ser un doctor en física para saber lo que hace una pareja de novios en una habitación toda la noche —dijo Linda.

—¡Niña...! —gritó la tía Eugene.

Dimitri aprovechó el despiste para escabullirse hacia las escaleras.

Helena y Linda entraron a la habitación tras un sonoro portazo que le dejara bien claro a su padre que estaban harta de su drama.

—Un día de esto se le va a caer el peluquín, Helena.

—Usa esa pega que parece silicón. No creo.

Las dos rieron divertidas.

—No me esperaste para acompañarte en tu sesión de yoga —dijo Linda.

Observó que su hermana menor frunció el ceño.

—¿Algo que me tengas que contar, Helena Lowell?

—Fui a la orilla de la playa y me encontré con el bartender.

—¿Qué te dijo? ¿No le ha dicho nada a Theo todavía?

—Me dijo que no le diría. —Helena ponderó si sería conveniente decirle a Linda sobre el beso—. Me besó.

Linda se sentó al lado de su hermana en la orilla de la cama.

—Tienes que contarme con lujo de detalles.

—No es la primera vez.

—¿Cómo que no es la primera vez?

—Ya nos habíamos besado la noche que me llevó a tu apartamento, antes de que abrieras la puerta.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Se llama memoria selectiva.

—¿De qué hablas?

—Que lo borre de mi mente, pero Aaron me lo recordó anoche. Es cierto, nos besamos.

—¿Y qué pasará con Theo?

—¿No eras tú la que estabas empeñada en que le pateara la hombría?

—Anoche se notaba muy entusiasmado.

Helena se incorporó.

—No voy a volver con él.

—Pues entonces iniciarás con el bartender.

—Tampoco.

—No entiendo, Helena. Me tienes muy confundida. Te besas con él, pero no quieres nada con él.

—Ese hombre es insufrible. Después de besarme andaba coqueteando con April.

Linda abrió los ojos como platos. Con todas menos con esa arpía.

—Me parece que busca una aventura cualquiera —comentó Helena.

—¿Besa bien?

Helena evocó el beso. Era un maestro con esa lengua tan avispada.

—Sí, besa bien —Helena intentó disimular la emoción—. Es muy... muy...

—¿Muy qué?

—Caliente... ya sabes... —Helena quería indicarle a Linda que se había excitado con facilidad, pero no encontraba las palabras adecuada.

—No, no sé.

Helena levantó las manos, sacada de quicio.

—Se le hizo ese bulto...

—Ay, Helena, pues claro. Te ve en ese conjunto pegado, que no deja nada a la imaginación, y quieres que el pobre hombre se comporte como un monje. ¿Has visto como se te pronuncia el trasero? ¿Es grande?

—¿A qué te refieres?

—Al bulto.

—No voy a contarte sobre eso, Linda.

No le diría que era enorme y duro... y que estuvo tentada a acariciarlo. No, no era conveniente que la bocajarro de Linda Lowell tuviera esos

escandalosos detalles.

—Las hermanas se lo cuentan todo, Helena.

A Linda le deberían dar la medalla olímpica de la manipulación.

—Sí, es cierto, ahora es tu turno de decirme de dónde sacaste al hombre que bailó contigo anoche —le dijo Helena.

Linda sonrió como una niña.

—Estaba pensando que lo soñé o que fue producto de la borrachera. — Linda buscó la tarjeta comercial que había guardado como un tesoro entre sus cosas—. Se llama César Castello. Es italiano. Está en Bahamas porque es capitán de un yate de lujo. Según me indicó trabaja para un griego que también se hospeda aquí. Nos invitó a un pasadía hoy a las nueve. —Linda miró el reloj en su muñeca. Faltaban solo treinta minutos.

—“Invitó”, suena a multitud.

—Tú irás conmigo.

—Sabes que odio navegar, Linda. Conmigo no cuentes. Además, hoy a las tres será el ensayo general de la boda.

—Helena Lowell —le suplicó Linda con sus manos juntas como si orara—. Te lo pido, por favor. No quiero cancelar. Necesito que vayas conmigo.

Helena soltó un suspiro cansado.

—Invitaré a Theo —canturreó Linda, pero no provocó ninguna emoción en su hermana—. ¿Y si invito al bartender?

—No juegues con mis controles, Linda Lowell.

—Imagínatelo en traje de baño, Helena. Ese bulto enorme.

—Mala, eres muy mala.

Linda sonrió traviesa y le tiró uno de sus bikinis. Helena lo capturó en el aire.

—No voy a ponerme esto, Linda.

Eran dos piezas diminutas de color rojo.

—Claro que sí. ¿No quieres broncearte para estar divina en las fotos de la

boda?

—¿Viste lo espantoso que es mi traje?

Linda compadeció a su hermana. Tenía razón, el vestido era soso y no le hacía justicia a la exquisita figura de su hermana.

—Pues con más razón debes tomar el sol, Helena. Eso te ayudará a destacar.

—¿Cuándo crees que salga el próximo vuelo a Miami?

—No puedes negar que eres hija de Robert Lowell, igual de melodramática.

## Capítulo 6



Aaron salió de la ducha, le envió un mensaje a su socio en el bar para indagar cómo iban las cosas y se encandiló leyendo noticias de deportes en su celular.

Minutos más tarde sintió dos rudos golpes en la puerta de la habitación. Soltó un suspiro cansado, se levantó y fue a abrir. Se topó con el rostro aún adormecido de Theo. El vikingo entró y se dejó caer de espaldas en la cama del bartender.

—Admiro tu tenacidad —comentó Theo—. ¿Cuánto corriste?

—Tres millas.

—Después de beber whiskey como un demente y bailar con Patty. No creas que no me fije en que le gustas.

—Es una chiquilla —descartó Aaron mientras ponía orden en la alcoba.

—Tiene veinte años.

—Y le faltan veinte neuronas todavía —dijo el bartender. No era partidario de andar con chiquillas inmaduras.

—Bueno... solo te lo decía para que pasaras un buen rato. —dijo Theo—.

Estoy feliz como hacía tiempo no lo estaba. Veo a Helena entusiasmada.

Aaron tensó la mandíbula y se dirigió al baño para afeitarse. Tuvo cuidado de no cortarse mientras se arreglaba la barba.

—No sé cómo fui tan imbécil de dejarla —admitió el futbolista—. Bueno, la verdad es que quería estar con otras chicas. Ya sabes, uno se aburre del mismo cuerpo, de la misma cama, la misma piel y de las mismas posiciones —sonrió con guasa—. ¿No te ha pasado?

Aaron pensó en Melisa Carter, su expareja. No, al menos a él no le había ocurrido eso. Tal vez a Melisa sí, por eso huyó con su amante a Sudáfrica tan pronto las cosas se complicaron. Ese suceso fue un rudo golpe a su autoestima, pero peor fue el sufrimiento de su corazón, pero era un creyente de que el tiempo lo cura todo.

—Estoy solo, Theo —admitió el bartender.

—Tienes suerte, pero también debe ser triste no tener amor.

Aaron rechinó los dientes. El vikingo tuvo el amor de Helena y lo echó a perder. ¿Ahora pretendía darle lecciones de pareja?

—Lo malo es que Helena es bastante melindrosa para el sexo —dijo el futbolista—. Siempre la misma posición, nada de imaginación y mucho pudor. Lo mío es la acción.

Aaron sacudió la navaja de afeitar con fuerza contra el lavamanos para contener su ira. ¿Cómo ese hombre tenía la osadía de expresarse de esa manera?

—Pero creo que puedo arreglármelas —resolvió Theo—. Después de todo, Helena es la mejor chica para un matrimonio y para ser la madre de mis hijos. ¡La voy a reconquistar! Luego buscaré la manera. Ya sabes —sonrió con malicia—, tener varias amantes para ni aburrirme.

El bartender rogó en su mente que las palabras de Theo se hicieran piedras.

**L**inda y Helena tomaron una de las veredas que las llevó hasta la parada

en donde el autobús del resort recogía a los turistas. El plan era llegar hasta la marina, pero primero tenían que buscar la forma de que Robert Lowell no las viera. Capaz y su padre se inventaba un picnic en la playa o una visita inesperada al spa del resort.

Ambas dejaron la cabaña tan pronto se despejó el asunto de Adele.

—¿Crees que a Robert se le pase el coraje? —le preguntó Linda cuando se acercaban a la parada.

—Es capaz que no la deje casar con Danny —contestó Helena—. De Robert Lowell se puede esperar cualquier cosa.

Antes de que llegara el autobús se toparon con Theo y Aaron. Linda soltó un suspiro de hastío e hizo una mueca de claro disgusto. Cuando Theo Harding se lo proponía podía tornarse en un verdadero dolor de cabeza.

—Ahora estamos en plan de búsqueda y captura —dijo Linda entre dientes, pero Helena pareció no captar su mensaje.

De todas formas, Helena optó por actuar normal, pese a que la presencia del bartender la alteraba. Recordaba su último encuentro en la playa y ese beso. Se reprendió mentalmente e intentó parecer serena.

—Buenos días, ¿a dónde van? —saludó Theo, sonriente.

Para el bartender no era fácil apartar la vista de la chica daiquiri. Más aún cuando en esa ocasión llevaba una camisilla de manguillo que dejaba la vista la parte superior de su bikini. Además, llevaba el cabello en una coleta que la hacía ver más sexy aún. La encontrara divina.

—Tenemos una invitación —dijo Linda en un tono misterioso para fastidiar al futbolista.

Theo se acercó a Helena con la intención de besarla en la boca, pero al final tuvo que conformarse con su mejilla.

—¿No invitan? —preguntó el futbolista.

—La invitación fue para Linda —mencionó Helena. No le interesaba un pasadía con el vikingo y mucho menos con el bartender. Su presión arterial no lo soportaría después de lo ocurrido.

—Si desean venir, no tengo problemas —dijo Linda y Helena la miró

molesta.

¿En qué estaba pensando su hermana?

—Un amigo me invitó a dar un paseo en yate por las islas cercanas — explicó Linda.

Theo le sonrió al bartender, pero Aaron estaba igual de tenso que Helena. Sabía que sería una gira bastante torturante teniéndola tan cerca y con Theo intentando reconquistarla en sus narices. Preferible permanecer en tierra.

—Los muchachos del equipo me invitaron a practicar *flyboard* — mencionó Aaron.

—Vamos, hombre —dijo Theo y le palmeó el hombro para animarlo—. Así acompañarás a Linda. —El tono que le dio a esa última frase supuso que pretendía que Aaron y Linda se empataran.

«¡Qué lejos estás de la verdad, vikingo!», pensó Linda.

«Que Aaron no se deje convencer», rogaba Helena.

En eso llegó la camioneta. Aaron titubeó a última hora antes de subir, pero al final, el deseo de estar cerca de Helena, lo empujó a participar de ese pasadía.

Los asientos en el interior de la camioneta estaban copados en su mayoría por turistas mayores, por eso Theo y él tuvieron que ocupar la última fila.

—Gracias por venir —le dijo Theo al bartender—. Así entretienes a Linda mientras yo intento convencer a Helena para que regresemos.

Aaron hizo una mueca de disgusto.

—Linda tiene la lengua afilada —continuó Theo—, pero es guapa. Tal vez, después de todo, tengas tu revolcón en Bahamas, bartender.

—Vine a trabajar.

—Relájate.

Theo le mostró una foto de las bailarinas exóticas que contrataron para la despedida de soltero de Danny. Media docena de chicas mostrando sus peripecias en el tubo niquelado aparecieron en el celular del futbolista.

—Trabajan en Las Vegas —dijo Theo con orgullo—. Son las mejores. No

te veo muy animado, Aaron. Desde anoche...

—Estoy un poco cansado. Eso es todo.

—Pero las vacaciones son para relajarse. Así que esta noche, después que sirvas esos tragos, procura divertirte. Hay un amplio menú para escoger. Pero si prefieres las brujas, Linda Lowell es perfecta.

Theo sonrió con malicia y Aaron prefirió mirar el paisaje que se extendía a través del cristal. Su bruja de preferencia era Helena Lowell, lo tenía cautivado.

**L**a marina Yatch Heaven resultó un lugar exclusivo y confortable. Desde que la camioneta los dejó en el centro de información, los empleados del lugar se esmeraron en servirle. Linda se comunicó con César Castello a su celular y el hombre apareció conduciendo un carrito de golf minutos más tarde.

El capitán de mar no pudo esconder la cara de clara desilusión que le produjo confirmar que Linda había llevado un séquito de acompañantes, pero ese gesto también ponía de manifiesto que si quería lograr algo más con ella debería ir despacio, tan despacio como cuando navegaba en aguas peligrosas. Era cuestión de maniobrar con astucia.

Tan proto Linda se encontró con el hombre, lo saludó con un beso en la mejilla y procedió a presentar a los demás.

—Ella es mi hermana, Helena Lowell —dijo Linda—. Y ellos son dos amigos, Theo Harding y Aaron Smith.

—En realidad soy su cuñado —dijo Theo cuando le estrechó la mano a César. Era mejor que desde el principio el tipo supiera que no tenía ningún chance con Helena.

En cambio, Helena le retiró la mano de su cintura al futbolista, en claro rechazo, pero no lo desmintió para no avergonzarlo. Se subieron al carrito y recorrieron una senda que los llevó al enclave en donde ubicaban los yates de mayor tamaño. A su llegada recorrieron el paseo tablado hasta la espléndida nave La Concordia.

Era una embarcación de veinticinco metros de eslora y tres pisos. Según lo que el capitán iba explicando el yate había ganado varios reconocimientos por su impresionante diseño. Contaba con una piscina con jacuzzi en la cubierta de popa y un helipuerto en la cubierta de proa, sin dejar de lado el lujo y el confort que destilaba en cada uno de los rincones y los diez tripulantes que se encargaban de hacer la estadía de los visitantes muy agradables.

En eso, un hombre apareció cargando una bandeja con bebidas, sonrió, hizo una leve reverencia y desapareció cuando los ocupantes tomaron sus tragos. Linda parecía extasiada no solo con la nave, sino con el capitán.

César le dio un tour por el interior, pero se reservó una visita al tercer piso.

—Es el tesoro mejor guardado de mi jefe —dijo el capitán—. Así que pueden disfrutar de la barra, la piscina, y las comodidades del primer piso, pero el tercero está prohibido.

Aaron recordó la última vez que estuvo en un yate como aquel. Fue en una fiesta privada de un jeque árabe. En esa ocasión le pagaron por viajar al Mediterráneo por una semana para servir los mejores cocteles. Sucedió justo después de alzarse con el premio como el mejor bartender de Estados Unidos. Fue en esa época que su nombre cobró prestigio internacional, ocasión que lo llevó a ganar una considerable suma entre sueldos y propinas. Con ese dinero consiguió adquirir su propio negocio en Miami Beach. Ahora trataba de mantener un perfil bajo, pero era imposible, la gente nunca se olvidaba de sus exquisitas mezclas y de su carisma. Precisamente por eso estaba en Bahamas, por un asunto de trabajo, y allí estaba, intentando ver si la vida le regalaba una oportunidad con la chica daiquirí.

La observó de reojo. Se percató de que se había aferrado al barandal de la nave tan pronto el capitán inició la marcha. Tenía los ojos cerrados y aspiraba la brisa marina. También se fijó en que Theo ya estaba en la barra y que Linda había desaparecido tras el capitán. Estaba demás en ese viaje. Soltó un suspiro cansado y se acercó a Helena con disimulo.

—¿Te gusta el mar? —preguntó Aaron.

—Me resulta misterioso. —Helena sonrió— ¿Por qué viniste a la gira?

—¿Te molesta?

—Es arriesgado.

—¿Por qué?

—Theo no es idiota. Se dará cuenta de que... —Helena hizo una pausa.

—¿De qué se dará cuenta? ¿De qué nos gustamos?

Helena se giró para enfrentarlo.

—¿Acaso no fuiste tú el que dijiste que Theo es tu amigo y que te sentías mal por traicionarlo?

—A veces pienso que el riesgo vale la pena.

—Aunque tengo claro que no voy a volver con Theo, también tengo muy claro que por el momento no deseo una relación.

—Eres muy rígida, Helena. Deja que todo fluya. Lo que tenga que ocurrir, ocurrirá.

El bartender se fijó en los labios de la chica, pero Theo estaba apenas a cinco metros de ellos. Era cuestión de que el hombre se girara y los sorprendiera. Y sí, Theo seguía siendo su amigo, y Aaron no estaba actuando como tal. Al final desistió, se aferró a la baranda y se dedicó a mirar el panorama.

Ese día, en particular, el sol estaba alto y el mar en calma. Se podían observar un grupo de pequeños islotes alrededor y la fauna que convivía en ellos.

—¿Has buceado alguna vez, Helena? —preguntó Aaron.

—No, me aterra la idea.

—Es muy bonito. El fondo marino es un lugar único.

—No sé nadar.

—Yo te puedo enseñar.

La entonación que el hombre le brindó a esa frase hizo estremecer a Helena. ¿Qué otras cosas podría enseñarle ese hombre? Había algo en él que la atraía a conocerlo, a dejar que todo fluyera como él le había dicho.

—Prefiero mantenerme en tierra firme —dijo ella al final. Después de todo no era tan arriesgada.

—Si te dejas llevar, podrías disfrutar mucho.

Lo mejor que podía hacer el bartender era dejar de decirle esas cosas y con esa entonación tan sensual, pensó ella. Sentía que su cuello comenzaba a arder. Recordó el beso y el ímpetu empleado por ese hombre.

—La mejor buceada es la nocturna —continuó él.

—De tan solo imaginarme estar en el mar de noche...

—¿Nunca te has bañado en la playa de noche?

—No.

Aaron observó que Theo aún continuaba entretenido en la barra.

—Si quieres puedo enseñarte a nadar esta noche en la playa.

Tan pronto le hizo la invitación, la conciencia del bartender le gritó: “¡Canalla! Estás seduciendo a la mujer de tu amigo”.

—No me parece una buena idea —dijo ella con voz trémula.

—¿A qué le tienes miedo?

Helena le torció la mirada. ¿Qué le pasaba a ese creído? Optó por ignorarlo.

—Pensé que eras una chica más aventurera, pero veo que me equivoqué.

—Cree lo que quieras.

—Entonces, eso quiere decir que irás a las clases de natación a medianoche.

—Hoy es la despedida de soltera de Adele.

—Eso es una excusa y las excusas solo sirven para quien las da.

—No iré, Aaron. Theo es tu amigo y por el bien de esa amistad es mejor que dejemos este juego.

Helena se giró para dirigirse al área de las tumbonas cerca de la piscina. Se quitó la camisilla y el pantalón corto para solearse. El bartender se recostó de la baranda para disfrutar del magnífico espectáculo que le regalaba la chica daiquirí en su diminuto traje de baño rojo.

Si ponía en una balanza la amistad y el deseo, se inclinaba mucho más

hacía el deseo. Miró a Theo. No podía, no debía. Helena había sido su pareja por cuatro años y aunque creía que no había la remota posibilidad de que regresaran, no se sentiría bien consigo mismo. Además, sabía que el vikingo jamás lo perdonaría.

Se giró para aferrarse con fuerza a la baranda de la embarcación y buscó paz en el paisaje. Tenía que vencer la tentación.

**E**l capitán de mar le explicaba a Linda el contenido del panel de control de mano y lo que conllevaba timonear un yate como El Concordia, pero Linda estaba absorta en la figura del hombre. Imaginaba cómo sería que César Castello la acariciara con aquellas manos tan sensuales. Se fijaba en sus labios tan sexy y su mirada entre tímida y coqueta. César era de los tipos que sonreía a la menor provocación y que hablaba de forma amena.

—Te debo estar aburriendo, Helena —le dijo él.

Ella negó con la cabeza.

—Gracias por aceptar la invitación.

—Traje compañía —ella hizo un gesto de burla.

—Pronto los tiraré por la borda —le dijo el hombre cerca del oído.

Ella sonrió.

—No te creo capaz.

—Me encantan los retos, Linda Lowell.

Se acercaron estudiándose y sin que mediaran las palabras César la besó. Hacía ochocientos cincuenta y tres días que Linda no recibía un beso. Lo sabía porque llevaba la cuenta exacta desde el último beso que le dio Harry. Durante todo ese tiempo había tenido citas, algunas con acompañantes que alquilaba, con los cuales no se besaba, y un par de salidas con hombres bastante idiotas y faltos de iniciativa. Así que aquel beso de ese fogoso latino, de sangre ardiente, la dejó sin aliento. Si así besaba, no quería imaginar cómo haría lo siguiente.

Tardó en recuperarse, pero al final abrió los ojos e intentó que su respiración se ralentizara.

—Disculpa —dijo él—. Es difícil contenerse con una chica tan linda como tú.

A Linda se le perdió ese vasto vocabulario que normalmente manejaba. Se aferró al timón para evitar que César se percatara de que temblaba. Fue peor el remedio que la cura, pues el hombre se le acercó por la espalda.

—¿Nunca has navegado? —le preguntó César.

Su aliento le quemaba la nuca.

—Nunca había tenido la oportunidad.

César puso las manos en la cintura de Linda y pegó su cuerpo aún más.

—¿Te molesta que esté cerca?

Ella negó con la cabeza y se aferró al timón hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

El hombre le retiró un mechón de cabello de la oreja y se acercó despacio para morderle el lóbulo. Ella se estremeció. «¡Este hombre no sabe que estoy tan fuera de práctica que ya hasta se me ha olvidado por donde se empieza!», pensó ella. «Si sigue por esa ruta, no respondo. Que se detenga... No, no, que no se detenga», se decía mientras César se afanaba en tentarla.

—Me gustas mucho, gringa.

La palabra gringa en los labios de ese hombre mediterráneo le pareció a Linda un fetiche. Sería su gringa, su amante, su esclava, si se lo pedía. Sintió que las manos del hombre le acariciaron los hombros y bajaron por sus brazos hasta posarse en la parte frontal de su cintura.

—Creo que voy a ver cómo están los demás —dijo Linda e intentó zafarse.

—No huyas —le dijo él cuando ella logró escapar.

—Vuelvo pronto. Te lo prometo.

Linda tomó las escaleras que daban al primer piso y tan pronto alcanzó el pasillo que se dirigía a proa soltó un suspiro. «Deberían otórgame una medalla olímpica por resistir la tentación», pensó.

## Capítulo 7



La isla de Alejandría era en realidad un islote en el medio del Océano Atlántico, cerca de otras islas privadas. Fue hasta allí que César Castello los llevó. Llegaron a la orilla en un bote mucho más pequeño que el yate, que para ese momento quedó anclado en la entrada de la pequeña bahía, y se mantuvieron en la parte norte disfrutando de la playa.

César invitó a Theo y a Aaron a mirar el fondo marino con caretas y tubos de aire mientras las hermanas permanecieron en la arena tomando el sol.

—Helena, ese hombre me tienta —dijo Linda a la vez que se pasaba el protector solar.

—Acabas de conocerlo —dijo Helena. Estaba bocabajo sobre una toalla.

—Ese es el problema, pero es que hace tanto tiempo que no... tú sabes. Desde Harry no he tenido...

—Linda, piensa bien lo que vas a hacer.

—¿Y tú has pensado bien lo que vas a hacer con el bartender? Porque déjame decirte hermanita querida que cuando se quitó la camisa para quedarse en traje de baño faltó poco para que te tuviera que recoger las babas. Ni tan siquiera las monerías del vikingo te parecieron tan fascinantes.

—Creo que es la novedad —dijo Helena.

—Se llama deseo, cariño, y se calma con un buen revolcón.

—Es el mejor amigo de Theo —dijo Helena para convencerse a sí misma.

—¿Y qué tiene? Theo fue muy canalla contigo. Ahora quiere ser el más amable y el más bueno del mundo para meterte a su cama otra vez. Tan pronto se aburra de ti, irá detrás de algún trasero novedoso. ¡No le debes fidelidad alguna!

—No lo hago por eso, Linda. No quiero estropear la amistad que existe entre ellos. Me sentiría mal que por mi culpa se pelearan. Theo no lo va a tomar bien. Además, no sé nada de Aaron. ¿Y si está comprometido?

—Eso se soluciona preguntando, hermanita.

—No voy a darle alas a esta locura.

—Te gusta ese hombre, Helena. Se te nota y Theo muy pronto se dará cuenta —sentenció Linda.

**D**espués de que disfrutaron de un almuerzo ligero, César aprovechó para convencer a Linda de que disfrutara de la vida marina, le entregó la careta y el tubo de aire y se la llevó a un área más profunda. En cambio, Aaron, Helena y Theo permanecieron en la orilla de la playa.

El futbolista no dejaba pasar ninguna oportunidad para llamar la atención de la chica. Rogaba porque Aaron decidiera desaparecer en cualquier momento, pero el bartender no parecía darse por enterado que necesitaba de un poco de intimidad con Helena.

—Aaron ¿por qué no vas a buscar los tragos? —dijo Theo.

Helena miró al bartender, pero Aaron no se inmutó. Más bien permaneció recostado en su toalla de playa.

—No me parece buena idea tomar whiskey con este sol —dijo Aaron, aunque en realidad buscaba no abandonar la escena.

—Puedes prepararnos algo refrescante —insistió Theo.

Helena se mantenía en silencio en medio del pulso de los dos hombres.

—Estoy en mis horas libres, Theo —se mofó el bartender—. Mi contrato comienza hoy a las ocho de la noche.

El futbolista bufó. Necesitaba ese whiskey y también necesitaba aspirar un poco de polvo, así que se levantó de la arena y se sacudió.

—Vamos, Helena —le extendió la mano a la chica con la seguridad de que ella no lo rechazaría.

—No quiero irme —afirmó ella.

—No pretenderás que traiga los tragos hasta aquí —dijo Theo.

—Pretendías que Aaron lo hiciera —dijo Helena.

El vikingo desistió. No quería iniciar una pelea con la chica, así que se sumergió en el agua y tras unas cuantas braceadas alcanzó el yate.

—Eso quiere decir que irás esta noche a la playa —le dijo el bartender.

Helena guardó silencio, ni ella misma sabía si al final el deseo le ganaría su buen juicio.

En eso, César y Linda retornaron a la orilla. El tiempo de regresar había llegado.

**L**a cena con los invitados inició a las ocho de la noche. Tan pronto Helena llegó al salón buscó entre los invitados al bartender. Allí estaba Aaron Smith cerca de la mesa de tentempié hablando de forma amena con April. A Helena le molestó con la confianza que la mujer apoyaba su mano de forma casual sobre el brazo del bartender, pero al final optó por ignorarlos. Había calculado que en treinta y seis horas estaría de vuelta a la cotidianidad de su vida y ese viaje quedaría en sus recuerdos.

—Espero que no estés considerando desistir de nuestro encuentro esta noche —la voz del bartender a su espalda la sobresaltó.

Intentó disimular que no estaba sobrecogida por la emoción cuando se giró para enfrentarlo.

—Siento acabar con tus ilusiones, bartender.

—¿Qué te hizo cambiar de parecer?

—Creo que tienes a una ávida mujer que puede acompañarte a la playa —dijo Helena y dirigió su mirada hacia April, quien ahora compartía con las amigas de Scarlet, un par de mujeres rubias ávidas de conversación.

—Eres muy posesiva, chica daiquirí.

—Y tú eres muy coqueto.

—Soy amable.

—¡Vanidoso!

Aaron sonrió con sorna.

En ese momento Robert Lowell interrumpió la velada para hacer un brindis por el matrimonio de su hija, aunque gran parte de los presentes sabían que el abogado no estaba muy contento con el modo de proceder de Danny. ¿Cómo fue capaz de robarle la virginidad a su hija doncella dos noches antes de la boda?

Sin embargo, lo que desconocía papá Lowell era que su hija estuvo activa con su novio desde el segundo día de aceptar que la pretendiera, que Scarlet había optado porque un ginecólogo le pusiera un arete en el útero para evitar un embarazo, pero que aún así Adele y Danny serían padres en poco más de siete meses.

—Por la felicidad de los novios —dijo Robert y levantó su copa.

El resto de los comensales gritó “salud”.

—Te espero a las doce en la playa —le dijo el bartender a Helena tras de guiñarle un ojo.

—No iré —afirmó ella.

—Claro que sí irás.

## Capítulo 8



—No sabes lo que me aburren las despedidas de soltera —le decía Linda a Helena.

Ambas miraban el espectáculo de Mike Müller frente a Adele. El hombre paseaba su diminuto bikini por la cara de la joven mientras hacía movimientos pélvicos muy sugerentes. Las invitadas gritaban cada vez que el bailarín hacía una de sus peripecias, pero su objetivo era perturbar a la chica que se casaría al día siguiente.

—Pensé que te emocionaría ver a Mike Müller —comentó Helena mientras le daba un sorbo a su tercer Cosmopolitan.

Buscaba, a través del alcohol, evitar la tentación de salir corriendo a su cita con el bartender, pero a medida que iba degustando la bebida se iba despojando de sus prejuicios y sus creencias cerradas.

—Es como estar en un enorme bufé de deliciosos dulces y estar a dieta —comentó Linda—. Tú que puedes ve y disfruta, Helena.

—No sé de qué hablas.

—Que vayas a buscar a ese hombre.

—Pensaré que...

—Te mueres por ir. ¿Y sabes? La vida se vive una sola vez, Helena Lowell. No quiero que cuando tengamos ochenta años y estemos en un asilo me digas: “¿Qué hubiera pasado si esa noche hubiera ido a esa playa?” —Linda fingía una voz de anciana.

—Estás loca.

—Sabes que digo la verdad. Te mueres por ir a verlo. No dejas de mover tu pie izquierdo. Conozco todas tus manías.

—Deja de atormentarme.

Linda le sirvió otro Cosmopolitan.

—Quieres embriagarme.

—Creo que eso te puede ayudar a relajarte —sentenció Linda.

Después de ese último trago, Helena salió de la cabaña para tomar la vereda que conducía a la playa. Faltaban pocos minutos para la medianoche.

A mitad de camino pensó en desistir. ¿Qué fuerza sobrenatural la empujaba hacia esa locura de nadar de noche en una playa tropical al lado de un hombre que apenas conocía? Se detuvo, pensó en girarse y dejar ese espíritu de aventura que la había invadido y que se lo atribuía a los Cosmopolitan que su hermana le había servido durante la fiesta. «No, Helena, esto está mal. Una cosa es unos cuantos besos babosos... bueno babosos no. El tipo besa como los dioses, pero lo menos que quiere es enseñarte a nadar. Vamos, reacciona. Aaron Smith quiere sexo contigo. ¿Y si no es como Theo? ¿Y si es mucho mejor? ¿O será peor?». Después de dirimir sus dudas, se dio a sí misma impulso y se encaminó de nuevo. «Que no se diga que soy una cobarde. Iré, me disculparé y regresaré a la fiesta».

Cuando llegó a la orilla escuchó un silbido a sus espaldas. Al girarse se encontró con la sonrisa del bartender que surgía desde la semioscuridad.

—Después de todo no eres tan cobarde —dijo él cuando se acercó.

Llevaba una camiseta playera y un traje de baño de los que utilizaban los surfistas. Ella en cambio, vestía una blusa y una falda, y cargaba sus sandalias de tacón en la mano.

—Vine para decirte que... que no voy a aceptar tu propuesta —dijo ella—. La playa de noche no me parece la mejor idea de diversión.

Aaron sonrió mostrando sus hoyuelos, se quitó la camisa y le hizo señas con su dedo para que se acercara. La incitación de ese hombre le pareció a Helena la mayor provocación de su vida, tanto que no pudo evitar ceder. Se aproximó despacio, entonces el bartender la abrazó por la cintura y la besó.

—Creo que te conviene hacer una locura, Helena —le dijo al oído—. Dejarte llevar y disfrutar un poco. No es bueno mantener el control de todo.

La despojó de su blusa.

—No llevo traje de baño —dijo ella mientras se cubría el sostén con sus brazos cruzados a la altura del pecho.

Aaron volvió a exhibir esa sonrisa socarrona que tanto la atraía.

—Prefiero el encaje —le dijo él—. Ahora la falda. Para nadar necesitas estar cómoda.

Helena titubeó, pero luego se despojó de la falda. Aaron no fue capaz de evitar mirarla con deseo.

—Esto no está bien —se quejaba ella, pero Aaron no permitió que reflexionara.

La tomó de la mano y la arrastró a la playa. El agua estaba templada, así que no fue un gran problema sumergirse. Para lograr sobrevivir a su miedo, Helena se aferró al cuello masculino mientras el hombre buscaba mayor profundidad en el agua.

—Confía en mí.

La mujer lo observó con sus ojos llenos de miedo.

—Está oscuro y no sé nadar. ¿Pretendes que confíe?

—Pretendo que te relajes —le dijo a centímetros de su boca.

—Eres un loco, Aaron.

—La vida hay que vivirla, mi chica daiquirí.

La besó de nuevo.

—¿No me ibas a enseñar a nadar? —preguntó ella para distraer la tónica que había tomado la conversación.

—Te enseñé lo esencial, cómo aguantar la respiración.

La besó hasta dejarla sin aliento. Ambos se abrazaron hasta que la excitación fue evidente entre ambos.

Luego, bracearon un poco a petición de ella, Aaron hizo unos cuantos chistes graciosos, rieron y terminaron tendidos sobre la arena mirando las estrellas.

—Esa que está ahí es la Osa Mayor —señaló Aaron.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, solo busco impresionarte.

Ella le pegó en el hombro y él aprovechó para besarla.

—A esta hora no me importan las constelaciones ni las estrellas cuando puedo disfrutar de toda tu belleza —dijo Aaron.

—¡Qué cursi!

—No sabes lo cursi que puedo ser. Puedo escribir los versos más tristes esta noche...

—Muy trillado el poema de Neruda.

—Tengo otro —dijo él.

Ella sonrió con sospecha.

Aaron se incorporó como si fuera un declamador y con su rostro circunspecto recitó:

*Me besaba mucho, como si temiera  
irse muy temprano... Su cariño era  
inquieto, nervioso. Yo no comprendía  
tan febril premura. Mi intención grosera  
nunca vio muy lejos  
¡Ella presentía!  
Ella presentía que era corto el plazo,  
que la vela herida por el latigazo  
del viento, aguardaba ya..., y en su ansiedad  
quería dejarme su alma en cada abrazo,  
poner en sus besos una eternidad.*

A Helena le escocieron los ojos por la emoción. Intentó que la turbación no se le notara, pero fue imposible.

—Es Me besaba mucho de Amado Nervo —mencionó Aaron y sonrió como un niño—. Es el único poema que me sé. No esperes mucho de mí, Helena.

Ella rio mientras las lágrimas corrían por su rostro.

—Perdón —dijo Helena cuando recuperó la compostura—. Me emocioné.

—Esa era la idea.

—Así que ese es el poema que utilizas para tus conquistas.

Aaron negó con la cabeza.

—No tengo mucha experiencia conquistando, aunque no lo creas. Una novia en mi juventud precoz y otra mujer, ya más adulto. Han sido mis dos únicos amores.

Ese dato sorprendió a la mujer.

—Pero no les gustaba la poesía.

Hubo un silencio. Era el momento de decirle la verdad a Helena sobre su pasado. ¿Cuán difícil era confesarse? Es que había una enorme posibilidad de que ella no entendiera. Eso dañaría ese fantástico momento.

Aaron no quería arruinar esa noche. Cuando llegara el momento de despedirse quería atesorar un lindo recuerdo y no una discusión con esa hermosa chica.

—Cada vez me sorprendes más —comentó Helena.

Él se sentó a su lado para besarla, esta vez de forma tierna. Esa mujer le producía sensaciones hasta ese momento desconocida. La deseaba, pero también existía un fuerte magnetismo que lo empujaba a querer más allá de una cama. Estaba aterrado por las cosas que su corazón le iba develando, pero era como si cayera en un pozo sin fondo y no pudiera parar la travesía.

—Aaron... Esto está mal. Apenas te conozco —dijo ella cuando se sintió perdida.

—Aaron Smith —dijo él mientras le daba pequeños besos—, vivo en el #73, cerca del Parque Walker, en Hialeah. Soy dueño de un bar en Miami Beach, tengo un perro bulldog muy malhumorado que se llama Murray y doy clases de aikido a los niños de la comunidad hispana. Ya nos conocemos, cariño.

—No eres casado, ¿verdad?

Aaron negó con la cabeza mientras seguía besándola. Necesitaba que la

mujer se relajara.

—¿Puedo confiar en ti? —preguntó ella.

—En este momento no confío ni en mí mismo, Helena. Solo pienso en comerte completa.

La derribó sobre la arena. Helena abrió los ojos como platos. ¡Cuántas veces Theo la había tomado de esa forma tan brusca, que tanto la aterrorizaba! Pero para su sorpresa el bartender la miró a los ojos, luego la besó con ternura, recorrió su cuello y jugueteó con el lóbulo de su oreja. Necesitaba poseerla y liberarse del influjo de esa bruja, pero también necesitaba tener paciencia e inspirarle confianza.

—Eres hermosa, Helena Lowell. Me traes de cabeza desde esa noche que entraste a mi bar. Hoy cuando te vi en ese traje de baño... juro que tuve que contenerme.

—Tú también me gustas mucho, Aaron —comentó ella—. Esos hoyuelos tuyos...

—Pensé que te gustaba mi trasero. —Él sonrió con picardía—. Eso me dijiste la primera noche.

—Sí, me gusta mucho —dijo ella con su conciencia obnubilada por el deseo.

Tan pronto la despojó del sostén, el hombre le mordisqueó los pechos.

—Son hermosos.

Helena observó cómo Aaron la admiraba y sintió un vuelco en el estómago. El bartender aprovechó para desnudarse con prisa. Ella no pudo evitar fijarse en que su excitación era enorme.

—Seré gentil —le dijo él al oído—. Te lo prometo.

Ella sintió que la emoción se alojaba en su garganta. ¡Cuánto hubiese deseado que Theo tuviera un poco de esa gentileza que Aaron le prometía! Pero el futbolista no era paciente y mucho menos generoso. Recordó las veces que tuvo que practicarle sexo oral, aún en contra de su voluntad. La asqueaba sentirse tan humillada, sin valor, sin el más mínimo respeto a sus deseos.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó Aaron cuando advirtió que un dejo

de tristeza se alojó en el rostro femenino.

—Sí —contestó ella con la voz ronca.

Aaron se alejó un poco, le tomó la barbilla y la miró a los ojos.

—Helena, te haré el amor solo si me dices que estás lista y que estás tan deseosa como yo. —Le besó los labios con tanta ternura que Helena no pudo evitar la emoción—. El sexo es mejor cuando ambos disfrutan.

Ella intentó ocultar su rostro, pero Aaron le tomó la barbilla de nuevo. El bartender supo que el imbécil de Theo Harding le había hecho mucho daño a aquella hermosa mujer. La besó de nuevo.

Esta vez Helena se aferró al cuello masculino y lo rodeó con sus piernas. Aaron fue despacio, esperando que ella se relajara y disfrutara. Dejó un camino de besos desde sus pechos hasta su vientre. La despojó de la braguita de encajes. Después, Helena se tapó su femineidad para conservar el último vestigio de pudor que le quedaba.

—Te quiero completa, Helena —dijo él. Le besó las manos cuando se las retiró—. Te deseo, nunca lo olvides.

Aaron besó el monte de venus y se adentró hacia el centro de placer de la mujer como un explorador experimentado en busca de un valioso tesoro. Con gran maestría logró que Helena se abriera. Le fascinó ver que ella se aferraba a la arena y se mordía los labios mientras él le brindaba placer con su boca. Rogaba porque alcanzara la cima de la lujuria y se dejara arrastrar al abismo. La quería sentir cuando regresara del valle del deleite con su sonrisa a flor de labios. Se esmeró por lograrlo.

—Aaron... no puedo resistir.

—Déjate llevar. Entrégate, Helena. Te quiero mía.

Helena perdió la resistencia, cuando poseída por la lujuria, sintió que una súbita emoción la acogía para arroparla con un segundo de eternidad. Gemía sin voluntad mientras pronunciaba el nombre del bartender. Ni en los sueños más calientes con Henry Cavill había logrado un orgasmo tan descomunal como aquel.

Tan pronto recobró la consciencia notó que las piernas le temblaban involuntariamente. Estaba sudorosa y sin aliento. Vio que Aaron sonreía con su

cara de niño travieso y esos hoyuelos diabólicos que tanto la atraían. Aún estaba entre sus piernas.

—Lo haremos de nuevo, chica daiquirí.

—No, Aaron —dijo ella entre risas cuando sintió que el hombre se afanaba de nuevo con su centro de placer, ahora mucho más sensible—. No puedo más.

—Sí, puedes, Helena, ya verás.

Ese hombre tenía la capacidad de desdoblarla. Se desconocía a sí misma. Ahora tiraba del cabello del bartender para guiarlo, gritaba groserías —que enloquecían al hombre— y gemía como una posea. Tan pronto disfrutó de nuevo de ese instante de eternidad se dejó caer sobre la arena, rendida, saciada, deseada, valorada... amada.

Aaron se incorporó con su excitación intacta. Helena sabía que ese placer que acababa de experimentar debía ser recompensado, por eso se arrodilló, extendió su mano y acarició al hombre.

—Cariño, no tienes que hacerlo si no quieres.

Ella sonrió con malicia. Quería todo con ese hombre. Besó la potencia de Aaron sin pudor. Luego de un jugueteo inicial, que hizo que Aaron gruñera unas cuantas insolencias, Helena lo poseyó con su boca. Era divino ver cómo el hombre se iba rindiendo o cómo se desesperaba cuando ella se detenía. Se sentía poderosa.

Lo derrumbó en la arena para seguir castigándolo de placer.

—Chica mala —dijo él—. Estoy llegando a pensar que eres una bruja.

Helena sonrió con malicia, pero no dejó de brindarle gozo.

¿De dónde diablos Theo Harding se sacaba aquella estupidez de que Helena era melindrosa para el sexo? Esa mujer era una llama encendida. La vio afanada por complacerlo hasta el punto que tuvo que alejarla para retrasar su placer, pues temió finalizar en su boca.

Helena refunfuñó, pero cuando Aaron se acomodó sobre ella recobró la felicidad. Tal como prometió, el hombre fue gentil cuando la invadió, no se apuró en entrar en su interior hasta que ella le dio la bienvenida.

—¿Te gusta, Helena?

—Mucho.

Con esa afirmación Aaron la embistió. Primero despacio, dejando que sus cuerpos se acoplaran, luego un poco más rápido hasta que ambos no tuvieron voluntad para contenerse. Ella exigía y él respondía.

El hombre le mordió el hombro cuando no pudo contener su lujuria. Ella soltó un gemido que Aaron tuvo que apaciguar con un beso. No se soltaron hasta que regresaron en ese recorrido que los trajo de vuelta a la vida.

El bartender apoyó su cabeza en el pecho de Helena, rendido.

—Me has conquistado, Helena Lowell. Soy tuyo.

Ella no pudo reaccionar ante aquella declaración. Solo le acarició el cabello. Sentía lo mismo. Después de ese encuentro sería muy difícil encontrar a un amante que superara al bartender.

Aaron dejó la habitación de Helena como un amante furtivo antes de que Linda apareciera. Él la había acompañado para asegurarse de que llegara bien, pero en realidad tuvieron una sesión amatoria en la alcoba. Era como si no pudieran dejar de tocarse.

Se besaron como desquiciados hasta que el bartender alcanzó el pie de la escalera.

—Escápate conmigo —le ofreció Aaron en medio de la semioscuridad.

Helena le dio un manotazo en el hombro para que dejara de decir bobadas.

—Vete. Si Robert se levanta...

—Le pido tu mano. No me la negará cuando suponga que acabo de arrebatarse a su última hija doncella.

—Estás loco.

—¿Te veo mañana? —preguntó él.

—Estamos en una isla —dijo ella risueña—. No tengo a donde escapar

—Si te atreves a escapar, te buscaré hasta debajo de las piedras. Sueña conmigo, que yo reviviré lo que acaba de ocurrir hasta que salga el sol. Te aseguro que no podré dormir.

Aaron le dio un último beso y bajó la escalera en cuatro pasos para perderse por la puerta que daba a la terraza. Helena se apoyó de la pared del pasillo con su rostro extasiado. Aún su cuerpo le indicaba lo que acababa de suceder. Regresó a su habitación con una sonrisa permanente y con la satisfacción de sentirse amada. Se metió bajo la ducha mientras tarareaba una canción

—Te falta fumarte un cigarrillo —la voz de su hermana cuando entró al baño la sobresaltó—. Como en esas películas de los años ochenta, en que el hombre terminaba de hacer el amor y fumaba.

—¿Cómo sabes que...?

Helena dejó el baño envuelta en un albornoz.

—Tuve que esperar en la terraza a que terminaran. Porque cuando iba a abrir la puerta de la habitación escuché gemidos. Obvio, no eran los de mi gato Mitch, él no maúlla como gata en celo. Además, imagino que el pobre gato, después de presenciar esas escenas tan candentes, cayó rendido. — Linda se acercó a la jaula para comprobar que estaba dormido—. Tú tía Helena es una desconsiderada, Mitch. Escenas pornos frente a un gatito célibe. Vamos a hacer una denuncia a la agencia de protección animal.

Helena soltó una risita.

—Estás demente, Linda.

—Se nota que disfrutaron muchísimo —comentó al ver las sábanas revueltas en la cama de Helena—. Me pregunto cómo llegaron aquí. ¿No me dijiste que se verían en la playa?

Helena soltó suspiro cansado.

—Quiso acompañarme de regreso ¡Ese hombre es divino!

Linda abrió los ojos patidifusa.

—Fue muy paciente y complaciente —afirmó Helena.

—Me preocupas.

Helena se encargó de arreglar la cama antes de meterse bajo las sábanas que aún guardaban el olor varonil del bartender.

—Tenías razón, Linda, el sexo es lo mejor del mundo.

—Te he convertido en un monstruo, Helena.

—¿Y cómo estuvo la fiesta?

—No te perdiste de mucho. Mike Müller acabó bailando sobre el regazo de April y al final se marcharon juntos de la fiesta.

—¿Se llevó al stripper?

—¿Y lo dudas? ¿Sabes como la llaman?

Helena negó con la cabeza.

—La aspiradora, se lleva todos los polvos a su paso.

—Ay, Linda, por favor.

—Lo aprendí en un meme, no es de mi autoría.

Linda apagó la lámpara y se metió a la cama.

—Ya no tendrás que soñar con Henry Cavill, Helena.

—No, ya no —soltó una risita

—Ahora tienes al superbartender. Espero que hayas usado protección.

Linda recibió un ronquido como respuesta.

## Capítulo 9



Helena despertó al día siguiente por el ruido de Linda en la habitación. Mitch se había escapado de la jaula para escabullirse por la terraza hacia el tejado. Las hermanas intentaron sobornar al gato con todo tipo de cosas, pero el felino se mantenía firme en tomar el sol sobre el techo de la cabaña.

—Tendré que pedirle ayuda a los de seguridad —dijo Linda.

Helena se mantuvo llamando al felino, pero el animal la miraba a distancia, se lamía la panza y no se daba por enterado. Soltó un suspiro de hastío y lo amenazó con darle agua del grifo. Mitch seguía en su misma actitud. Era como si le dijera: “Humana, loca, de aquí nadie me baja. Me importan poco tus amenazas”

El gato se mantuvo firme y al final las hermanas optaron por ignorarlo.

—Ya volverá —le dijo Helena a su hermana para tranquilizarla.

—¿Y si se pierde?

—¿Cuándo has visto un gato que no sepa regresar? Cuando tenga hambre, volverá.

Al final, abandonaron la habitación para participar de un desayuno que Adele y Danny proveerían a sus invitados. Escogieron un gazebo en medio de un prado de gramas verdes.

Los integrantes del equipo de fútbol compartían con el novio. Entre ellos destacaba el vikingo, quien tan pronto vio a Helena sonrió con sorna. Tenía un enorme cardenal en su mejilla izquierda. A Helena le extrañó aquella magulladura. Tal vez sufrió un accidente en medio de la fiesta de la noche anterior.

Optó por olvidar sus suposiciones y dialogar con Patty y las gemelas. Buscó a Aaron entre los invitados, pero no pudo dar con el bartender.

—Tal vez se está recuperando —le dijo Linda cuando Helena le comentó que no veía a Aaron—. Anoche le chupaste toda la energía, cariño.

Marilyn Evans, como siempre, dirigió el protocolo, así que colocó a los invitados. Esta vez, el vikingo buscó la manera de ocupar la silla contigua a la de Helena.

—¿A quién buscas con insistencia? —le preguntó Theo con una sonrisa disimulada—. Si buscas al bartender, he de decirte que esta mañana recibió su paga y se marchó. Ya no tiene nada que hacer en esta isla.

—No sé de qué hablas, Theo.

Helena se dedicó a servirse de una fuente de frutas que tenía ante sí. No quería darle gusto a Theo de que notara su desasosiego.

—Podría perdonarte por tu desliz, Helena. Un error lo comete cualquiera.

Ella se mantuvo serena.

—Aaron será una aventurilla sin importancia —dijo el futbolista.

—No te entiendo.

—No me tomes por idiota, Helena. Sé que se acostaron. Él mismo lo admitió en mi cara.

Eso explicaba el enorme cardenal que el futbolista exhibía en su mejilla.

—Pero no creo que te haya tomado muy en serio. Se comportó como una niña y huyó.

Helena apretó los dientes.

—Espero que no hayas cometido la imprudencia de fijarte en un tipo tan perdedor como ese, Helena. —Theo continuaba martirizándola con pleno disfrute.

Ella se dedicó a jugar con la comida de su plato.

—Aaron dejó la isla esta mañana —le dijo a Linda, quien ocupaba el asiento a su mano derecha.

—¿Qué dices? ¿Sin despedirse?

—Theo me dijo que terminó su trabajo...

—No le creas ni una sola palabra a Theo. Lo hace para fastidiarte.

—Se fue —insistió Helena.

—Va a llamarte.

—No, Linda, si tan siquiera dejó una nota o un recado es porque no desea nada más.

—Sigues con tus suposiciones. Hasta que él no te lo diga con su boca de comer no puedes sacar esas conclusiones.

En ese momento Dimitri Lowell rompió el protocolo cuando se presentó en el desayuno vistiendo un traje de baño, exhibiendo su torso desnudo y sus pies descalzos.

—¿Hay un espacio para mí? —gritó el viejo desde la entrada de la carpa con sus brazos abiertos.

Theresa Aniston observó al viejo por encima de sus anteojos. Frank Aniston se cubrió el rostro con las manos y las gemelas retrataron a su tío. Calculaban que por una foto de Dimitri podrían alcanzar los seiscientos mil dólares, una friolera.

—Mejor un whiskey —dijo el viejo cuando uno de los camareros le iba a servir zumo de naranja—. ¿Brindamos?

«Esta gente no tiene clase», pensaba la congresista.

«Los Lowell siempre dejando huellas», pensaba la abuela Gertrudis.

«¡Esa es mi familia!», pensaba la tía Eugene.

«Los Lowell siempre seremos únicos», pensaba Linda.

«Orgullosamente Lowell», pensaba Helena.

«¿De dónde salieron estos *hillbillies*?», pensaba la mayoría de los invitados.

**H**elena estaba frente al espejo del tocador dando los toques finales a su maquillaje. Faltaban veinte minutos para que iniciara la sección de fotos antes

de la boda y Marilyn Evans había advertido que el que llegara tarde no participaría. Linda aún estaba en la ducha.

Miró su celular por cuarta vez. Debería buscar al bartender en las redes y escribirle. ¿Pero qué le diría? No quería que su mensaje se interpretara como un reproche. La realidad era que Aaron muy bien podía llamarla a la habitación desde Miami. Si no lo había hecho hasta ese momento era porque no le interesaba algo más con ella. «Fuiste un revolcón, Helena. Acéptalo. Toda esa gentileza fue puro teatro para complacerse con tu cuerpo. ¡Boba!», pensaba. «Al final, ninguno de los dos prometió nada más allá. No hay que hacer un drama por esto».

—Deja de flagelarte y búscalo en Facebook, Helena —le dijo Linda cuando salió del baño envuelta en una toalla—. Así sales de dudas.

—Si quisiera comunicarse, ya lo habría hecho.

—No tiene tu número. ¿Qué quieres? ¿Qué envíe una paloma mensajera?

—No voy a humillarme —dijo Helena con orgullo—. Lo tomaré como fue, un simple revolcón.

—Eso fue más que un simple revolcón y lo sabes. Los revolcones duran tres minutos y medio. —Linda le entregó el celular a Helena—. Buscas tú o busco yo.

Helena buscó en las redes, pero para su sorpresa no encontró nada.

—Tal vez utiliza un seudónimo —dijo Linda.

Helena se irguió del banquillo frente al tocador y buscó su vestido.

—Por favor, Linda, en lo que queda de estadía no quiero hablar del bartender.

—Como ordenes, hermana.

Linda se giró para buscar su vestido. «Maldito, mil veces maldito. Como la hagas sufrir te buscaré por todo Miami Beach para cortarte los huevos. Tendrás que orinar sentado», pensaba Linda. No se había dado cuenta que había murmurado sus pensamientos.

—¿Qué dices, Linda?

—No encuentro mis tacones.

—Los tiene frente a ti.

—No me hagas caso. Estoy un poco loca.

—Desde siempre.

En eso apareció el desaparecido. Estaba frente a la puerta de cristal, maullando. Las hermanas se miraron entre sí. Linda corrió para abrirle. Intentó atraparlo, pero Mitch corrió hacia el plato de comida.

—Malagradecido —le decía Linda—. Estuviste todo el día en la calle y ahora regresas. Si te crees que no voy a regañarte, estás muy equivocado...

Helena se encerró en el baño a llorar. No quería que Linda se preocupara, pero necesitaba descargar el mal sabor de boca que le había dejado Aaron Smith. Se miró al espejo, se limpió las lágrimas, retocó su maquillaje y salió.

—Esto no es más fuerte que tú, Helena —le dijo Linda y se fue a atender la rabieta de Mitch.

**L**a boda inicio a media tarde bajo el sol candente de Bahamas. La ceremonia estuvo a cargo del arzobispo de Miami, contratado por la propia congresista Theresa Aniston; obvio, se casaba su único hijo y debería ser un fastuoso espectáculo que diera de comer a una ávida prensa de la pompa y el chisme.

El vestido de Adele Lowell tenía una cola que alcanzaba los ocho metros de largo y que Helena debía cargar como parte de su deber como dama de honor. Robert Lowell batallaba con el plastrón gris de su traje. Se notaba asfixiado por la pieza de seda.

En cambio, Scarlet iba en primer lugar del brazo de su futuro yerno, así lo dictaba el protocolo impuesto por Marilyn Evans. Luego entrarían los padrinos: Theo y April. Detrás de ellos, el orgulloso padre con la novia, y luego Helena como madrina de honor.

La brisa marina no ayudaba a que la impecable decoración destacara, pues desde las cortinas hasta el altar amenazaban con ser arrasados. De todas formas, pese a las advertencias del personal del hotel, Marilyn Evans se

empeñó en que la ceremonia tuviera lugar a cinco metros de la playa. Así lo habían exigido los novios y ella estaba allí para complacerlos y ganar el veinte por ciento del costo del evento.

La prensa, acomodada en la parte derecha de la celebración, transmitía en vivo el gran acontecimiento. Según los titulares, aquella sería la boda de la década, pues todos apostaban que quien se casaba era el hijo de la próxima presidenta de Estados Unidos. «Difícil que una mujer llegue a presidirnos», pensaba Robert mientras hacía el recorrido al altar. Sin embargo, todo apuntaba a que Theresa Aniston sería el próximo huésped de la Casa Blanca.

El arzobispo se arregló sus vestiduras tan pronto el séquito se acercó al altar, acomodó la Biblia y en un gesto solemne les pidió a los invitados que se pusieran de pie. La ceremonia fue larga y aburrida. A Helena le costaba un enorme esfuerzo concentrarse, pues los tacones le apretaban, el calor la hacía sudar y el ridículo traje de color marfil, que Adele había escogido para ella, tenía un tul que le provocaba una horrible comezón.

Linda, en cambio, le sonreía con sorna desde el primer banco.

—Danny y Adele, nunca olviden lo que han prometido frente a estos testigos que hoy les acompañan y tampoco olviden que el matrimonio es un sacramento ante Dios para toda la vida —dijo el arzobispo—. El novio puede besar a su esposa.

Después del beso, que recibió vítores y aplausos, el equipo de fútbol salió al pasillo de entre las sillas e hizo una coreografía muy graciosa en honor a los novios. El arzobispo observaba los movimientos de los futbolistas con un claro gesto de desaprobación. Marilyn Evans por poco infarta y Theresa Aniston estaba a punto de decirle a sus guardaespaldas que detuvieran aquel espectáculo tan obsceno. Para la prensa fue un plato fuerte que recorrería los noticiarios de los cincuenta estados.

Cuando estaban por finalizar, ocurrió lo inesperado, una enorme ola se levantó y arrojó el altar y a los invitados. Al final todos terminaron empapados por el agua de mar y cubiertos de arena.

Así terminaba la boda de la década, un evento que se convertiría en un episodio viral y que a las gemelas le daría grandes dividendos en Instagram.

Ocean Drive era un hervidero de gente a esa hora de la tarde de un domingo de verano. Con cuerpos esculturales patinando por el paseo marítimo, playas de ensueño y música latina a todo volumen, junto a una estela de edificios de arquitectura Art Decó, era allí donde estaba la esencia de Miami Beach.

Aaron condujo por la ruta que lo llevaba al Lemon Bar, dejó el auto frente al bar, le tiró las llaves al valet para que las atrapara en el aire después de saludarlo y se adentró en el local.

A esa hora Mickey García, su socio y mano derecha en el negocio, procuraba abastecer el estante con botellas de licor.

—No te esperaba tan rápido, Aaron —dijo el cubano.

Ambos se dieron un apretón de mano a modo de saludo. Aaron se sirvió un whiskey que se tomó de un solo sorbo. Mickey lo miró de reojo. Sabía que cuando el bartender bebía de aquella forma era porque los demonios lo atormentaban, pero no lo presionó para que le contara.

—Llegué al mediodía —dijo Aaron.

—¿Y cómo fue la fiesta del niño de mamá? —preguntó Mickey sin dejar de lado su tarea.

—Bien.

—Tu cara dice otra cosa.

Aaron apoyó las manos en la barra y soltó un suspiro.

—¿Cómo te sentirías si traicionaras a un amigo?

Mickey se detuvo y se giró hacia el bartender.

—¿Por qué dices eso, Aaron? Entre nosotros nunca ha habido dudas. Puedes revisar las cuentas, la caja, el inventario...

—No lo digo por ti, Mickey. Lo digo por mí.

El cubano soltó la botella de licor a medio camino. Tenía el rostro desfigurado. No soportaría que Aaron, su amigo desde que estuvieron en la prisión, lo traicionara.

—Traicioné a Theo.

A Mickey le produjo un gran alivio que no hubiese sido a él.

—¿Por qué dices eso?

—Me acosté con su ex.

Mickey sonrió con malicia.

—Hombre, que susto. Olvídate de eso, chico. Después que no se entere...

—No puedo olvidarme de eso porque se enteró y me lo reprochó.

Era cierto, tras una confesión de uno de los jugadores, quien había visto a Aaron acompañar a Helena a su cabaña, Theo lo enfrentó. El bartender, bajo presión, lo admitió. Si no llega a ser porque los jugadores del equipo de fútbol intervinieron, el vikingo y Aaron se hubieran hecho mucho daño. Ambos hombres tuvieron un episodio bastante violento en el cual Theo amenazó con matar al bartender. Entre gritos e insultos el futbolista lo acusó de traidor e incluso lo amenazó con contarle toda la verdad acerca de su vida a Helena si insistía en mantener una relación con ella. Por eso, Aaron no tuvo otro remedio que huir. No quería lastimar a la chica daiquirí. La verdad era que su vida estaba plagada de errores, uno detrás de otro, uno peor que el otro.

Una chica como Helena no se merecía a un hombre como él, lo sabía. Se sentía miserable por haber sido tan mezquino de estar con ella íntimamente. No se lamentaba del suceso en la playa, porque fue una de las cosas que más atesoraría en la vida, pero sabía que no la merecía, punto.

—¿Te peleaste con ese oso? —preguntó Mickey en relación con la gran corpulencia del vikingo.

Aaron asintió. Se sirvió otro trago, que se tomó de un solo sorbo. Necesitaba bajar la ansiedad y el vacío que lo ahogaba.

—Jamás pensé que me arrepentiría de todo lo que he hecho en mi vida, Mickey.

—Ya pagaste por eso.

Aaron le pidió un cigarrillo, pero Mickey no accedió a su petición. Hacía cinco años que el bartender había abandonado la nicotina y no sería el cubano quien le facilitaría el asunto.

—Conocí a una mujer encantadora —se lamentó Aaron—, pero no se merece un hombre con mi pasado.

—Si tú le interesas, podrá entender. Cuando te conozca, se dará cuenta del gran tipo que eres.

Aaron hizo un gesto triste.

—¿Qué va a entender? ¿Que trafiqué con drogas, que maté a personas, que soy socio de una agencia de acompañantes y que aún sigo casado con Melinda? ¿Eso es lo que tiene que entender? Tremendo pedigrí. Créeme, no estamos hablando de cualquier chica. Helena es especial. Además, me dijo si podía confiar en mí y aún así no fui sincero.

Aaron le contó cómo había conocido a Helena y la gran casualidad de que coincidieran en Bahamas.

—Siento que estés en esa situación, Aaron.

—Theo amenazó con contarle si me acercaba. Quiere reconquistarla. Está obsesionado con eso. Creo que ahora que sabe que nos acostamos, se onfuscará con ella.

—Siempre me ha parecido un mal competidor.

—Si le cuenta, estoy perdido. No sé qué hacer. Me dolería mucho que Theo le contara las cosas a su manera. ¿Pero qué voy a decirle? ¿Qué fui un maldito traficante de drogas? ¿Qué conducía autos robados? ¿Qué utilizaba drogas?

—Has cambiado. Te has reformado.

—No lo entenderá. Cuando descubra lo de la agencia y lo de Melinda.

—Estás en el proceso de divorcio, hombre.

—Melinda no lo está haciendo fácil —Aaron chascó la lengua.

—Dale la custodia de Murray y termina con eso.

—Murray era mi perro antes de casarnos.

—Un perro que atrasa el proceso de que obtengas tu libertad, hombre.

—No entiendes, Melinda lo usa para fastidiarme. No quiere al perro, quiere vengarse por mi indiferencia.

Melinda Carter tenía entre ceja y ceja que el bartender y ella deberían darse una oportunidad después de un año de separados. Año durante el cual la fotógrafa paisajista utilizó toda clase de subterfugio para atrasar el divorcio. Pero al bartender se le había acabado el amor y, por ende, la paciencia. Cuando le dio el ultimátum, ella demandó la custodia del bulldog. Esa era la ficha del tranque, aunque el abogado de Aaron insistía en que la mujer no se saldría con la suya.

—Deja que las cosas se calmen, Aaron.

—La voy a perder —se lamentó el bartender—. Va a pensar que no me interesa y me odiará.

—Tienes que actuar con astucia, pero al final tendrás que contarle todo. Si esa chica ve más allá, te dará la oportunidad, si no, te espera resignarte.

Resignación, esa palabra le sonó amarga al bartender. Se sirvió otro trago de whiskey, pero Mickey le arrebató la botella.

—El alcohol nos hace hacer cosas idiotas, Aaron —dijo Mickey—. Tienes que serenarte y esto —levantó la botella— no ayuda para nada.

## Capítulo 10



—¿Te has podido comunicar con tu amante? —le preguntó Theo a Helena en medio de la celebración de la boda.

Pese al mini maremoto que tuvo lugar al finalizar la ceremonia religiosa, Marilyn Evans se aseguró de que pudieran festejar en la carpa en donde estaba dispuesto el pastel de boda y el bufé. Los invitados murmuraban la mala suerte y la pobre Adele terminó con un vestido común.

—¡Déjame en paz! —le contestó Helena al vikingo, quien exhibía una sonrisa triunfalista.

—¡Qué pena que te haya durado tan poco! —insistió el hombre.

Helena fijó su atención en las delicias del bufé de dulces. Rogaba por que al final Theo desistiera.

—Te comportaste como una zorra. Bueno, a Aaron le gustan las zorras.

Ella se tensó.

—Imagino que no pensaste que eres con la única que se acuesta. Es un mujeriego.

Helena intentó contener el temblor de sus manos, pero el comentario de Theo la conmocionó de tal forma que no pudo evitar que le escocieran los ojos. Apretó los dientes e intentó sosegarlos. ¡Era mentira! Theo le decía aquello para lastimarla. Aaron no podía... no era posible que la hubiese engañado de esa forma.

—Incluso, vino con la idea de acostarse con una de las bailarinas exóticas, pero imagino que se decidió por ti a último minuto, cuando vio que los chicos del fútbol copaban a las strippers. —Theo disfrutaba atormentándola mientras degustaba la variedad de dulces—. Era cuestión de tener sexo en Bahamas.

Helena inspiró todo el aire que le fue posible para calmarse. No iba a derrumbarse frente a Theo. Lo tenía claro.

—¡Basta! —le gritó Helena—. Me dices todo esto para que piense mal de él. Pero estoy segura de que todo lo que dices es mentira. Nunca has procurado mi bienestar. ¡Eres un maldito egoísta y ególatra! No sé cómo pude estar tan ciega contigo, Theo. ¿Cómo pude pensar en casarme con un hombre tan canalla? Sigue con tus conquistas y a mí déjame en paz. —La furia de Helena destilaba por los ojos vidriosos de la mujer—. Me acosté con él. Disfruté lo que no tienes idea. Por primera vez tuve un orgasmo con un hombre de verdad. Eso te duele y mucho, Theo Harding, pues tendrás que vivir con eso. Aaron Smith es mil veces más hombre que tú.

Theo sonrió con amargura. Helena había destrozado su hombría, pero él se encargaría de destrozarse su corazón.

—¿No me crees? —le preguntó él con la serenidad de quien se sabe victorioso—. Te llevarás una linda sorpresa cuando sepas quién es en realidad Aaron Smith, Helena. ¡Suerte, dulzura! Aquí te estaré esperando para consolarte. Esos orgasmos que dices que disfrutaste, te sabrán a hiel.

El futbolista caminó en dirección al equipo de fútbol y Linda aprovechó su ausencia para acercarse a Helena.

—¿Qué te dijo ese imbécil?

Helena no respondió enseguida. Tenía el llanto atascado en la garganta.

— ¡ Dime, Helena!

—Que Aaron buscaba divertirse conmigo y que es un mujeriego.

Linda abrió la boca, pero la cerró sin emitir comentario.

—¿Cómo están mis sobrinas amadas? —preguntó el tío Dimitri cuando se acercó para abrazarlas—. ¿Pasa algo con el imbécil de Theo? Te vi discutir con él, Helenita. Estoy dispuesto a ahogarlo en esta hermosa playa. Solo dime cuando y lo haré.

Helena y Linda se miraron, pero se mantuvieron calladas.

—¿No van a decirme qué sucede?

—Estamos cansadas —dijo Linda—. Ha sido un día largo, eso es todo.

—Debe ser grave el asunto que las tiene tan ansiosas: no ríen, no comentan, no hacen gestos sarcásticos. Las conozco como la palma de mi mano. ¿Van a decirme?

—Todo está bien, Dimitri —dijo Linda mostrando una falsa sonrisa—. Y tú deberías irte a disfrutar. No olvides que mañana estamos de vuelta a la realidad. O sea, nos espera el despacho de Robert Lowell.

—¿Por qué tenías que recordarme que volveremos a ese campo de concentración? ¡Maldita sea! Tendré que tomarme un vodka.

El viejo desistió y se fue en dirección a la barra.

—Tengo que irme, Helena —dijo Linda—, pero cuando regrese esta noche hablaremos sobre lo que te dijo Theo. Si papá pregunta por mí, ya sabes.

Linda le guiñó un ojo y se escabulló de la fiesta.

**T**heo dejó de la fiesta en ruta a las cabañas con un objetivo en mente: haría que Helena lamentara la afrenta que acababa de hacerle. Gritarle a la cara que había tenido sus únicos orgasmos con el bartender fue el peor error de su vida y se encargaría de que sufriera las consecuencias.

Tenía el mejor as bajo la manga, Melinda Carter. Buscó la información de contacto de la pelinegra en su celular y tecleó un mensaje a través de WhatsApp.

“Espero que estés en Miami”.

“Hola, Theo. Precisamente estoy en la Bahía Vizcaya en una fiesta. ¿Estás en Miami? Vamos a encontrarnos”, le contestó la fotógrafa al rato.

Eran buenos amigos desde hacía unos años cuando Melinda hizo las fotos del equipo.

“No, estoy en Bahamas”.

“El paraíso. Como te envidio”.

“Aaron estuvo conmigo”.

“No lo supe. ¿Qué fue hacer allá?”

“Vino a encontrarse con una mujer”

Melinda tardó en contestar.

“¿Puedo llamarte?”

“Por supuesto”.

A los diez segundos la llamada de Melinda Carter se reflejaba en la pantalla del celular de Theo.

—¿Quién es esa mujer?

—Sabes cómo es Aaron —dijo Theo—. No me dio muchos detalles. Lo cierto fue que parecían que estaban de luna de miel. Ya sabes, demasiado encierro en una de las cabañas. Sé que todavía están casados y tú eres mi amiga. No quiero que me tomes por chismoso, pero te aprecio y creo que Aaron no actúa bien.

Melinda maldijo.

—¿Todavía tienen pensado divorciarse?

—¡Claro que no! Aaron continúa insistiendo, pero no le daré el divorcio.

Theo sonrió. Todo estaba saliendo como había planificado. Entre él y Melinda Carter no permitirían que Aaron y Helena logaran estar juntos.

«A costa mía no serán felices», pensó el vikingo cuando cortó la llamada, después de que Melinda le agradeciera el gesto.

**L**inda miraba de reojo a César Castello, el capitán de mar, mientras conducía en dirección al restaurante en donde cenarían esa noche. Se habían citado para encontrarse la última noche en que pernoctarían en la isla, pues César retornaría con su jefe a Atenas el día siguiente y Linda con su familia a Miami.

La mujer se convenció de que el hombre era tan apuesto y varonil que era imposible no sentirse atraída. Aunque César estaba por cumplir treinta y ocho

años, según le mencionó durante la gira a la Isla Alejandría, su físico y apariencia lo hacían ver muchísimo más joven.

Fue por ella al hotel a las ocho en punto, tal y como prometió. Linda no pudo evitar compararlo con su exmarido, el cirujano. Harry no tenía horario ni palabra. En todas sus citas, sin excepción, había llegado tarde. Incluso, en su boda. Ocasión en la que Robert Lowell había perdido los estribos y lo había mandado a buscar con Dimitri junto a la promesa de que, si plantaba a su hija menor, se encargaría de que no pudiera ejercer como cirujano en ningún hospital de Estados Unidos.

—Te ves muy atractiva —reconoció César—. ¿Está bien la temperatura del acondicionador de aire?

A Linda le pareció un gesto bonito que se preocupara por su bienestar. Eso denotaba que era un hombre considerado. Lo comparó con las pocas citas que había tenido en su pasado reciente. Hombres ególatras, más interesados en presumir sus éxitos que en darse cuenta de que a ella las conversaciones sobre sus logros y éxitos la aburrían como ostra.

—Sí, estoy bien —contestó ella.

Para esa ocasión se había vestido con un traje negro ajustado, de manguillos anchos y se había recogido la cabellera en un moño elegante que dejaba algunos mechones sueltos. Juguetó con sus manos sobre el regazo para intentar calmar la ansiedad.

—Lamento lo de la boda de tu hermana —dijo César. Linda la acababa de contar la anécdota de la ola—. El mar es traicionero

—Fue una locura, pero la coordinadora se manejó muy bien.

—Quería verte esta noche.

El hombre sonrió coqueto.

—Yo también —admitió ella.

—¿Crees que a tu padre le moleste que te pretenda? Como me lo describes puede ser que sí.

Linda sonrió.

—Esto es solo una cena entre dos amigos, César —aseguró ella.

El hombre ubicó el auto en el estacionamiento del restaurante y apretó el volante a la vez que dejó escapar un suspiro. Pero antes de descender se giró para besarla. Linda se sintió abrumada por el inesperado gesto. El deseo que reflejaba el capitán de mar la enloqueció. Se aferró a sus hombros anchos y masculinos. Cerró los ojos y se dejó llevar por su propia pasión.

Nunca había estado con un hombre con la imponencia de César Castello.

El hombre era intenso y pasional. Un tipo maduro, que conocía los puntos débiles de una mujer y que se valía de todos ellos para hacerla disfrutar. De esa manera le susurró al oído lo encantadora que le pareció verla en traje de baño, le mordió el cuello sin dejar huellas y la apretó contra su pecho. Cuando no fue capaz de contenerse se apartó.

A Linda, en cambio, le costó salir del trance lujurioso, pero al final no tuvo más remedio que conformarse.

—Seré directo, Linda Lowell —dijo él con un tono firme y sorprendente—. Me gustas mucho y te deseo. Si me dices que quieres hacerlo conmigo, nos saltamos la cena.

¿Cómo podría decirle que no a una oferta tan sexy y tentadora? A diferencia de Helena, Linda no era tan pudorosa en asuntos sexuales, así que sin miramientos extendió su mano para acariciar la excitación enorme que intentaba contener el pantalón de César. Cuando palpó el tamaño de la potencia del hombre sintió que su entrepierna comenzó a palpar.

César se recostó del espaldar del asiento con los ojos cerrados, mordiéndose los labios y soltando gruñidos placenteros, señas que Linda utilizaba para guiarse. «Es tan guapo», pensó Linda. Tenía una sonrisa irresistible, un tono de voz grueso y varonil, y unas manos grandes y masculinas. ¿Cómo no desearlo?

—Di que sí, maldita sea —rumió él—. He soñado con esto desde que subiste al yate.

—No te creo —le susurró Linda al oído con picardía, sin dejar de acariciarlo.

—Estás buenísima, Linda. ¿Cómo crees que no desee todo contigo?

—¿Te gustan las chicas buenas, entonces?

El negó con la cabeza, pues el deseo apenas le dejaba articular palabra.

—Me fascinan las chicas malas y perversas. Muy malas.

Linda se fijó en que el hombre tragó hondo para calmarse. Ella sonrió traviesa. Le encantaba el poder de la seducción.

—Yo también me quiero saltar la cena —confesó Linda—. Prometo que seré una bruja perversa.

César recuperó el aliento, se colocó de nuevo el cinturón de seguridad, encendió el auto y se dirigió al yate de Evander, sin perder tiempo.

Aaron batallaba con la cerradura de su apartamento. No encontraba el orificio para introducir la llave. Estaba ebrio, tanto que fue Mickey quien lo dejó frente a su edificio.

—¿Está bien, señor Smith? —la voz de su vecina Greta Watson lo sorprendió.

Sonrió como un tonto.

—Parece que me movieron la cerradura —dijo el bartender intentando lograr balance.

—Me imagino —dijo la anciana mientras lo observaba por encima de sus anteojos—. ¿Quiere que lo ayude?

Aaron le hizo un ademán con la mano para que desistiera. Él mismo se encargaría de arreglar esa minucia. Se tambaleó un poco, buscó equilibrio y soltó un suspiro.

—Yo puedo.

Greta rehistó, pero no dejó de observarlo.

—Le agradezco mucho... que haya cuidado a Murray durante mi ausencia, Greta.

—No sé por qué insiste en decir que ese perro tiene malhumor —dijo la anciana—. Si lo único que hace es comer, dormir y defecar. Ni tan siquiera

pide que le rasquen la panza.

Aaron pensó que la anciana no había conocido la verdadera personalidad del demonio de Tasmania. Cuando Murray se lo proponía podía ser un verdadero dolor de muela. Recordó cuántos pares de medias había perdido gracias a su amigo de cuatro patas o cuantos domingos a su perro se le ocurría despertarlo al amanecer para que lo sacara a pasear. O la docena de alfombras que había tenido que botar porque a la gracia perruna se le ocurría marcar el territorio, pese a que estaba esterilizado.

Lo peor fue recordar la imagen de Murray haciéndole el amor a los cojines de la casa. Era un demonio y no entendía como la señora Watson decía lo contrario.

—Señor Smith, si me permitiera ayudarle ya estuviera en su cama pasando su episodio de alcoholización —insistió la anciana.

Aaron se irguió, soltó un suspiro de hastío y le entregó la llave en un gesto resignado.

—Los males de amor y el alcohol no mezclan —comentó la anciana, introdujo la llave de un tirón y abrió la puerta.

—Gracias, señora Watson. Estoy en deuda.

La mujer refunfuñó algo ininteligible y regresó a su apartamento. Cuando Aaron encendió la lámpara de la sala se topó a Murray en su faena amorosa con un cojín azul.

—Pronto estaré como tú, Murray cogiéndome los cojines. ¿Sabes por qué? Por imbécil. Conocí a la chica más linda, ardiente y deseosa y la perdí por idiota.

El perro lo miraba sin entender, gruñó y desistió de su terapia amorosa para caminar hasta donde su amo y orinarle los zapatos.

—¿Qué haces, pequeño demonio?

Murray corrió por el pasillo y Aaron fue tras él. Terminaron en la cama. El perro tenía la mirada puesta en su amo, quien se había tumbado en la cama bocabajo.

—Lo sé, soy un desastre.

El perro soltó un aullido y se acurrucó a su lado.

—No puedo perderte, Murray. Siempre estás conmigo para lo bueno y lo malo.

Murray soltó un ladrido corto, como queriendo decirle que se durmiera. Aaron cerró los ojos y se entregó al sueño.

**L**inda Lowell se paseaba por la sala del yate del griego Evander Papadakis con un conjunto de lencería de color negro y unos tacones altos mientras César Castello la contemplaba desde el sofá. La mujer jugaba con los controles del capitán de mar desde que llegaron al lugar. Se había resistido a los acercamientos lujuriosos del hombre, quien desesperado quiso hacerlo tan pronto subieron a la embarcación.

Pero ella le prohibió que la tocara y le ordenó que se acomodara en la butaca. César apretaba los brazos del mueble para contenerse. Necesitaba tenerla y descargar en el interior de esa mujer la lujuria que lo poseía.

—Eres cruel, Linda Lowell.

Ella sonrió con malicia. Seguía paseándose, mostrándole el encaje que ocultaba sus abultados pechos, acariciando su trasero para atormentarlo. César se mordía los nudillos con desespero, pero Linda no cedía.

Después de esa pasarela tuvo un poco de piedad y caminó hacia él determinada en darle placer. Jugó con la cremallera del pantalón masculino, mordisqueó su excitación sin desnudarlo y besó su miembro como si fuera una niña.

—Es tuyo, nena —dijo César—. Tómallo.

La experta amante liberó la potencia masculina con una calma agonizante. Jugó con el tronco, despacio, retardando el placer. Lamió la base y se deleitó en el punto de mayor placer. César la halaba del cabello para guiarla sin dejar de mirar el rostro femenino.

Era bella, ardiente y pasional. El hombre se recostó para disfrutar del placer que le propinaba esa mujer con boca de fuego. Cuando sintió que no podría contenerse, la apartó para acomodarla en el sofá. Era su turno de castigo y placer. Linda palideció de lujuria cuando César desgarró la lencería

que aún la cubría. El hombre se apoderó de sus pechos para atrapar uno de sus pezones. Estaban tan erguidos que le producían dolor y placer en partes iguales.

El hombre mordisqueó cada centímetro de sus pechos, ahora endurecidos por el deseo. Luego dejó una estela de besos en su vientre hasta alcanzar el centro de su femineidad.

—Ábrete para mí, cariño.

Ella obedeció y entregada al placer dejó que el hombre explorara su interior para alcanzar ese botón mágico que la catapultaría fuera de este mundo. César decía groserías que, en otras circunstancias, serían catalogadas como verdaderos insultos, pero que en el lenguaje de los enfebrecidos amantes se convertían en un dínamo catalizador.

Cada vez que el hombre la incitaba con sus palabras, Linda se soltaba más y disfrutaba. César quería que gozara cinco, diez, quince veces. Que cuando llegara su momento la mujer no pudiera controlar su cuerpo trémulo. Lo logró. Linda estaba rendida y excitada. Húmeda, deseosa y caliente.

Se acomodó entre sus piernas y se introdujo en ella despacio hasta que su cuerpo lo recibió.

—Quiero más, César.

Esa frase fue el detonante que necesitaba el hombre para embestirla con fuerza sin dejar darle tregua. Se hundió en su cuello para recitarle palabrotas que enloquecieron a la mujer.

—¿Quién te hizo tan divina para esto?

Linda sonrió a plenitud. Estaba encantada con su amante. Un hombre que sabía del placer del sexo, llano y sencillo. Un instinto básico y sin remilgos. Jamás ningún hombre la había hecho sentir tan deseada durante el acto. Mucho menos había usado ese vocabulario que la excitaba y la hacía ser más pasional y desenfadada.

—César, me encantas.

—Quiero ser tu esclavo.

No fueron capaces de retrasar más el placentero momento, así que juntos llegaron a la cima del goce, ese lugar en donde los amantes pierden hasta la

conciencia de su existencia. Después se lanzaron en una vertiginosa caída, con sus respiraciones en un agite descomunal y sus cuerpos cubiertos por el sudor, pero sin soltarse de la mano.

No hubo demasiado tiempo para recuperarse. César, amante exigente, a los pocos minutos la colocó de bruce para tomarla de espalda. Linda sonreía por el deleite que le producía el indecoro del hombre. No era un caballero en la cama y eso le fascinaba.

César le mordió la espalda cuando alcanzaron de nuevo el placer.

—Estoy perdido, Linda Lowell.

# Capítulo 11



**H**elena estaba en su cama, en la cabaña, hecha un ovillo. No recordaba desde cuando no lloraba tanto. Estaba consumida por la desilusión y el fracaso. Claro, tenía la misma sensación de pérdida de cuando Theo decidió romper el compromiso a días de su boda. Pero esa vez el dolor era más agudo aún, pues representaba indignación y rabia ante un engaño tan descarado y cruel.

¿Cómo fue tan ingenua de confiar en un hombre que no conocía? Se había dejado llevar por sus palabras bonitas y engañosas. Se sentía burlada y utilizada por un tipo que no se merecía más que su desprecio.

Lloriqueó de nuevo. Mitch le hacía coro con sus maullidos.

—¡Cállate, Mitch! —le dijo, pero el gato no se calló.

En eso se abrió la puerta. Helena se fijó en que iban a ser las tres de la mañana. Linda intentó no hacer ruido porque suponía que su hermana estaría durmiendo a esa hora, pero se sorprendió cuando Helena encendió la lámpara sobre la mesa de noche.

—Pensé que estabas durmiendo.

—¿Cómo la pasaste? —preguntó Helena y se incorporó aún con su rostro desfigurado por el llanto.

—Sin entrar en muchos detalles, confórmate con saber que disfruté muchísimo.

Linda se detuvo cuando vio el rostro entristecido de su hermana.

—Quita esa cara de tristeza —dijo Linda—. Cuando regresemos al despacho de papá llamaré a Jarek Sikorski.

—¡No!

—Sí, Helena. Sabes que investigará hasta el tamaño de los pantalones del bartender. Necesitamos saber todo de ese hombre y así salir de dudas.

Jarek Sikorski, era un polaco radicado en Miami hacía veinte años. Era, además, el investigador privado que utilizaba Robert Lowell para atrapar a los esposos infieles de sus clientes. Con las pruebas que le brindaba el detective, el abogado lograba cerrar tratos extrajudiciales, sobornar a su contrario para lograr mejores acuerdos, y probar descarados adulterios. Ese era el hombre que ayudaría a las hermanas Lowell a descifrar al bartender.

—¿Vas a contarme cómo te fue con el italiano?

Helena recibió un sonoro ronquido como respuesta y un maullido de Mitch para que lo dejaran dormir.

Natalie Smith descartó el ascensor para avanzar hasta el cuarto piso del edificio esa mañana. Su cardiólogo le había dicho que a sus cincuenta y ocho años era preferible que ejercitara su corazón. Así que emprendió camino por la escalera, pero cuando alcanzó la puerta del apartamento de su hijo apenas podía respirar. Necesitaba ganarle la batalla al sobrepeso, aunque se sentía orgullosa, llevaba cincuenta y tres días sin fumar y veintitrés libras menos. «¡Eres grande!, Natalie», solía pensar.

Apretó el timbre, pero no obtuvo respuesta. En eso, vio que la vecina se asomaba desde la puerta entreabierta de su apartamento. Apreciaba a Greta, pero eso no quitaba que la considerara una chismosa de lo peor. La anciana estaba alerta a todo lo que sucedía en el vecindario.

—¿Cómo está, señora Smith? —la saludó Greta Watson.

—Muy bien, ¿y usted?

—Con los achaques típicos de una anciana de ochenta años.

Greta se apoyó en su bastón para acercarse a Natalie.

—¡Qué bueno que la veo! —dijo Greta en voz baja—. Su hijo está muy raro últimamente.

Natalie la miró sin entender. Aaron no le había dado indicios de que le

sucediera nada. Si estaba allí era porque cada lunes iba a su apartamento a ayudarlo un poco con la limpieza y hacía la compra de víveres en el supermercado.

—Esta mañana botó unos zapatos y unas sábanas —dijo Greta con tono de intriga—. Pero anoche... —la anciana se detuvo—. Prométame que no diré nada. No soy chismosa, solo me preocupo. Sabe que quiero muchísimo a Aaron.

—Por supuesto, no diré nada. —Natalie estaba más que convencida de que su hijo sabía lo bocajarro que era la señora Watson.

Era más efectiva que una alarma contra robos.

—Anoche tuve que ayudarlo a abrir la puerta.

—¿Se le quedó la llave?

—No, bebió más de la cuenta y no encontraba el orificio para introducir la llave. Estaba en unas condiciones bastante lamentables. Desde que se dejó de la fotografía no lo veía así.

Natalie hizo un mohín de preocupación, le agradeció a la anciana, tocó el timbre de nuevo y al no recibir respuesta utilizó su llave. Cerró la puerta antes de que Greta Watson entrara para averiguar lo que ocurría.

Murray fue el primero en saludar A Natalie cuando atravesó la sala.

—¡Aaron! —llamó.

Al no recibir respuesta se adentró en la habitación. En medio de la cama se encontró con el bartender, roncando.

—Hijo, van a ser las siete de la mañana.

Aaron se retiró el sopor de la cara con la mano e intentó incorporarse. Natalie comenzó a organizar la habitación.

—Creo que te cogió tarde para tu rutina de ejercicios, pero con esa cara imagino que no querrás ir a correr. ¿Te preparo café?

—No, me daré una ducha.

Aaron cruzó hacia el baño.

—¿Y cómo te fue en Bahamas? ¿Es tan lindo como dicen? —Natalie le

hablaba a través de la puerta.

—Es muy bonito. Las playas parecen de mentira.

—¿La pasaste bien?

Aaron no supo cómo contestar esa pregunta. Claro que la había pasado bien. El problema fue que no culminó como esperaba.

—Pues sí.

—¿Y anoche como estuvo el bar?

—Mucha gente.

—¿Hoy trabajas?

—No.

Después de ese interrogatorio, Aaron se mantuvo bajo la ducha un largo rato para ver si de esa forma paleaba los síntomas de la resaca. Después salió a la habitación con una toalla atada a la cintura.

—¿Tienes algo que contarme? —preguntó Natalie.

Aaron negó con la cabeza.

—¿Melisa?

—No, madre.

—Te conozco porque te parí. ¿Me vas a decir?

El bartender se sentó en la orilla de la cama. Natalie Smith era su madre, pero también era su mejor consejera. Tarde o temprano iba a contarle. Su confianza iba más allá de una madre a un hijo.

—Conocí a una chica y creo que estoy enamorado —dijo Aaron.

**L**as hermanas se reunieron con el investigador privado la misma noche que retornaron a Miami. Se habían citado en un *bistro* de Buena Vista. El polaco tardó más de lo acordado, pero después de media hora de espera lo vieron llegar con su abrigo de gabardina marrón hasta la pantorrilla, tipo Dick

Tracey. Sus anteojos oscuros y un enorme tabaco que descartó antes de entrar al local. Era un tipo de algunos sesenta años, de cabello lacio de color oscuro, teñido, el cual repelaba con gomina hasta dejar dos enormes entradas alrededor de sus sienes. Tenía la nariz pronunciada y un diente de oro que brillaba cuando Jarek Sikorski permitía que se le escapara una sonrisa, cosa que sucedía en contadas ocasiones.

Había sido amigo de Robert desde que el padre de las Lowell estudiaba en Harvard. Ambos hombres tenían secretos ocultos que no compartirían. Robert se ufanaba de ese hecho.

El polaco las saludó a distancia y caminó hasta su mesa. «Con este calor, ¿cómo es posible que utilice ese abrigo», pensó Helena. «Este hombre tiene un estilo como de los años cuarenta», pensaba Linda.

—Buenas noches —saludó el polaco y ocupó la silla frente a las chicas—. ¿Robert está bien?

—Sí —dijo Linda.

—No entiendo su misterio de que su padre no se enterara de esta cita.

—Es un asunto, digamos, confidencial —estableció Linda.

—Robert jamás debe saber que nos reunimos con usted —recalcó Helena.

Linda miró a su hermana para animarla.

—Verá, necesitamos información de un hombre —dijo Helena.

—¿Infidelidad? —preguntó Jarek, quien ya tomaba nota en una libretita que cargaba a todas partes en el interior del abrigo—. Tengo tarifas de acuerdo a la investigación.

—Solo queremos información del hombre —añadió Linda.

Jarek hizo una mueca de duda.

—Mis tarifas empiezan en doscientos dólares la hora y estimo que si lo que buscan es saber el pasado del hombre me tomará como algunas veinte horas.

Linda y Helena inspiraron.

—Pero las vi crecer, no le cobraré eso. Hagamos algo, le debo muchos favores a su padre, lo haré por un valor nominal que discutiremos según vaya

avanzando la investigación. Si el hombre no tiene antecedentes penales, ni vínculos con prostitución ni es casado será pan comido. —Jarek hizo una pausa para mirar los rostros expectantes de las hermanas—. Imagino que no estarán vinculada con un hombre con ese pasado. ¿Me equivoco?

Helena ocultó la mirada.

—Para eso lo contrataremos, para descartar que sea una mala persona —dijo Linda.

—¿Nombre? —dijo Jarek, presto a anotar los datos.

Helena le ofreció el nombre del bartender y el lugar en donde trabajaba. Al final acordaron que Jarek se comunicaría en menos de dos días, se despidieron con un apretón de mano y el polaco dejó el local con la misma aura misteriosa con que había aparecido.

—¿Estaremos haciendo bien, Linda?

—Por supuesto. Aaron Smith no podrá engañarte nunca más.

Lo que no advirtieron es que al día siguiente por la mañana el polaco les enviaría un resumen provisional, sin pruebas fehaciente, pero con un panorama claro de quién en realidad era el bartender.

No había duda, Robert Lowell era un negrero, pues citó a todo el personal de su despacho para que iniciara labores al día siguiente de regresar de Bahamas. Así de exigente era el magnate de las leyes.

Él fue el primero en llegar a la oficina, antes recogió la correspondencia en la recepción y procuró pagar el mantenimiento. Cuando entró, observó en su reloj de muñeca que faltaban quince minutos para las ocho de la mañana. Estaba decidido a descontarle a sus hijas y a su hermano los minutos que se retrasaran. «Tengo que imponer disciplina», pensaba. «Es difícil trabajar con la familia. Abusan».

Antes de ocupar su propia oficina contestó una llamada desde el escritorio de Helena.

—Oficina de Robert Lowell. Sí, él habla. ¿Quién dice? Bueno, déjelo

pasar.

Era una llamada desde la recepción del edificio. Aparentaba ser un mensajero que procuraba por Helena. Algún documento legal, pensó Robert, pero cuando vio al bartender, amigo de Theo, descender del ascensor y encaminarse a la oficina tuvo sospechas. ¿Qué recado tenía que darle ese tipo a su hija? ¿Acaso era un enviado del futbolista?

Robert se irguió y lo recibió con su rostro hosco.

—Buenas tardes —saludó Aaron y extendió la mano para recibir un frío saludo por parte de Robert.

—Buenas tardes. ¿Qué desea?

—Vi... vine para darle un recado a Helena.

—La señorita Lowell no ha comenzado su turno de trabajo.

—Veo.

—Pero, si me entrega el recado, con mucho gusto se lo hago llegar.

—Es un asunto que tengo que tratar personalmente con ella.

—¿Fue Theo quien te envió? Porque si es así, quiero que le digas a ese mequetrefe que lo quiero lejos de mi hija.

—No, no tiene que ver con Theo.

—¿Ustedes creen que soy imbécil? Y a ti te debería dar vergüenza por andar de mensajero de ese crápula.

En ese momento se abrió la puerta del ascensor y las hermanas Lowell asomaron sus narices. Ajenas a lo que ocurría en el despacho caminaron por el pasillo mientras hablaban de los datos que el investigador le había remitido temprano esa mañana.

Linda entró primero. Fue incapaz de disimular el impacto que recibió al ver a Aaron Smith parado en la recepción del despacho. Helena, por su parte, intentó que el bartender no advirtiera lo desconcertada que estaba por ese inesperado encuentro.

Robert Lowell frunció el ceño y entornó los ojos. Algo sucedía entre sus hijas y aquel pelele, y él iba a averiguarlo.

—Buenas tardes —dijo Linda para apaciguar la tensión del momento.

—Buenas tardes —dijo el bartender sin apartar su mirada de Helena.

Ella apenas musitó los buenos días y se dirigió a su escritorio. Por lo pronto había superado la primera impresión y daría un segundo paso, ignorarlo.

—El señor Smith tiene un recado para ti, Helena —comentó Robert.

—Deseo hablar con Helena a solas —dijo el bartender.

Linda bufó y se escabulló hacia su escritorio. «El bartender quiere acabar suspendido de la azotea del edificio», pensó la mujer.

—Le aclararé algo, joven —dijo Robert con su voz atronadora—. Por si no se ha dado cuenta, estamos en un ambiente de trabajo. Aquí Helena no es mi hija, es mi empleada.

Aaron buscó ayuda en Helena, pero la chica daiquirí mantenía su atención en el registro de la correspondencia. Conservaba una indiferencia que estaba matando al bartender.

—Pero sabe, le permitiré que hable con la señorita Lowell —dijo Robert al final y caminó hacia su oficina—. Sea breve.

El hombre se perdió por el pasillo y Aaron se acercó al mostrador de recepción detrás del cual trabajaba Helena. Estaba bella. Llevaba una cola de caballo que dejaba al descubierto su cuello, ese que tanto había enloquecido al bartender durante su encuentro. Su uniforme ejecutivo de color marfil era incapaz de esconder la redondez de sus pechos y la protuberancia de sus caderas. «Esa boca de fuego. ¡Cuánto daría por tenerla de nuevo!», pensaba Aaron.

—Helena... ¿crees que podemos hablar?

—Ya oíste a mi jefe, tienes que ser breve. ¿Hay algo que necesites de este bufete?

—Sé que estás dolida por mi forma de dejar Bahamas.

Ella le dirigió una mirada de indiferencia.

—Debes tener muchas preguntas sobre mí, pero...

—Tengo todas las respuestas que necesito para saber que eres el peor de

los mentirosos. No necesito nada más, Aaron.

—Te juro que todo tiene una explicación. No importa lo que te haya dicho Theo. Nada de eso es verdad.

Ella sonrió con sorna.

—Entonces, no es cierto que fuiste un narcotraficante en Gainesville, que cumpliste una condena federal en Georgia, que eres uno de los dueños de la agencia de acompañantes en la cual solicité servicios y que estas casado con una fotógrafa hace cinco años.

Aaron abrió la boca para defenderse, pero así mismo la cerró.

—Theo es uno de tus mejores amigos, ¿por qué tendría que mentir, Aaron?

—Me arrepiento por no habértelo dicho antes, pero quiero dejar claro que no estoy casado.

Helena lo miró con odio. ¿Por qué insistía en mentir?

—Bueno... sí estoy casado, pero estamos separados desde hace casi un año.

—No me interesan tus explicaciones. Puedes irte.

—Helena...

Ella miró su reloj de pulsera.

—Mi jefe te pidió que fueras breve y ya has tomado demasiado tiempo.

Aaron soltó un suspiro, tamborileó con sus dedos ansiosos sobre la superficie y le dijo:

—De todo, lo único cierto es que estoy enamorado de ti.

Helena no podía creer en sus palabras, así que no le dio importancia a lo que aquel hipócrita pretendía que creyera.

—Vete, Aaron.

—¿No me escuchaste?

—No creo en tus palabras.

Helena se incorporó de su silla para acompañarlo a la puerta. Cuando él paso por su lado, ella no pudo evitar sentir un leve estremecimiento. Pese a

todo, aún se sentía irremediablemente atraída por ese hombre.

Aaron puso su mano contra la puerta para no permitir que Helena cerrara. Le contempló el rostro y se detuvo en sus labios.

—Quiero que sepas que no me voy a resignar —dijo él.

—Buenos días, señor Smith —dijo ella con una dignidad apabullante.

El bartender caminó hacia el ascensor y Helena cerró la puerta. Corrió hasta su escritorio y se derrumbó en su silla para llorar. Linda acudió enseguida a consolarla.

—Lo hiciste bien, Helena. ¡Qué sufrí! ¡Imbécil!

Aaron retornó a su apartamento. La idea de su madre de que hablara con Helena había culminado en desastre. Cuando le escribió un mensaje por WhatsApp, Natalie lamentó el hecho de que no diera resultado. El bartender acarició a Murray cuando entró, encendió la televisión y fue un busca de una cerveza.

«Estoy acabado. Helena no va a perdonarme», pensó cuando se dejó caer en el sofá. Media hora después el timbre lo despertó. Arrastró los pies hasta la puerta y cuando abrió, se encontró con la peor sorpresa. Del otro lado del umbral estaba Melisa Carter con su rostro enfurecido.

—Quiero que me expliques cómo te atreves a salir con otra persona si aún estamos casados. —La mujer entró en el apartamento como un tornado.

—Sabes que no puedes estar aquí, Melisa.

—Me importa un cuerno la bendita orden de protección. ¿Quién es ella?

Aaron hizo un gesto de hastío.

—Theo Harding me dijo que te acostaste con una mujer en Bahamas.

—¿No te dijo que me acosté con su mujer?

Melisa abrió la boca, sorprendida.

—¡Eres un descarado! ¿Cómo te atreves a decirme eso? ¡Estamos casados!

—Viniste para que te dijera, ¿no? Pues sí, me acosté con otra mujer y fue el mejor sexo de toda mi vida.

Melisa estrelló su mano contra la mejilla del bartender. Luego se le fue encima para golpearlo en el pecho enceguecida por la ira. Murray ladraba, intentaba defender a Aaron, pero era muy poco lo que podía resolver.

—¿Complacida? —le preguntó Aron cuando la contuvo por las muñecas.

—¿Por qué me haces esto, Aaron? ¿Por qué?

—No nos amamos, Melisa. Tú misma lo dijiste cuando decidiste abandonarme.

—Estaba muy dolida por el bebe Flynn —lloriqueó ella.

—¿Y crees que yo no? Yo también perdí un hijo recién nacido. ¡Maldita sea! ¿O crees que he superado esa pérdida? Pero esa no debió ser razón para que te fueras con Anthony —le dijo Aaron con relación al compañero de trabajo de Melisa en esa época. La fotografía se fue con ese hombre a Suráfrica, en una aventura romántica que quedó capturada en Instagram—. Yo perdí a un hijo, Melisa, y perdí a mi esposa. Los perdí a los dos.

—He querido rehacer las cosas contigo y no has querido. ¿Por qué crees que no he permitido que nos divorciemos? Sé que me quieres.

Aaron sonrió con sus ojos delatando su tristeza. Había amado mucho a esa mujer, pero ya no quedaba nada, solo un sentimiento de vacío y un gran dolor.

—Hay una oportunidad para nosotros —afirmó ella.

Esa oportunidad se esfumó por completo cuando Aaron le hizo el amor a Helena, él lo sabía. Su cuerpo y su alma se habían fundido con aquella mujer. Pocas veces se había enamorado en la vida.

—Busquemos ayuda —suplicó ella entre llanto—. Tengo el contacto de una excelente terapeuta, Aaron. Podemos procrear otros hijos.

Aaron la abrazó porque dentro de todo sabía que ella también había tenido una gran dosis de sufrimiento. No justificaba su infidelidad, pero sabía que en medio del dolor los seres humanos cometían muchas estupideces. Lo sabía porque fue lo que él hizo cuando perdió a su padre en medio de un asalto, su refugio fue la calle, los chicos malos y las drogas.

—No te castigues de esta forma, Melisa —le dijo él sin dejar de abrazarla.

—Yo te amo.

Carecía de valor para enfrentarla con su desamor.

—Tenemos que insistir —decía ella mientras sollozaba.

—Tú eres una mujer fuerte, Melisa, lo vas a superar.

Ella se alejó para mirarlo a la cara.

—Ahora no es por la infidelidad por lo que no quieres volver, ¿verdad?

Aaron bajó la cabeza. Murray se había echado entre ellos.

—¿Te enamoraste de esa mujer?

El bartender mantuvo silencio. Ella sonrió con ironía.

—Debe ser una diosa si con solo tener sexo una vez te embaucó de esa forma. Y si Theo me llamó para advertirme es porque él también está obsesionado con esa mujer. ¿La conozco? Es la pelirroja que lo ha acompañado en los últimos tiempos.

Aaron cruzó los brazos a la altura del pecho.

—No la conoces, Melisa.

El hombre recogió la cerveza que había dejado a medio tomar para llevarla a la cocina. Ella fue tras él.

—Quiero saber quién es.

—¿Para qué, Melisa?

—¡Aaron, eres mi esposo!

—Creo que lo recordaste demasiado tarde —dijo él y comenzó a prepararse un emparedado—. Tal vez debiste pensar en eso cuando saliste de esta casa para irte a Sudáfrica con tu amante.

Melisa se limpió la cara con una servilleta.

—Estaba muy herida.

—Yo también, Melisa, pero a diferencia de ti no salí corriendo tras el

trasero de otra mujer. ¿Tienes ideas de la cantidad de mujeres deseosas que se sientan en esa barra cada noche? Mujeres bellas, dispuestas, complacientes, ávidas de que las quieran, en busca de amor. ¿Sabes cuántas servilletas con sus números recibo en un solo turno? ¿Realmente lo sabes? Nunca, escúchalo bien, nunca pasó por mi mente acostarme con ninguna de ellas, pese a que tú te revolcabas con tu amante al otro lado del mundo. Incluso, ¿recuerdas cuando viniste por tus cosas? Me dijiste muy sonriente que me firmarías el divorcio porque acababas de encontrar al amor de tu vida. ¿El amor te duro poco?

—¡Eres un imbécil! Se llama trauma post parto. No era yo, eran las hormonas.

—Esta mujer me dio una nueva perspectiva de la vida. Por último, si viniste para saber cuál es tu estatus en mi vida, me mantengo firme en que tenemos que divorciarnos.

—Me quedaré con Murray —amenazó ella.

—Te odia.

—Ojalá y seas tan desdichado como yo.

Melisa se acomodó su bolso en el hombro, se giró sobre sus talones, caminó a la puerta y dejó el apartamento después de un sonoro portazo. Aaron apoyó las manos sobre la encimera y soltó gruñido frustrado.

## Capítulo 12



El jueves de esa semana Helena y Linda abandonaron la oficina de su padre cerca de las diez de la noche. Una reconsideración del caso Melbourne las hizo trabajar horas extras. Ambas caminaban por la calzada sin ser conscientes de que a pocos metros Aaron Smith las contemplaba.

«¿Cuándo me convertí en un patético acosador?», pensaba él, pero se conformaba con ver a Helena desde lejos. Se veía cansada. Apenas sonreía. Como siempre, Linda monopolizaba la conversación. Quiso ir tras ella para intentar convencerla, pero qué argumento podía utilizar a su favor. No había ninguna posibilidad de que Helena lo perdonara.

Puso en marcha el auto tan pronto las hermanas se perdieron en el interior del auto de Linda. Echó un último vistazo a través del espejo retrovisor y se prometió que no cometería una estupidez como esa otra vez, sin embargo, el viernes por la noche repitió la hazaña. Esta vez estuvo de guardia frente al apartamento de Linda hasta que las hermanas salieron a caminar. «Soy patético», pensaba. Puso la mano en la manija del auto con la intención de bajarse, pero al final la sirena de una patrulla de policía, indicándole que debía moverse, lo hizo desistir.

Esa noche cuando llegó al bar recibió la mirada preocupada de Mickey cuando se acomodó detrás de la barra. Se puso el delantal y comenzó a servir tragos como un autómatas. Su mente estaba a decenas de kilómetros de allí.

—Aaron —lo interrumpió Mickey—, no había querido decirte nada, pero no voltees. Hay un tipo al final de la barra que no me da buena espina. Lleva dos horas en ese mismo taburete y lo único que ha pedido es Coca Cola.

Aaron se giró un poco para mirar con disimulo.

—No le veo lo extraño, Mickey.

—Tiene un acento bastante extraño y una nariz sospechosa. Debe ser de

esos tipos terroristas. ¿Y si quiere hacer un atentado?

Aaron resopló.

—No sabía que eras tan racista, Mickey.

—¿Y si termina poniendo una bomba?

—Este asunto del terrorismo nos tiene a todos atolondrados.

El bartender se le acercó al hombre con disimulo. Tenía un diente de oro, un reloj marca Náutica, una camisa de Oscar de la Renta y fumaba. Lo supo por las manos curtidas de nicotina.

—¿Lo atienden? —le preguntó Aaron.

—Sí, gracias. —El polaco levantó la Coca Cola—. Qué pena que ya no se puede fumar dentro de los locales.

—Son otros tiempos.

—Este bar es muy acogedor. ¿Desde cuando trabajas aquí?

—Mickey y yo compramos el bar hace siete años.

—Un negocio próspero —dijo el polaco y oteó el atestado lugar.

—Nos deja para vivir.

—Glenn Moskati —se presentó el polaco utilizando otra identidad.

—¿Vacaciones o negocio? —preguntó Aaron.

—Negocio.

—Bienes raíces.

—Mayordomo de los más ricos. Por cierto, ¿no sabes dónde puedo conseguir compañía? ¿Sabes? Cuando uno está lejos de casa —el polaco sonrió con malicia— es más fácil soportar la soledad acompañado de una hermosa chica.

Aaron puso su rostro hosco.

—No vendemos servicios de prostitución —dijo el bartender con los dientes apretados.

—Me dieron este punto como referencia de una agencia de acompañantes.

Aaron sonrió.

—Se equivocó de lugar, amigo.

El bartender se giró para ir hasta su oficina. Marcó el número de Ángela. La mujer, de voz chillona, contestó al segundo timbre.

—¿Te ha contactado un hombre en estos días? —preguntó Aaron.

—Esta tarde me envió una solicitud un hombre para un servicio. Le expliqué que no teníamos chicas, pero recalcó que requería un servicio gay.

—¿Para cuando le diste la cita?

—Mañana a las nueve de la noche en tu bar.

Aaron refunfuño. El tipo era policía. No había duda.

—Cancela el servicio y no contestes nada más a ese correo electrónico.

—Aaron, ¿qué pasa?

—Alguien nos investiga y no sé por qué demonios.

—Tenemos todo en orden. No hacemos prostitución.

Aaron soltó una risa cínica.

—Alex Madison y Kennett Mars han roto esas reglas varias veces. No sé qué esperas para despedirlos.

—Nos dejan buenos dividendos. Son los más pedidos.

—Creo que muy pronto tendremos que prescindir de Superman y Acuaman. Hablamos luego, Ángela.

Aaron cortó la llamada y retornó al salón. El sabueso se había ido.

**L**inda miraba el techo de su habitación, extasiada. Acababa de mantener sexo telefónico con César Castello. Al italiano le gustaban los juegos bastante calientes y la había convencido para que disfrutaran juntos. No tuvo fuerza de voluntad para negarse. Fue algo novedoso, pues en el pasado jamás había accedido a algo tan pícaro. El sexo a distancia le daba otra dimensión de

morbosidad al asunto.

El amante prometió ir por ella el domingo y la convido para que pasara unos días en su apartamento en la Bahía Vizcaya. Linda no le dio seguridad, el italiano refunfuñó unas cuantas groserías, pero al final la mujer prometió que lo pensaría. Su único fin era hacerse la difícil, pues en realidad estaba deseosa de que fuera por ella.

Hablaron por varios minutos después de culminar el juego sexual, luego César adujo que estaba cansado y culminaron la llamada. ¿De dónde habían sacado a ese hombre tan caliente y sensual? Desde que lo hicieron en Bahamas, César le enviaba mensajes de todo tipo. Era el primero en saludarla en la mañana y en desearle las buenas noches antes de caer rendida. Se sentía tan atractiva y ardiente que hacía unos días había ido a la peluquería para hacerse un nuevo estilo sin tocar el largo de su cabello.

Helena le hacía comentarios de burla y hasta Robert lo había comentado, pero Linda no soltaba prenda frente a su padre.

—¿Se puede? —se escuchó la voz de Helena al otro lado de la puerta.

Linda guardó sus juguetes debajo de la cama y se puso el albornoz con prisa. Helena la miró con sospecha cuando se internó en la habitación.

—¿Todo bien, Linda?

—Estupendamente bien —dijo Linda con voz ansiosa. No quería que Helena se topara con sus juguetes sexuales.

—Me acaba de llamar Jarek —dijo Helena y se sentó en la orilla de la cama.

Linda estaba en un sinvivir.

—Aparenta ser que no ha encontrado nada importante, más allá de que Aaron tiene el Lemon. Incluso me dijo que no ha encontrado evidencia de que la agencia brinde servicios de prostitución. Ese servicio está a nombre de una tal Ángela Williams, una mujer afroamericana de cincuenta años. ¿Puedes creer que la mujer asiste a la iglesia anglicana y que contribuye a obras benéficas?

—Pu... puede ser para lavar su consciencia.

—¿Qué te pasa, Linda?

—¿A mí? Nada. Ha sido una semana muy difícil, Helena, y quiero dormir.  
—La mujer bostezó.

—¿Dormir un viernes a las diez de la noche?

—Sí, estoy muerta —Linda soltó otro bostezo, muy mal fingido.

Helena entornó los ojos, pero cuando se iba a incorporar sintió un objeto en forma de tubo enredado en la sábana. Lo agarró con la punta de los dedos.

—¡Linda Lowell!!!

Su hermana se lo arrebató de las manos y lo escondió en un cajón.

—¿Utilizas esas cosas? —preguntó Helena, escandalizada.

—¿Acaso tú no?

Helena corrió a la puerta muerta de la risa.

—¡Pervertida! —le dijo Helena entre risas.

—¡Santurrona!

Aaron Smith rompió su promesa, por eso cuando culminó su turno a las tres de la mañana y con cuatro Gray Goose en la cabeza, pasó frente al edificio donde ubicaba el apartamento de Linda. Estaba seguro de que la habitación de Helena quedaba en la esquina del primer piso. La noche en que la había acompañado hasta allí vio que encendieron esa luz tan pronto él dejó el portal.

Sería arriesgado si erraba. Podría acabar arrestado y acusado por fisgón, pero necesitaba hablar con ella. «¡No seas cobarde! Vamos por tus tiempos de chico malo», se miró el tatuaje de dragón que tenía en su antebrazo. Ese dibujo representaba la peor etapa de su vida cuando dominaba las calles de Gainesville. Suspiró, había dejado ese pasado atrás. «La chica no quiere saber nada de ti», pensaba. «Solo un beso, Aaron, aunque te abofetee. Róbale un beso nada más».

Al final estacionó el auto y caminó hasta el edificio. Tuvo suerte, a esa hora entraba un adolescente. El jovencito lo dejó pasar al portal violando todos los protocolos de seguridad. «Desde hace siete años que pasas por

alguien decente. Soy una persona decente. Una persona decente no tocaría el timbre de una casa de familia de madrugada. Le robaré solo un beso, eso no es indecente. ¿O sí? Te odia», pensaba.

Titubeó frente al timbre. Se mordió los labios y al final llamó. Tras su insistencia, escuchó pasos tras la puerta y enseguida vio que las luces en el interior se encendieron.

—¿Qué haces aquí a esta hora? —le preguntó Helena desde el otro lado, sin abrir la puerta. Acababa de ver a Aaron a través de la mirilla.

—Helena, necesito que hablemos —suplicó él.

—Ya nos dijimos todo, Aaron.

—Abre, por favor.

—No quiero verte. —Helena tenía su frente pegada a la puerta, batallaba con las ganas de abrir.

—Helena, por favor.

—No. —Tenía la voz atascada en la garganta.

—Dormiré aquí, al pie de la puerta.

—Llamaré a la policía.

—Solo quiero verte, chica daiquirí, por favor.

Se quedaron en silencio, Aaron con sus manos apoyadas en la puerta y Helena clamando al cielo por voluntad.

—¿Estás ahí? —preguntó él cuando transcurrió un rato.

—¡Vete, por favor!

—Abre, por el amor de Dios.

Al final Helena cedió. También necesitaba verlo. Entreabrió la puerta despacio. Aaron aprovechó para colarse. La tomó de la cintura para besarla, sin darle oportunidad de respiro. Ambos parecían dos sedientos que encuentran un oasis en medio del desierto. Ella quiso negarse, ser fuerte, odiarlo, pero su cuerpo no correspondía a sus sentimientos.

Él, en cambio, se mostraba pertinaz en aprovechar el momento. La devoraba con hambre. Le comió el cuello, los pechos por encima de la bata de

seda, buscó ansioso su entrepierna húmeda y caliente.

—Helena, te necesito —le dijo mientras buscaba la ruta hacia su femineidad—. Me he hecho adicto a tu cuerpo, a tu olor.

Le quitó la braga de un tirón, pero cuando creía que obtendría alivio para su tormento, Helena le tomó la muñeca.

—¡No!

Aaron se detuvo en seco y se incorporó, confuso.

—No puedo —dijo ella.

—Helena...

La mujer abrió la puerta. Era la señal que presagiaba final.

—Vete, Aaron. Esto es un error.

—Quisiera que creyeras en mí.

—Una vez me dijiste que podía confiar en ti y eso hice. Al final me traicionaste.

—¿Por qué es importante mi pasado?

—Porque en ese pasado distribuiste drogas, estuviste preso, estás casado y eres socio de una agencia de acompañantes, y seré yo quien decida si quiero o no tu pasado, Aaron. ¿Sabes? Es admirable que una persona cambie, lo que no es admirable es que un hombre casado busque una amante.

—Hace un año que Melisa y yo estamos separado.

—No te creo, Aaron, porque cuando te pedí que fueras sincero me engañaste.

Helena abrió la puerta para que se marchara. Aaron salió.

—Buenas noches —dijo ella y cerró la puerta.

No se derrumbaría allí en la sala para que él escuchara sus sollozos. Apagó las luces y se refugió en su habitación.

Aaron dejó el portal con las manos en el interior de los bolsillos y su cabeza gacha. «Está muy herida, Aaron. La has perdido», pensó. Se subió a su auto y se marchó.

## Capítulo 13



**E**se lunes, a media mañana, Nancy Preston, la madre de Helena, firmó el libro de visitas en la recepción del edificio en donde Robert Lowell tenía su despacho, le sonrió a la recepcionista y tomó el ascensor. Hacía mucho que no visitaba la oficina de su exmarido, pero la sorpresa que llevaba en su bolso bien valía aquella inesperada visita.

Tan pronto ganó acceso a la oficina, se encontró con Helena. Se percató en que su hija tenía esa misma tristeza en los ojos de cuando finalizó con el vikingo. ¿Acaso le había dado la oportunidad de Theo en Bahamas y el hombre la había destrozado de nuevo?

Nancy era una mujer sesentona, de cabello corto y apariencia elegante. Desde hacía quince años se desempeñaba como profesora de arte e historia en la Universidad de Florida, en su natal Tallahassee.

—¡Qué sorpresa que estés aquí, mamá! —saludó Helena con pasmo.

Ambas mantenían una relación cordial, más no muy cercana. Nancy Preston quería dominar la vida de sus hijas. Era como si no comprendiera que Linda y Helena ya eran adultas.

La mujer abrazó a Helena después de besarla en la mejilla y le entregó un sobre timbrado de la Universidad de Colombia, en Nueva York. La joven tomó el sobre con manos trémulas.

—No lo he abierto, pero sé que te aceptaron, Helenita —aseguró Nancy—. Por favor, ábrelo. Estas siete horas de camino han sido agónicas.

Helena recordó que cuando envió la solicitud a Columbia lo hizo primordialmente para huir de su situación con el futbolista, pero ahora no le hacía la misma ilusión.

—Es tu sueño cumplido, Helena.

No se adelantaría, tal vez no la habían aceptado.

*Estimada señorita Lowell:*

*Nos place informarle que ha sido admitida como estudiante en nuestra prestigiosa escuela de leyes. Debe realizar su matrícula antes del 20 de agosto y presentarte a una sesión de orientación el 1 de septiembre. Las clases comienzan el 10 de septiembre.*

Observó la firma del decano de la escuela y tragó hondo. Debería estar feliz, dando brinquitos de alegría ante tamaño logro, pero esa carta representaba que tendría que mudarse a Nueva York y eso conllevaba dejar todo, incluso una posible oportunidad con el bartender.

Nancy Preston le arrebató la carta y soltó un grito de emoción cuando supo la noticia.

—¡Te felicito, hija! —Nancy la abrazó, pero Helena le contestó de forma mecánica—. ¿Qué te pasa, Helenita? Deberías estar feliz.

—Lo estoy.

—Es que no puedes creerlo. Es normal.

En eso se abrió la puerta de la oficina de Robert, y Linda asomó la cara. Intentó esconderse de nuevo, pero ya era tarde, Nancy Preston la había visto. Sonrió con hipocresía y salió. Besó a su madre mientras le cuestionaba a Helena con la mirada.

Su hermana encogió los hombros.

—¿Cómo está mi niña mayor? —preguntó Nancy mientras besaba a Linda.

—Bien, ¿pero que haces aquí, madre? —preguntó Linda mientras cerraba la puerta para que Robert Lowell no se percatara de la presencia de su madre. Agradecía que su padre estuviera en una llamada telefónica en medio de una álgida discusión con Richard Green.

—Vine para traerle buenas noticias a tu hermana. La aceptaron en Columbia.

Linda se quedó helada, no porque no le alegrara que Helena se fuera a

estudiar, sino porque sabía que aquello significaba el fin de cualquier posibilidad con el bartender.

Helena le extendió la carta.

—Te felicito. —Al igual que Helena, Linda no salía de su pasmo.

—Ustedes están tan raras —comentó Nancy—. Espero que no se hayan contagiado con las actitudes de su padre.

Robert Lowell asomó su morrocotudo cuerpo cuando dejó su oficina. Tan pronto vio a Nancy hizo un gesto de apatía. ¿Qué estaba haciendo esa bruja maléfica en su despacho?

Nancy, en cambio, le sonrió con ironía. Tenían una guerra fría desde que el abogado la abandonó por Scarlet.

—¿Quién liberó a Satanás del hade? —comentó Robert con ironía.

—El único diablo aquí eres tú, querido —contestó Nancy, levantó el mentón y se acomodó el bolso en el hombro con indiferencia.

—En este despacho no brindamos asesoría a brujas, señora —continuó Robert mientras su peluquín se movía de un lado a otro.

Nancy sonrió con burla.

—Deberías procurar que ese apestoso peluquín tenga el mismo tinte que tu pelo natural, Robert —dijo Nancy—. Se nota a legua que el pelo en tu coronilla es falso.

La agresión fue bastante baja como para provocar que Robert perdiera el aire.

—Al menos no he tenido que recurrir al bisturí —dijo el hombre.

Nancy dio una vuelta para que Robert viera su exquisita figura.

—De lo que te estás perdiendo, querido —dijo ella.

Helena y Linda miraban la escena con sus rostros perplejos. Era lo que siempre sucedía cuando esos seres se encontraban.

—El bisturí no puede quitarte los sesenta y dos años que tienes, Nancy —bufó Robert.

La realidad era que Nancy Preston se veía muchísimo más joven de la

edad que tenía.

—¿Pueden dejar de agredirse? —preguntó Helena con ironía.

—Se ven bastante ridículos —comentó Linda.

Se mantuvieron en silencio. Helena le extendió la carta a su padre. Robert soltó un grito de alegría, abrazó a Helena y la cargó como si fuera una niña.

—Cuidado con las hernias, Robert —Nancy insistía en fastidiarlo.

—Cariño, me siento tan feliz por ti —dijo Robert y besó a su hija en la frente—. Columbia es fantástico... bueno no tan bueno como Harvard, pero tiene gran prestigio. Lo único que lamento es que perderé a una muy buena recepcionista.

—Lo que deberías lamentar es que te costará una considerable suma pagarle los estudios a nuestra hija —dijo Nancy—. Me pregunto si Scarlet estará de acuerdo.

Linda bufó.

—Mis hijas saben que tengo unos ahorros para ellas. —Robert tomó a Helena por la barbilla—. No te tienes que preocupar por nada, Helenita, solo de estudiar y regresar aquí con ese título. Seremos grande, Helena. El bufete Lowell y Lowell. No nos pararán.

Linda se giró hacia su área de trabajo para ocultar la tristeza. Al contrario de Helena, ella no optó por seguir una carrera en el mundo de las leyes, sino que escogió el magisterio, por eso tenía un título como maestra preescolar, profesión que ejerció por muy poco tiempo cuando se fue a vivir con el cirujano a Georgia. Robert le reprochaba su mala decisión. “El dinero está en la defensa, Linda”, le decía su padre. Pero su corazón estaba en la enseñanza de los niños.

—Bueno, Linda —dijo Nancy—. Necesito las llaves de tu apartamento.

—¿Para qué? —Linda regresó a la recepción.

—No pretenderás que conduzca siete horas de vuelta, niña. Además, planifico quedarme por unos días. Quiero reencontrarme con unas amigas.

—Suerte en el aquelarre —dijo Robert.

Tan pronto Linda le entregó el juego de llaves, Nancy refunfuñó algo

ininteligible, se acomodó el bolso en el hombro y dejó la oficina con un vaivén de caderas muy provocador. No tenía intención de regresar con Robert ni hoy, ni mañana ni nunca, pero le fascinaba saberlo interesado. Eso le probaba que el hombre se arrepentía cada día por haberla dejado con una niña a punto de cumplir los cuatro años y otra recién nacida por ir tras el trasero de una chiquilla veinte años menor que él. “Eso te pasa por cambiar unas bragas de mujer por unos pañales, Robert”, recordó que le dijo un día. Una aseveración que dejó sin argumentos a un abogado tan contendor como aquel.

Cuando se encaminó hacia el ascensor, se topó con Dimitri.

—Hoy no es día de las brujas —mencionó el viejo.

—Tampoco el día de los viejos decrepitos.

Nancy subió al ascensor y se perdió. Después de todo, había salido ilesa de las agresiones de los hermanos Lowell.

Cuando Helena y Linda llegaron a su casa esa noche Nancy Preston estaba envuelta en un albornoz de algodón, con los pies apoyados sobre la mesilla en el salón de estar y un envase repleto de palomitas de maíz. Estaba viendo su serie favorita en Netflix.

—Su padre es un negrero. Van a ser casi las nueve de la noche —dijo la mujer.

Linda resopló y se encaminó a su habitación.

—Deberían pasar por el supermercado —continuó Nancy—. No hay nada para comer. Al menos conseguí estas palomitas de maíz.

Helena se dejó caer en una butaca cercana. Estaba rendida. Se quitó los tacones y se acomodó.

—Helena, has perdido peso de nuevo.

La realidad era que los nervios no le permitían comer como quisiera.

—No me contaste cómo fue todo en Bahamas.

—Bien —dijo Helena. No entraría en detalles frente a una mujer tan

chismosa como su madre.

—¿Y Theo? ¿Hablaron?

—Sí, madre.

—¿Van a arreglar? Mira, Helenita, ahora que te vas a ir a estudiar a Columbia deberías pensar en arreglar las cosas con Theo. Necesitas estabilizarte emocionalmente. Estoy segura de que si arreglas las cosas con él, te irás tranquila y podrás concentrarte totalmente en tus estudios.

—Me pregunto por qué no hiciste tú lo mismo cuando papá se fue con Scarlet.

—¡No es lo mismo! —Nancy se levantó de la butaca—. Tu padre embarazó a su amante.

—No sé por qué estamos teniendo está conversación de nuevo. —Helena se levantó para tomar su bolso. Necesitaba poner distancia de su madre.

—Theo fue tu primer hombre, Helena. ¿Qué quieres? ¿Convertirte en una promiscua? Mira a Linda lo infeliz que ha sido. Buscando aquí y allá.

—Madre, tu visión y la mía son muy distintas, pero te aseguré que no volveré con Theo. Eso dalo por hecho.

Helena abandonó la sala para encerrarse en su habitación. No sabía por qué insistía en llevar una relación saludable con una mujer tan obstinada como su madre.

**A**aron acababa de llegar a su apartamento después de entrenar a los niños. Jugó un rato con Murray, se cenó lo que su madre le había dejado en el refrigerador y se sentó un rato para ver la televisión mientras mantenía su celular en la mano ponderando si lo que estaba a punto de hacer sería efectivo para ganarse la atención de Helena.

Esa tarde, gracias a la ayuda de Ángela, logró obtener el celular de Helena.

“Dime cómo logro sacarte de mi mente” escribió en WhatsApp, pero no

tocó la flecha de envío. «Si la sigues hostigando será peor, Aaron. Es que no puedo quedarme de brazos cruzados esperando sin hacer nada para convencerla», pensó y al final envió el mensaje.

Pasaron varios minutos que para el bartender representaron una agónica eternidad.

“¿Cómo conseguiste mi número?”

“Trabajo para el FBI”.

“No me extraña. Eres una cajita de mentiras”.

Aaron resopló. No le ganaría a la chica.

“Tengo mis contactos. Cena conmigo el viernes”.

“Tengo compromiso”.

“¿Con quién?”. Aaron sintió una punzada de celos. ¿Y si al final Theo había logrado la reconquista?

“No te interesa”.

Aaron optó por llamarla. A la tercera vez escuchó la voz de Helena.

—¿Con quién vas a salir?

—Ya te dije, no es tu problema.

—Mañana tengo cita en el tribunal. Mi abogado me dijo que es la última para finiquitar el asunto del divorcio.

Se escuchó un silencio en la línea.

—Después de eso no hay excusas para que aceptes que te pretenda.

—Eso no borra tus mentiras, Aaron.

—No me siento orgulloso de mi pasado.

—Imagino que tampoco te sentirás orgulloso de manejar una agencia de citas.

—Sabes que no es un servicio de prostitución. Te recuerdo que nos conocimos porque solicitaste los servicios.

Helena bufó.

—Sí, recuerdo que el dueño de la agencia se aprovechó de la situación.

—Nunca pretendí aprovecharme de ti. Fuiste tú quien me besaste frente a la puerta de tu hermana.

—Gracias por recordarme que también te seduje para que nos acostáramos.

Aaron sonreía por la aventura que representaba alterar los controles de la chica daiquirí.

—¡Me sedujiste! —dijo Helena.

—Mentirosa, me violaste en la playa y lo sabes. Aquí el agravado he sido yo.

—No voy a continuar esta absurda conversación.

—Que duermas bien y sueñes con mis besos.

—Eso sería como invocar una pesadilla.

—Yo soñaré contigo bajo mis sábanas.

—¡No vuelvas a llamarme!

—Buenas noches, Helena.

Era mejor ir poco a poco. «Los grandes imperios se conquistan día a día», pensó.

## Capítulo 14



Al día siguiente Helena arrastraba los pies en dirección a la oficina de su padre. Desvelada y ojerosa, no dejaba de pensar que la culpa de todos sus males tenía nombre y apellido, Aaron Smith, el bartender más sexy y caliente de todo Miami. Debería odiarlo, cortar cualquier comunicación con ese hombre, bloquear su número, pero se requería de una voluntad que no tenía. Si era sincera con ella misma, le encantaba el interés y brío que demostraba el hombre por reconquistarla, pero no se sentía segura.

¿Y si cedía y luego Aaron volvía a engañarla? Cuando entró a la oficina se topó con un enorme arreglo floral con una docena de rosas blancas y tulipanes amarillos. Era realmente hermoso.

—Parece que el capitán de mar está decidido a conquistar a su sirena — comentó Helena en voz alta para que Linda la escuchara.

Su hermana caminó hasta la recepción con una sonrisa divertida.

—Creo que hay un bartender que desea conquistar a su chica daiquirí — dijo Linda—. Te aseguro que no son para mí.

Helena tomó la tarjeta para leerla:

*“No me voy a dar por vencido hasta que me perdone”*

*Aaron*

—Es el romanticismo personalizado — comentó Linda cuando leyó el contenido de la tarjeta por encima del hombro de su hermana—. No se puede negar que tiene buen gusto y que las flores le debieron de costar una fortuna. Es de la floristería que está en South Beach. Las flores son de primera. —La

mujer escudriñaba el arreglo.

Helena dejó la tarjeta sobre su escritorio, guardó su bolso e inicio su jornada.

—Bótalas, subáсталas o véndelas —dijo Helena.

—Las flores no tienen la culpa de que el bartender sea un mentiroso, Helena. Están hermosas.

—Cuando Robert aparezca por esa puerta y vea el arreglo tendremos que dar explicaciones.

—Tendremos me suena a multitud. El paquetito es tuyo, Helenita.

Linda se encaminó hasta su área de trabajo. Entonces Helena decidió acomodar el arreglo debajo de su escritorio para ocultarlo.

—Buenos días, Helena —dijo su padre cuando apareció acompañado de un joven—. Él es Henry Parker, el nuevo pasante que estará ayudando en el despacho para adquirir experiencia. Por favor, dale los pormenores y ubícalo donde mejor estimes conveniente.

Helena le extendió la mano cuando el joven la saludó de forma amable. Robert caminó por el pasillo para encerrarse en su oficina después de darle unas instrucciones a Linda respecto a su agenda.

—Bienvenido —dijo Linda cuando salió de su espacio para conocer a Henry.

De primera impresión le pareció un chico tímido.

—Gracias. Espero ser de utilidad.

—Claro que sí —aseguró Linda.

Las hermanas despejaron un pequeño escritorio contiguo al de Helena para que Henry se acomodara. Fue Helena quien lo estuvo adiestrando durante toda la mañana. Al mediodía las hermanas lo incluyeron en su almuerzo y el trío se fue a una pizzería cercana.

A medida que transcurrió la semana el chico se fue soltando. Era amable, dinámico y bastante alegre. Hizo una química tan peculiar con Helena que, durante el almuerzo del viernes, del cual Linda no pudo participar, le confesó su despecho por una chica.

—Fue mi pareja por dos años —dijo el joven de veintitrés años, con pesar—. Nos dejamos por tonterías. Pero aún la amo.

—Siento escuchar eso, Henry.

A Helena le parecía tierno en su manera de describir a Taylor, la chica de la cual estaba enamorado.

—Te lo cuento porque estoy metido en tremendo dilema —sostuvo Henry—. Mañana es el cumpleaños de un amigo en común y debo ir, pero no quiero llegar allí solo y que Taylor me vea triste. Ya sabes, es difícil. Bueno... lo que intento decir ¿quieres acompañarme?

—¿Yo? —Helena estaba realmente sorprendida.

—Sí. Sé que puede sonar como un exceso de confianza, pero si no estuviera desesperado por ir con alguien... no me atrevería a proponerte esto. Y quiero que sepas que no lo hago como un plan de coqueteo ni nada. Estoy muy seguro de que el amor de mi vida es Taylor.

Helena recordó que hacía exactamente un mes ella estuvo en la misma situación que Henry, desesperada por demostrarle a Theo que lo había superado. Que complicado eran los seres humanos y que terrible era el orgullo, que los empujaba a hacer cosas como fingir que estaban felices con otros.

—Voy a ayudarte, Henry. Cuenta conmigo.

—Gracias, Helena —dijo Henry con una sonrisa—. De verdad

—¡Ah! ¿Y tú le creíste esa mentira, Helena? —le decía Linda a Helena.

Ambas estaban en la habitación de Linda, pues Helena le había pedido que le ayudara a maquillarse.

—Henry es un buen chico.

—¿Y si se enamora de ti? He visto que están muy juntos, he escuchado sus cuchicheos y he visto cómo sonrían.

—¿Y qué tiene?

—Los hombres no son amigos de las mujeres, Helena. Quiere cama.

—Te pareces a la abuela Gertrudis.

—Después no andes pidiéndome consejo, Helena.

—Está despechado y enamorado de esa chica, y yo... Yo quiero ayudarlo. Además, tiene veintitrés.

—Y tú veinticuatro. Además, ¿en dónde dejas al bartender?

—Desde lo del arreglo cesó en sus acercamientos.

—¿Se habrá dado por vencido?

—Tal vez quiere hacerse el interesante.

Linda se sentó en la orilla de la cama cuando culminó con Helena.

—¿Y tú? —le preguntó Helena—. ¿Cómo te va con tu capitán de mar?

Linda hizo una mueca.

—Se fue de viaje de nuevo. No sé si voy a continuar con él —dijo con pesar.

—¿Por qué?

—César es como los marineros. Su vida es el mar. Mucha inestabilidad y eso no es bueno para una relación.

Helena se sentó a su lado.

—Pero te gusta.

—Mucho, pero no creo que funcione.

—Lo siento, Linda.

—Tendría que convertirme en una sirena.

Ambas rieron.

—Entre todo lo malo, lo bueno es que Nancy Preston regresó a Tallahassee —comentó Linda—. Me estaba volviendo loca.

—Me da pena con mamá.

—Pues deberías ir a vivir con ella —dijo Linda con ironía.

—Eres perversa, Linda. Sali huyendo de Woodville.

—¿Y qué vas a hacer con lo de Columbia?

—Viajaré en dos semanas para ver dónde puedo hospedarme.

—No me habías dicho nada. ¿Crees que viajarás sin mí? No, cariño. Tenemos que ir a comprar carteras y zapatos al barrio chino.

—Te recuerdo que Robert Lowell no nos paga una millonada, hermanita.

—Siempre puedes sobornarlo —dijo Linda—. Aún no te premia por tu hazaña. Deberías pedirle tu regalo, pero procura que sea en efectivo y que alcance para las dos.

Ambas rompieron en risa de nuevo.

**A**aron estaba en casa de su madre reparando la tubería de la cocina mientras Natalie le preparaba una limonada.

—Espero que no se filtre de nuevo —dijo él cuando se levantó del piso.

Recogió las herramientas, se retiró el sudor de la cara y tomó el vaso que su madre le extendió.

—Tan sabrosa como siempre. Gracias, madre.

Aaron enjuagó el vaso y lo colocó en el escurridor.

—¿Hoy tienes turno en el bar?

—Esta noche trabajaré en una fiesta privada.

—¿Y la chica?

La verdad era que Aaron estaba ejercitando su voluntad, tiempo durante el cual decidió no contactar a Helena. Sabía que no sería productivo atosigarla. Se trataba de tirar y aflojar, como cuando salía a pescar con sus amigos.

—La cosa va marchando.

—Demasiado lento, Aaron. Debe darte una esperanza. Ya te divorciaste. ¿Qué le impide darte una oportunidad? Yo ella te hubiera perdonado.

Aaron besó a su madre en la frente.

—Por supuesto, eres mi madre. Para ella no es tan fácil confiar.

**H**enry pasó por Helena a las ocho de la noche y se fueron directo a Coconut Grove, a la residencia del amigo del joven. Era una casa bastante opulenta, con una entrada fastuosa. La fiesta tendría lugar en la piscina, así que Henry le otorgó su brazo a Helena y se encaminaron al bullicio.

El festejo se presentaba concurrido. Una algarabía descontrolada proveniente de un grupo de jovencitos que bailaban al ritmo de música electrónica. Helena pudo observar que un dj ocupaba una tarima alta que quedaba sobre la alberca. Las luces de neón que titilaban de un lado a otro la enceguecieron hasta que fue capaz de acostumbrarse.

—Hola, Henry —lo saludó un chico mucho menor que él—. ¿Y esta preciosura?

Helena hizo una mueca, pero intentó parecer amable. Esperaba no tener que arrepentirse de haber ido a ese lugar.

—Ella es Helena Lowell, una amiga —la presentó Henry—. Él es Mateo, mi mejor amigo, el cumpleañosero.

Mateo le estampó un beso a Helena en la mejilla. Ese sobre exceso de confianza la dejó un poco atolondrada. Parecía escuchar las acusaciones de Theo durante su noviazgo: “Eres muy rígida, Helena. Pareces una vieja para la edad que tienes”.

—No creo que Taylor le haga mucha gracia verte acompañado —comentó Mateo sin importarle que Helena fuera testigo—. Te advierto que ha bebido un poco.

Henry hizo un mohín de disgusto.

—Pasen por la barra y diviértanse —los exhortó Mateo.

Helena supo por qué para Henry era importante ir a esa fiesta acompañado. No encajaba en aquel ambiente. Ella lo miró de reojo. Sus anteojos de pasta oscura delataban que era un intelectual, que estaría mucho más cómodo en una biblioteca que en una discoteca. Su atuendo formal también revelaba que, pese a su edad, era como Helena, muy maduro para su entorno.

Caminaron a la barra mientras miraban lo que sucedía en la pista.

—Es ella —dijo Henry con un hilillo de voz.

Helena se giró para mirar a la chica morena que bailaba sin pudor con un chico de su misma edad. No, definitivo, Taylor no hacía pareja con Henry. Sintió pena con el chico, pero no comentó nada.

Siguieron su camino para tomar un trago. La barra estaba dispuesta en el extremo derecho del patio, cerca de la pista.

—¿Qué les sirvo? —preguntó un bartender bastante joven.

Helena pensó en Aaron, en su estilo detrás de la barra. Henry pidió una Coca Cola mientras Helena pidió un Cosmopolitan.

—La chica prefiere un daiquirí estilo Hialeah —La voz de Aaron a su espalda la tensó.

No fue capaz de girarse para mirarlo, se aferró al brazo de Henry e intentó parecer serena.

Aaron se acomodó detrás de la barra y comenzó a preparar el trago.

—Señor —dijo Henry—. La chica prefiere un Cosmopolitan.

El bartender miró a Helena para comprobar.

—Yo... yo... está bien con el daiquirí —dijo Helena.

—Pero Helena... —iba a decir Henry.

—No te preocupes —dijo Helena. Quiso agregar que no era conveniente que retara al bartender. Lo había visto someter a un tipo de más de dos metros, y aunque terminó con la nariz partida, la verdad era que el vikingo llevó la peor parte. Era preferible no tentarlo, mucho más cuando tenía la mandíbula apretada y no mostraba sus hoyuelos. Se veía realmente molesto.

Dos minutos más tarde Aaron dejaba el daiquirí sobre una servilleta encima de la barra. No la miró ni por equivocación, pese a que Helena lo miraba de reojo. Henry dijo unas cuantas babosadas acerca de cómo había conocido a Taylor, una historia que aburrió muchísimo a Helena.

Antes de dejar la barra fue testigo de cómo dos chicas con vestidos bastantes ceñidos se acercaron para pedir un par de tragos. Una de ellas, una rubia bastante pícara, se dejó caer un hielo en el sostén e insistió para que

Aaron le ayudara a buscarlo.

Helena gruñó cuando vio que Aaron metió la mano en el sostén a insistencia de la chica. Quiso tirarle el resto de su daiquirí a la cara, pero en vez de eso, tomó a Henry de la corbata y le plantó un beso.

El pobre chico tardó en recuperarse, entonces Helena soltó el trago y tomó la mano de Henry para llevarlo a la pista. En medio del baile le pidió disculpa y le contó que tuvo un tórrido romance con el bartender, pero no había funcionado porque Aaron Smith era un mentiroso. El chico suspiró tranquilo al saber que Helena no había confundido sus intenciones para llevarla a esa fiesta. Su objetivo era que Taylor no viera que se arrastraba de dolor. Henry pensaba que estaba funcionando, pues la morena lo observaba con insistencia.

En cambio, Helena sonreía cada vez que miraba hacia la barra y veía al bartender sin sus diabólicos hoyuelos. Todo estaba saliendo a pedir de boca, hasta que llegó la medianoche. Helena pidió visitar el baño y Henry permaneció en una de las mesas, momento en que Taylor aprovechó para acercarse.

—¿Y esa quién es? —le preguntó Taylor a Henry.

—Una amiga del trabajo —contestó el chico.

—¿Una amiga? ¿Me crees tonta? Vi cómo te besaba. Poco le faltó para arrancarte las amígdalas.

Henry estaba feliz con la reacción de la chica.

—Quiero que hablemos, Henry, pero no aquí.

Taylor le extendió su mano y el joven no fue capaz de negarse. La joven se lo llevó fuera de la fiesta.

Cuando Helena regresó a la mesa le extrañó no encontrar a Henry, lo buscó en la barra, pero para su desgracia se encontró con los diabólicos hoyuelos del bartender en medio de un gesto triunfalista. ¿Qué diablos se había perdido? Decidió buscar a Henry en los alrededores y al no encontrarlo, salió al lugar en donde había estacionado el auto. Por alguna extraña razón había desaparecido. Intentó llamarlo al celular, pero el aparato la enviaba a la máquina contestadora.

Resopló con rabia.

—Creo que el príncipe encantador, con anteojos de pasta oscura, salió corriendo detrás de la falda de la Cenicienta —La voz de Aaron volvía a sorprenderla.

Pero esta vez también la llenó de rabia a causa de su ironía

—Ese es el problema de salir con chiquillos —insistió Aaron.

—¿Creí que te pagaban por hacer tragos para los invitados?

—Me pagan por atender a los invitados.

—Sí, me imagino que eso incluye meter las manos en sus sostenes.

—Si te refieres a esa chica, debo aclarar que solo la ayudaba.

—¡Eres tan descarado!

—Y tú te ves tan bella cuando te enojas.

Helena hizo una mueca, buscó el celular para solicitar un servicio de Uber en la aplicación.

—Puedo llevarte.

—Contigo no iría a ninguna parte.

—¿Y qué hacías con ese jovencito?

—No te importa.

—Si me importa. Te ha plantado. Ese beso que le diste me pareció bastante falso.

Ella soltó una risa irónica.

—Esto sí es un beso.

Aaron le atrapó la boca con decisión. Quería que sintiera la urgencia que sentía de ese beso que le devolvía la vida. Helena no pudo reaccionar a ese inesperado asalto. El bartender aprovechó la oportunidad para patentizar que la chica daiquirí aún sentía cosas muy profundas por él.

—Dame la oportunidad de explicarme, Helena.

Ella estaba en un dilema, por un lado, quería darle esa oportunidad que le pedía, pero por el otro le costaba confiar. Al final, accedió. Aaron le dio instrucciones al otro bartender y regresó junto a Helena para llevarla a su auto.

Después de abrirle la puerta para que se subiera él se acomodó detrás del volante.

—¿A dónde vamos? —preguntó Helena cuando vio que pasaron la salida de Miami Beach y se adentraron en Hialeah.

—A un sitio en donde nadie nos moleste —dijo él con voz grave.

Esa era una oportunidad extraordinaria que el bartender no desaprovecharía. Helena se alarmó cuando se fijó en que el hombre tomaba una calle hacia un estacionamiento subterráneo.

—¿Qué hay en este lugar?

—Mi apartamento.

—Quiero ir a un lugar público.

Aaron no obedeció las demandas de la mujer. Estacionó el auto y lo rodeó para ayudarle a Helena a bajarse.

—¿No me escuchaste?

El bartender se mostraba obstinado, la tomó de la mano y caminó hacia el ascensor. En el interior se contuvo de besarla. Evitaba que la chica armara un berrinche y se dañara aquel extraordinario chance de que hablaran y se entendieran.

Cuando Murray apareció en la puerta a Helena le pareció que el bulldog resentía su presencia. El perro se mantuvo quieto, mirando a la intrusa.

—Aaron —la voz de Greta Watson alarmó al bartender.

«No, Greta, este no es el mejor momento», pensó Aaron.

—Joven, ¿cómo está? —le dijo Greta a Helena desde la puerta de su apartamento.

—Bien, ¿y usted? —Helena estaba segura de que aquella anciana era igual que su abuela, se aburría como ostra y se entretenía con la vida de los demás.

—Muy bien —dijo Greta—. ¿Trabajaste poco hoy, Aaron?

—Sí, salí un poco más temprano.

—Qué bueno.

Cuando Aaron posó su mano en la cintura de Helena para que pasara a su apartamento la anciana lo llamó de nuevo.

—Dígame, Greta.

La anciana le hizo señas para que se acercara.

—Te felicito, hijo —le dijo la anciana al oído—. Es bella. Tú te mereces una buena chica. Eres un tesoro.

—Gracias, señora Watson.

—Solo te pediré que no hagan mucho ruido. El joven Johnny, del quinto piso, anoche no me dejó dormir con sus cosas. Ya sabes, gritos y jadeos. Eso me hace recordar mis épocas pasadas.

Aaron iba a decir algo, pero cerró la boca, le deseó buenas noches a su vecina y entró en su apartamento. Corrió el seguro y soltó un suspiro.

—La pobre se siente sola —comentó Helena. Ya Murray no la miraba como una extraña, sino que se había acercado para que le rascara la panza.

—Es muy manipulador —le advirtió Aaron respecto al perro—. Si lo dejan, te tendrá así toda la noche.

Aaron se quitó la cazadora y se encaminó a la cocina. Regresó con dos cervezas.

—¿Pretendes emborracharme?

«No me des ideas», pensó él.

—Solo pretendo ser un buen anfitrión.

La invitó a sentarse en la sala. Era una escena bastante extraña, pues Helena optó por sentarse en el sofá opuesto al que ocupaba Aaron.

—Es deliciosa —comentó Helena cuando se dio el primer sorbo.

—Es holandesa —Aaron observó la etiqueta—. Gracias por aceptar mi invitación. Esta es mi guarida.

Helena oteó el espacio. Todo estaba dispuesto con estricto orden. Un par de cuadros con diseños abstracto cubrían las paredes y una estantería con trofeos y medallas ocupaba la pared de fondo. Ella se levantó para ver los galardones de cerca. Competencias de coctelerías de distintos estados,

reconocimientos por sus ejecutorias como entrenador de aikido y un sinfín de medallas, incluyendo un enorme trofeo de un triatlón de Carolina del Norte.

—No sabía que eras un atleta consagrado —dijo ella.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

Helena se tensó al saberlo cerca de su espalda. Podía sentir su respiración en la nuca y eso la estremeció.

—Hay una línea muy fina entre lo que me has contado y la verdad —dijo Helena.

—Fui un niño problema, Helena. A los quince años me escapé de mi casa tras la muerte de mi padre en un asalto. Mi madre sufrió mucho, muchísimo, pero ni sus lágrimas me impulsaron a volver. La calle me dio otro tipo de familia y eso llenó por un tiempo el vacío. Me inicié en las drogas. Primero consumía, después distribuía. Asaltaba, robaba, asesinaba...

Ella no pudo evitar la impresión.

—Cuando estás en ese mundo lo haces todo. Mujeres, droga, alcohol, dinero... Pero una noche vieja me atraparon. Una confidencia llevó a los federales a mi guarida. Me juzgaron por distribución y posesión. Me llevaron a Georgia a cumplir una condena bastante larga. Mi madre reapareció. Fue vital en mi rehabilitación. En la cárcel conocí a un buen amigo y mi socio hoy, Mickey García, y a un japonés que me entrenó en el aikido. Aprendí a utilizar esa rabia e impotencia a mi favor. Terminé mi escuela superior en un programa especial, le enseñaba a leer a otros presos y así me gané una libertad condicionada por buena conducta.

Aaron le tomó la mano a Helena para que se sentara junto a él. Ella lo observaba atenta.

—Cuando salí a la libre comunidad, con veintitrés años, me di cuenta lo cuesta arriba que sería conseguir un trabajo “normal”. Tuve dos opciones: me reinventaba o regresaba a vender droga. No sabía hacer nada más. Opté por estudiar un curso de coctelería en internet y así pude conseguir un trabajo, pero no me alcanzaba para mantenerme y no quería sobrecargar a mi madre. No era justo. Así que un día me encontré con una mujer que me propuso trabajar para ella. Al principio me negué, pero el servicio era exclusivo y se ganaba muy buen dinero, así me convertí en un acompañante.

—Te prostituiste —ella hizo una mueca.

—No es una agencia de prostitución, Helena —afirmó él—. Hay chicos que se saltaron las reglas y hoy ya no están. ¿Recuerdas a Alex Madison? —Helena asintió—. Ya Superman no trabaja para nosotros.

—Pero si salías con esas mujeres, debiste haberte besado al menos.

—Las prostitutas tienen una regla, jamás besan a sus clientes. Nosotros adoptamos esa regla y muchas más. La mayoría de las mujeres quieren un amigo para cenar, ir al teatro, ir al cine. Creo firmemente que, a diferencia del hombre, la mujer busca a alguien que la escuche. Debo admitir que también hay sus excepciones, pero son la minoría. Cuando salía con las mujeres me divertía muchísimo con ellas y más cuando me contrataban para darle celos a sus parejas, que imagino fue eso lo que pretendías hacer cuando requeriste los servicios.

Helena ocultó la mirada.

—Cuando te vi esa noche pensé que no tenías necesidad de un servicio como el que brinda la agencia. Enloquecerías al hombre que quisieras con solo batir tus pestañas. —Él se acercó para besarla.

Ella le permitió ese beso que ambos anhelaban.

—Dos años después tenía suficientes ahorros como para comprar el bar y así lo hice. Mi amigo Mickey puso parte del capital. Me mantuve en la agencia, pero ya no daba servicios. Hoy día tengo acciones en ella, pero apenas participo en las decisiones. Luego conocí a mi exesposa en una actividad de la comunidad de Hialeah. Ella fue a fotografiar una de mis clases con los niños de la comunidad hispana y a los dos meses estábamos frente a un juez.

Aaron hizo una pausa. Helena se fijó en que su rostro reflejaba mucho dolor.

—Ella cayó embarazada, pero perdimos al bebé a los dos días de nacido. —Aaron hizo una dolorosa pausa durante la cual Helena aprovechó para acariciarle el rostro—. Eso nos devastó, al punto de que Melisa abandonó el hogar para irse a Sudáfrica. Me mantuve esperándola, hasta hace un año que le solicité el divorcio. Hubo diferencias entre ambos y eso hizo que se retrasara un poco. El martes pasado, al fin, cerramos ese doloroso capítulo. Espero que

no haya obviado nada, Helena.

Ella no le dio tregua para que prosiguiera y lo besó. Aaron no pudo reaccionar enseguida. Estaba acogido por aquella extraordinaria sorpresa. Aquel beso patentizaba el anhelo de los amantes. Ese encuentro añorado por ambos, pese a cualquier circunstancia.

—No sabes cuánto deseaba esto —dijo él cuando se recuperó—. Quiero que me perdones, Helena.

La mujer lo besó de nuevo, con urgencia, con necesidad. Como si de eso dependiera su existencia.

—Te creo, Aaron —le dijo ella al final con claro entusiasmo.

El bartender la besó y la atrajo hacia sí para sentarla sobre su regazo.

—Me tienes loco, Helena. Te quiero, chica daiquirí. Estos días sin poder besarte han sido una verdadera tortura.

Helena se lanzó a besarle el cuello. El hombre gruñía mientras ella continuaba afanada en la tortura. Paseó sus manos por el torso masculino tentándolo.

—Si estoy soñando, por favor, no me despiertes —dijo él.

Ella soltó una risa y le desabrochó los primeros dos botones de la camisa mientras le besaba los hoyuelos. La mujer se movió un poco sobre el regazo masculino para tentarlo aún más.

Aaron gruñó de nuevo.

—Estás temblando, Aaron —dijo ella con un tono travieso.

—Y no es del miedo, créeme.

Las manos trémulas del hombre se posaron sobre la diminuta cintura de la chica.

—He imaginado cosas contigo, bartender. Muchas...

—No vayas por ese camino, Helena.

—En mi cama contigo, desnudos. Quiero ser tuya.

Helena se quitó los tacones y con movimientos muy sensuales comenzó a quitarse el vestido.

Aaron cerró los ojos, soltó un suspiro y se incorporó. La tomó de la mano para guiarla hasta la habitación.

—Juro que no tenía pensado esto, Helena. Solo buscaba una oportunidad para aclarar las cosas —dijo Aaron frente a la puerta.

—No te creo —le dijo ella, se puso de puntilla y lo besó—. Pensaste en sexo desde que me viste en esa fiesta.

—Seré sincero, sí, quería tu trasero.

El bartender puso música suave tan pronto entraron a la habitación.

Helena buscaba sortear los nervios mirando las fotos colgadas en la pared.

—Se ve que te admiran —dijo ella cuando vio a Aaron frente a un grupo de niños.

—A la hora de imponer disciplina y controles ya no me quieren tanto.

El bartender le pidió un minuto, salió de la habitación y trajo una botella de vino con dos copas. Vertió el líquido y le extendió una copa a Helena.

—Por nosotros, Helena Lowell, por esta nueva oportunidad que nos brinda la vida.

Chocaron sus copas y tomaron.

—Hasta el fondo, cariño —le dijo él y tan pronto Helena completó la hazaña el bartender volvió a llenar la copa.

—Quieres embriagarme.

Aaron le quitó la copa de la mano para dejarla sobre la cómoda. La abrazó por la cintura y la besó. Luego con manos ágiles le fue desabrochando el sostén para dejar al descubierto esos hermosos pechos que tanto lo enloquecían. El bartender no dejaba de admirarla.

Quería que ella se relajara para que disfrutara tanto o más que la primera y única vez que lo habían hecho en Bahamas. En cambio, Helena tiritaba ante las caricias del hombre. El bartender le acarició los pechos despacio hasta que Helena cerró los ojos entregada al placer que le brindaba el bartender.

—¿Te gusta?

—Mucho —dijo ella con su voz ahogada.

Luego el hombre se hizo camino por el vientre hasta alcanzar la braguita de encaje. Se la quitó despacio para retrasar la tortura. En ese momento sintió que su miembro se inquietaba. Pensó en otras cosas menos placenteras para retrasar el anhelo de poseerla.

Acomodó a Helena en el borde de la cómoda para que se apoyara, pues sabía que después apenas podría sostenerse. Mordisqueó el monte de venus y con dedos amables entró dentro de ella.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, mucho —dijo ella aún con los ojos cerrados y relamiéndose por el disfrute.

Aaron poseyó su botón de placer con desespero hasta que la sintió jadear y gritar su nombre. Le daría más placer hasta que no fuera capaz de sostenerse. La necesitaba rendida y anhelante para cuando entrara en ella.

—Aaron, me fascina lo que me haces.

El hombre sonrió, pues sabía que el sexo era uno de los goces más extraordinarios de la vida y estaba feliz de que ella pudiera disfrutarlo.

Se incorporó para desnudarse. Era su momento de placer. Sintió que la mirada de Helena se clavaba en su miembro erecto, listo para el disfrute. Ella intentó acariciarlo, pero Aaron sabía que si dejaba que ella se saliera con la suya, no podría esperar. El deseo bullía en su interior.

—En la próxima, Helena —dijo él con voz ronca—. No soy capaz de esperar. Demasiado tiempo sin tenerte.

De forma instintiva Helena abrió las piernas para recibirlo. Aaron estaba enfebrecido de deseo y hasta el tono oscuro que habían adquirido sus ojos delataban su necesidad. Aaron procedió despacio, jugando con la entrepierna de la mujer, desatando su necesidad.

—Me encanta, Aaron.

El hombre retardó un poco su embestida hasta que la mujer lo atrapó con sus piernas. Tan pronto sintió que ella estaba lista empujó una vez, otra y otra más. Miró el rostro de su amante. Helena estaba poseída por el éxtasis.

—Helena Lowell, eres mía. Mi mujer. Te amo.

—Soy tuya, Aaron. Tuya para siempre. Yo también te amo.

Aaron le dio todo el placer que fue capaz hasta que Helena terminó rendida sobre la cómoda. Ambos intentaban ralentizar sus respiraciones. Sonrieron entre sí cuando comprobaron que se pertenecían.

Sus cuerpos sudorosos y su alegría permanente era la mayor evidencia de que se habían encontrado.

## Capítulo 15



Aaron Smith enjabonaba la espalda de su amante después de hacer el amor por segunda vez. Esa noche disfrutaron de un maratón amoroso durante el cual la mujer se esmeró en darle placer con su boca hasta provocar que el bartender implorara por piedad.

La chica no se mostró remilgosa en ningún momento, más bien se sorprendía a medida que iba descubriendo el cuerpo masculino de su amante. ¿Acaso el vikingo no se había ocupado por complacerla? Con manos ágiles recorrió por entero el cuerpo masculino hasta quedar extasiada con la excitación del bartender. Ocasión que a él le produjo un inmenso placer.

Ahora, bajo la ducha, el hombre la miraba hechizado.

—Múdate a mi apartamento —le ofreció Aaron cuando le acarició las caderas—. No podría dormir en las noches pensando en tu cuerpo, Helena. Tus pechos, ese trasero tan atractivo...

Ella le pegó un manotazo en el pecho mientras se reía.

—Exagerado.

—¿No quieres jugar conmigo? —Él se acarició el miembro con descaro y ella lo acompañó.

—Sabes que me encantaría —admitió Helena con picardía.

Obvió decirle lo de su admisión a Columbia para no empañar el momento. Ya habría una oportunidad para que acordaran cómo llevarían la relación, en caso de que ambos desearan continuar.

—Entonces, quiere decir que te mudas conmigo, Helena.

—Prometo pensarlo.

Aaron la besó de nuevo. Ninguno de los dos quería que ese tiempo

acabara, por eso fueron incapaz de pronosticar la grave tormenta que se acercaba.

Linda y Helena desayunaban en un café cercano al apartamento. Era domingo y ese día habían planificado visitar a la abuela Gertrudis y luego ir de compras.

—Qué bueno que todo acabara bien, Helena —dijo Linda.

La mujer se notaba un poco apagada.

—Sí, Aaron me contó detalles de su vida que me hicieron comprender.

—Así que ya podemos decirle al polaco que desista de investigarlo —dijo Linda y Helena asintió—. Mañana mismo lo llamo.

—¿Y tú? No te noto muy bien, Linda.

—Anoche dejé a César.

—¿Por qué?

—Es complicado mantener una relación en estas condiciones. —Linda jugó con las tostadas. No tenía apetito—. Creo que lo mejor es que nos mantengamos como amigos.

—¿Estás realmente segura?

—No, pero no voy a retroceder. Ya tomé la decisión y él la acató. Me parece que sintió un poco de alivio. Un buen revolcón no es una relación. Se necesita un poco más que cama y buen sexo. César es increíble como amante, pero los dos sabemos que eso no es suficiente. El no va a dejar su trabajo, yo no me voy a ir a vivir en un barco, así que para que jugar con las emociones e ilusionarse.

Helena hizo un mohín de tristeza. En principio ver a Helena emocionada y feliz le dio mucha alegría.

—Pero no voy a morir —dijo Linda.

—Nadie se muere de amor —dijeron al unísono y sonrieron. Era lo que siempre decían.

—¿Y le dijiste al bartender que en dos semanas te vas a Columbia?

Helena jugó con el removedor de su café.

—No fui capaz. Anoche fue mágico y temí que no lo entendiera.

—Tienes que decírselo, Helena.

—He pensado desistir de ir a Nueva York.

—¿Estás loca? ¿Vas a perder una oportunidad como esa?

Ambas se mantuvieron en silencio.

—¿Y si no lo entiende? ¿Y si al igual que tú decide que no quiere una relación a distancia? Son cuatro años de estudios, Linda. Aaron tiene treinta. Querrá que formemos una familia, hijos...

—El bartender puede querer todo eso, pero aquí lo importante es lo que quieras tú, Helena.

—Lo quiero a él, pero también sé que Columbia es importante.

—¡Qué dilema! Encuentras el amor y la posibilidad de tu realización profesional al mismo tiempo.

—No quiero pensar eso. Por cierto, recuérdame que mañana debo asesinar a Henry. Es un traidor.

—Más bien deberías besarlo. Si no te deja tirada en esa fiesta no estarías ahora suspirando y recordando todas las cosas ardientes que hiciste anoche con el bartender.

—¡Linda! —Helena miró a su alrededor para ver si los comensales cercanos habían escuchado.

Su hermana mayor sonrió traviesa.

**A**aron entró al bar a media tarde silbando la canción de Parrell Williams, Happy. Mickey lo miró extrañado. El bartender acababa de ir a la barbería y utilizaba sus gafas estilo aviador. Lo invadía un nuevo aire de alegría y sensualidad.

—Hacía tiempo que no te veía así, hermano —le dijo Mickey.

—Funcionó —le dijo Aaron al señalar a su amigo con el dedo índice—. Tu técnica funcionó y logré conquistarla.

—No sabes cuanto me alegra escuchar eso, Aaron.

—Estoy enamorado, Mickey.

Abrazó a su amigo e intentó cargarlo, pero Mickey era un peso pesado.

—Ya lo veo.

—Le propuse que viviéramos juntos y prometió que lo pensaría.

—¿No le pediste matrimonio?

El bartender se detuvo, pensando que tal vez había sido un error su propuesta.

—Bueno, acabo de divorciarme y ella acaba de cancelar una boda hace unos meses. Pensé que lo mejor era que viviéramos juntos por un tiempo.

—Aaron, por lo que me has contado de esa chica, ella querrá matrimonio.

Mickey hizo una seña con sus dos dedos sobre la palma de su mano simulando a alguien caminando.

—Un camino al altar —dijo el cubano—. Con ramo de novia, cola, papá, mamá, padrinos... y lo más sabroso, luna de miel. Las bodas deberían resumirse a la luna de miel.

—Eres incorregible.

—¿Tú no crees? Para hacerle el amor a una mujer no hay que tener tanto protocolo. Te dice que sí, te esmeras, la amas y decides si vives con ella o no.

—¡Qué extraño! Si mal no recuerdo, creo que te casaste con Maggy por la iglesia a los tres meses de noviazgo, yo fui el padrino. Sí, ya lo recuerdo —dijo Aaron en tono de burla.

—Ya tú sabes cómo es Maggy. Jamás me hubiera permitido que lo hiciera de otra forma. Pero tú deberías ir pensando casarte con esa chica, luna de miel, un nuevo apartamento...

—¿Nuevo apartamento? —preguntó Aaron.

—Bueno, tal vez ella quiera otro vecindario. ¿No me dijiste que tiene dinero? Su padre es un abogado renombrado. Creo que querrá vivir en Bal Harbor.

—Claro que no. Helena no es así.

—Ojalá y me equivoque.

Esa noche el bar se llenó de un gentío descomunal, así que Aaron apenas tuvo tiempo de comer algo ligero, enviarle un mensaje a Helena y retornar a su puesto.

Cerca de las diez de la noche llegó el equipo de fútbol del cual Theo era el capitán. El vikingo entró fanfarroneando, con mucha coca en la cabeza y poca consciencia de lo que hacía. Acompañado por seis de sus compañeros, cuya corpulencia amedrentaba a los presentes. Theo caminó hasta la barra.

—Aquí está el más traicionero de los amigos —gritó el vikingo.

Aaron apretó los dientes.

—El que se acuesta con mujeres ajenas.

La vergüenza se extendió por el rostro del bartender. Algunas parejas comenzaron a abandonar el lugar.

—Dime qué quieres que te sirva y vete —dijo Aaron.

Theo soltó una carcajada y su séquito de alcahuetes lo siguió.

—¿Cómo te va con la zorrita que deseché?

Aaron apretó los puños.

—Mira que solo le gusta la posición de misionera —añadió el futbolista.

Los demás miembros del equipo se mofaban. Mickey observó a Aaron, preocupado. Eso no acabaría bien.

—No grita, no gime, solo finge —siguió mofándose Theo.

Aaron apoyó sus manos de la barra y de un solo brinco la saltó. Tomó al vikingo de la camisa. Hubo un careo inicial que los demás miembros del equipo respetaron, pero al final como viles cobardes le pegaron al bartender y destrozaron el local.

—¡No, Mickey! —le gritó Aaron desde el suelo a Mickey cuando lo vio

sacar un arma de fuego—. Estos infelices no valen que vuelvas a la cárcel.

De todas formas, cuando el cubano se sintió amenazado, haló el gatillo y disparó dos veces contra Theo. Luego una tercera bala alcanzó a otro de los jugadores. Los demás salieron corriendo despavoridos.

Mickey socorrió a Aaron. El bartender intentaba recuperarse de los golpes que recibió en su rostro, en el estómago y en la cabeza. Al final quedó inerte en el suelo, inconsciente. Theo gritaba de dolor en el piso, pero no podía moverse. En cambio, el otro jugador yacía muerto al pie de la barra.

Unos minutos más tarde se escucharon las sirenas de la policía. Cuando llegaron los agentes, el cubano levantó las manos. Aún tenía el arma de fuego en las manos.

## Capítulo 16



**H**elena estaba intranquila. Era casi medianoche y Aaron no había contestado su último mensaje. Estaba con su hermana viendo su serie favorita y comiendo helado en la sala del apartamento de Linda.

—Está bien —le decía Linda—. Tal vez el bar está lleno y ni ha visto el mensaje.

Helena intentó calmarse, pero en eso recibió una notificación de última hora del periódico local. “Tiroteo en un bar de Miami Beach deja dos hombres heridos y uno muerto. La policía cree que el lugar se utilizaba para lavar dinero, puesto que su dueño estuvo involucrado en problemas de tráfico de drogas en el pasado”.

Tuvo una mala premonición y llamó al celular de Aaron, pero salió la contestadora.

—Linda, creo que pasó algo.

Le dijo a su hermana lo que acababa de leer cuando llegó una segunda alarma al celular: “En el tiroteo del Lemon Club resultó herido la superestrella del fútbol de Estados Unidos, Theo Harding y uno de los dueños del negocio, Aaron Smith”.

El camino al hospital se le hizo eterno a Helena, pese a que Linda intentaba avanzar. Cuando lograron llegar a urgencias no le permitieron pasar. De primer intención Helena suplicó, pero cuando el pánico se apoderó de ella gritó y amenazó, hasta que Linda logró calmarla. Le hizo ver que esa ruta era equivocada, el personal de seguridad se empeñaría en no permitirle la entrada.

Al lugar llegaron los padres de Theo, quienes al ver a las hermanas Lowell se acercaron. Sofia Harding gritaba mientras Imanol, su marido intentaba calmarla.

—¡Por tu culpa! —Sofía acusó a Helena.

Linda intervino.

—Helena no tiene la culpa de que Theo sea un imbécil.

—Esta es tu maldita venganza por no casarse contigo.

—Señora, no hable de lo que no sabe —le advirtió Linda.

El personal de la recepción del hospital dejó pasar a los Harding. La prensa comenzaba a agolparse frente a la entrada de urgencias. Las Lowell evitaron que las vieran. Era cuestión de que uno de los medios identificara a Helena para que corrieran los rumores. Linda buscó entre los contactos de su celular. Brian Kendall le debía favores a su padre. Ese hombre era director del hospital.

Tan pronto escuchó la voz angustiada de Linda, le prometió trabajar con el asunto. Minutos más tarde, una de las enfermeras de turno permitió que pasaran, pero que aguardaran en la sala de urgencias.

—¿Es tu esposo? —preguntó la enfermera.

—Sí, es su esposo —intervino Linda. De otra manera no dejarían pasar a Helena—. La pobre está muy nerviosa y no es para menos.

Al final la enfermera escoltó a Helena hasta el cubículo en donde el bartender yacía sobre una camilla. Tan pronto lo vio tuvo intención de abrazarlo, pero las contusiones en su rostro y en sus brazos la detuvieron.

—Aaron...

—Helena. —El bartender apenas podía abrir sus ojos. Estaba tan desfigurado que Helena no pudo evitar la conmoción que le provocó verlo así.

—No hables. Quieres agua.

—No. —Él buscó su mano—. Averigua qué le hicieron a mi socio.

—Primero debemos procurar que estés bien.

—Mickey me salvó la vida, Helena. Lo volverán a encerrar.

—Quédate tranquilo, cariño. Todo va a resolverse. —Helena le besó la frente. Ocultaba sus lágrimas lo mejor que podía.

En ese momento Natalie Smith entró al cubículo. Helena se apartó. No la

conocía, pero por su llanto intuyó que era la madre del bartender.

—Aaron, ¿qué te han hecho?

—No te angusties, madre —dijo Aaron.

Natalie procuró limpiarle la sangre del rostro con un pañuelo desechable. En ese momento la enfermera entró.

—No pueden estar con el paciente mucho tiempo.

—Yo saldré para que la señora se quede.

—Tu debes ser Helena —dijo Natalie.

—Sí.

—Yo soy Natalie, la madre de Aaron. Mucho gusto.

Ambas se dieron un beso y se abrazaron. La enfermera miraba la escena y pensaba: «Es la esposa del tipo y hasta ahora no había conocido a la suegra. Este mundo se está acabando».

—Es un placer para mí —dijo Helena.

—Que pena que nos tengamos que conocer en esta situación —comentó Natalie.

—Una de las dos debe salir —recalcó la enfermera.

Helena le dio un beso a Aaron, le dijo que estaría en la sala de espera y abandonó el cubículo.

—Es más bella de lo que me la imaginé, hijo —le dijo Natalie con su rostro sonriente.

—Hermosa —dijo Aaron, pese al inmenso dolor que lo poseía.

«Es un hombre enamorado», pensó la enfermera y cerró la cortina con cara de incredulidad.

**L**as hermanas Lowell procuraron información acerca de la condición de Theo, pero los protocolos hospitalarios le dificultaron su propósito. Lo poco

que supieron fue a través de la prensa. Según los periodistas el jugador de fútbol se debatía entre la vida y la muerte en el quirófano. Había rumores de que uno de los proyectiles se había alojado en su columna vertebral.

Helena se abrazó a su hermana mayor en la sala de espera. Tenía mucho resentimiento contra Theo, pero jamás le hubiese deseado lo ocurrido. De tan solo pensar que el vikingo nunca más podría jugar fútbol la llenaba de mucha tristeza.

Una hora más tarde se presentó al hospital una mujer morena demandando que la dejaran ver al bartender.

—¿Quién es usted, señora? —preguntó la enfermera, confundida.

—Mi nombre es Melisa Carter, soy la esposa del paciente Aaron Smith.

Helena y Linda se miraron sorprendidas. La enfermera resopló.

—Mire, señora Carter, el paciente ya recibió la visita de su esposa, así que no puedo permitirle que entre. Lo siento.

—La única esposa del señor Smith soy yo.

La enfermera miró hacía el espacio que ocupaban las hermanas Lowell. La fotógrafa se guio por su mirada para dar con las dos mujeres. Iba entendiendo de lo que se trataba.

—Arreglen sus asuntos —dijo la enfermera, resignada—. Pero le recuerdo que están en un hospital y que, si tienen un escándalo, llamaré a seguridad. — La mujer negra y regordeta se arregló su uniforme, resopló y se perdió por el pasillo.

Melisa intentó contener la rabia, pero su orgullo la impulsó a buscar respuestas, así que caminó hacía donde estaban Linda y Helena.

—¿Quién de ustedes se hizo pasar por esposa de Aaron? —preguntó Melisa con sus dientes apretados.

—Fue una confusión de la enfermera —dijo Linda.

—Fui yo —dijo Helena y se levantó para enfrentarla.

Melisa Carter observó a la chica daiquirí con desprecio. Esa mujercita no se podía medir con su cuerpo curvilíneo producto del gimnasio ni sus ojos color ámbar, que tanto enloquecían al bartender. La fotógrafa soltó un bufido

de tan solo pensar que Aaron se pudiera estar acostando con una mujer tan insípida como aquella.

—¿Tú eres la que lo entretiene? —preguntó Melisa con desprecio.

Linda se incorporó para unirse a su hermana menor. Era su rol desde que tenía uso de razón. Cuando los niños molestaban a Helena en la escuela primaria por sus ganchos en los dientes era Linda quien salía en su defensa. Esta vez estaba dispuesta a batallar con aquella piraña.

—Piensa lo que quieras —dijo Helena con una paz pasmosa, que sorprendió a Linda.

¿De dónde su hermana sacaba ese temple? De esa misma forma había actuado con Theo cuando el vikingo la plantó. No perdió el control en ningún momento, aunque cuando el futbolista dejó la casa de Nancy Preston para montarse en su Alfa Romeo último modelo, Helena se derrumbó en los brazos de Linda.

Ahora la veía igual, con una fortaleza increíble, pese a toda la adversidad que había venido sobre ella.

—Yo soy la esposa —dijo Melisa con una enorme sonrisa.

—La exesposa. Hace casi una semana que se divorciaron —dijo Helena.

—De todas maneras, tengo más derecho de estar aquí. Estuvimos casados cinco años. ¿No te lo dijo?

—Claro, también me dijo que lo abandonaste en el peor momento de su relación.

Melisa cerró los puños para contener su ira.

—No vas a quedarte con él —dijo Melisa.

—Eso lo tendrá que decidir Aaron.

—¿Piensas que puedes competir con una mujer como yo? Mírate, eres muy poquita cosa para Aaron.

Linda soltó una carcajada. ¿De dónde había salido aquella mujer tan imbécil? ¿Del mundo Kardashian?

—Querida, insiste con la enfermera para que te dejen verlo —le dijo Linda—. Tal vez se alivie con una mujer con tanta presencia e inteligencia.

—Son dos idiotas —dijo Melisa—. Lo único que les diré es que ese hombre que está allá adentro me pertenece y tú —se dirigió a Helena—, mosquita muerta, no podrás quitármelo.

Helena soltó un suspiro de hastío. En eso Natalie Smith, la madre de Aaron, salió. Su rostro se transformó cuando vio a Melisa. Se acercó con su rostro preocupado. Mejor que nadie sabía lo problemática que era esa mujer.

—Natalie —se abrazó a la madre de Aron, pero Natalie se quedó inerte—, dime que Aaron está bien.

—¿Qué haces aquí, Melisa?

—Vine a verlo tan pronto supe la noticia. Dicen que los golpes...

—Aaron se va a recuperar —aseguró Natalie con una frialdad que sorprendió a las hermanas.

Era evidente que la relación entre suegra y nuera era nula.

—Quiero verlo —demandó Melisa.

—No creo que le haga bien.

—Natalie, tú bien sabes lo mucho que quiero a Aaron.

—Si eso fuera verdad, no te hubieras marchado con tu amante a Sudáfrica.

Melisa tuvo intención de defender, pero cerró la boca antes de emitir cualquier comentario.

«Eso es lo que yo llamo una súper mamá», pensó Linda. «Esta mujer no conoce la palabra dignidad», pensó Helena.

—Es mejor que te vayas, Melisa —dijo Natalie con una firmeza apabullante.

—Te ruego que me dejes verlo.

—Y yo te ruego que te vayas. Entiende que el hombre que está allá adentro ya no tiene ningún vínculo contigo. Recoge la poca dignidad que te queda y vete.

Melisa abrió la boca, sorprendida, se llenó de indignación, miró a Helena en claro desafío y se marchó.

Natalie soltó un suspiro de alivio.

—Siento la escena que han tenido que presenciar —se disculpó Natalie.

—No se preocupe —dijo Helena—. Ella es mi hermana mayor, Helena.

Las mujeres se saludaron con un apretón de mano.

—Aaron está preguntando por ti, Helena —dijo Natalie.

—Ve —dijo Linda y Helena se encaminó al interior de la sala de urgencias.

—Es una tragedia todo lo que ha ocurrido —mencionó Natalie cuando ocupó un asiento al lado de Linda.

—Sí, muy lamentable.

—**E**l arma de fuego está registrada a nombre del dueño del bar —le decía un policía a otro—. El cubano no quiso soltar prenda, pero está registrada a nombre de Aaron Smith.

—¿Y cómo el tipo tuvo acceso a ella? —preguntó el otro.

Ambos estaban en la estación de policía de Miami Beach. Mickey García permanecía encerrado en una celda en espera de que fuera procesado. Maggie Gutiérrez, su esposa, demandaba verlo.

—Gringos —decía la cubana—, yo soy ciudadana de este país hace diez años. Déjenme ver a mi marido.

Los policías ignoraban sus demandas.

—Llama a homicidios —dijo uno de los policías—. Son las tres de la mañana y ya mi turno finalizó. Que ellos se encarguen.

El oficial arrastró los pies hacia su cubículo.

Mickey García estaba recostado de la pared en la celda contabilizando los años que pasaría en la cárcel. Perdería todo, pero no hubiese podido vivir en paz sabiendo que no hizo nada por defender a Aaron. Recordó la vez que el bartender arriesgo su vida en la cárcel por salvarlo de una paliza en las duchas de la prisión. Trifulca que de seguro hubiera terminado con una

violación en grupo. Así se arreglaban las cosas en el interior de aquel inframundo. La habilidad del bartender y su gran obstinación por vengar la injusticia, lo libraron de la muerte.

Aaron no se merecía menos de lo que acababa de hacer por él. Pensó en su hijo, Manuel, y en el próximo que venía en camino. Maggie era una mujer fuerte, pero no estaba seguro de si podría afrontar lo que vendría.

**H**elena y Linda visitaron fiscalía después de dejar el hospital esa mañana tras una petición de Aaron para que indagaran sobre los pormenores del caso de Mickey García. El fiscal pretendía enjuiciar al cubano por asesinato en primer grado con agravantes e intento de asesinato por el caso de Theo. Eso en caso de que el vikingo se recuperara, sino Mickey cargaría con dos asesinatos. Cargos que supondrían cadena perpetua.

Pero las hermanas Lowell conocían cómo se manejaba el sistema judicial.

—Deberíamos de llamar a papá —dijo Linda.

—Sí, claro. ¿Cómo le vamos a explicar? Te recuerdo que Theo está implicado.

—Mejor aún. Él odia a Theo. Lo va a entender.

—Son las seis de la mañana. Debe estar estudiando cualquiera de los casos en su biblioteca.

—¿Quieres ayudar a Aaron y al tal Mickey? Robert Lowell tiene que venir a este bendito lugar de inmediato. Déjalo en mis manos.

Linda salió al pasillo y cuarenta y cinco minutos más tarde la enorme corpulencia de Robert Lowell cruzaba la puerta de entrada. Desde los alguaciles, los fiadores, hasta el fiscal se alinearon al verlo. Es que su presencia, pese al peluquín, era imponente.

Helena se acercó para saludarlo.

—Luego hablaremos tú y yo, cariño —le dijo Robert con frialdad—. Déjame enmendar este sistema de justicia que es tan injusto.

Linda y Helena se fijaron en que su padre caminó hacia el escritorio del alguacil, colocó su maletín sobre la superficie y sonrió.

—Rober Lowell, soy el abogado de Mickey García en esa malintencionada acusación que pretende hacer el fiscal de este estado... — Robert se giró para mirar al fiscal. Era un tipo espigado, que se notaba bastante inseguro—. ¿Cómo se llama, fiscal?

—Brandon Lewis.

El alguacil gestionó que Robert pudiera entrar a ver al acusado. Mickey García permanecía esposado de pies y de mano. El abogado solicitó que le quitaran las esposas.

—Es peligroso —dijo el alguacil cuando entraron al cuarto de interrogatorio.

—Es mi cliente. No va a atentar contra mí.

Robert se le acercó a Mickey y se fijó en que las esposas de sus manos comenzaban a dejarle cardenales.

—Este hombre, al que la justicia de este país acusa injustamente, tiene derechos —dijo Robert—. Derechos que yo voy a defender.

Tan pronto el fiscal dejó la habitación Robert Lowell se sentó frente a Mickey.

—¿Quién es usted? —preguntó el cubano.

—Soy tu abogado, a menos que quieras pasar el resto de tus días en la cárcel. Mi nombre es Robert Lowell. Te aseguro que no te dará la vida para pagarme, pero tienes un amigo en común, Aaron Smith.

Mickey se relajó. ¿De dónde diantre Aaron había conocido a ese hombre tan imponente?

—Conseguiré una fianza que puedas asumir para que hoy mismo vayas a tu casa, pero quiero toda la verdad, cubano, porque si me mientes pediré que te sienten en la silla eléctrica. La verdad te libera, la mentira te mata. ¿Entendido?

Mickey asintió y le relató al abogado los hechos según como habían sucedido. Luego Robert le pidió a Linda que activara el protocolo de

evidencias y así las hermanas Lowell lo hicieron. Ellas sabían muy bien los métodos de Robert.

A media mañana Mickey García dejaba la sala del juez abrazado de su mulata. Tendría que enfrentar un juicio contencioso, pero Robert Lowell estaba seguro de que el hombre saldría bien. Era cuestión de probar, fuera de toda duda razonable, que el cubano actuó para defender la vida de su socio.

Lo que más le preocupaba a Robert era ese vínculo repentino de Helena con el bartender.

## Capítulo 17



Una semana después Aaron se iba recuperando de los golpes, aunque las secuelas todavía estaban presentes en su rostro. Entre él y Mickey intentaban poner en orden el bar. Los destrozos eran considerables y las reparaciones tardarían porque el seguro tomaría varias semanas para reembolsar.

El bartender y el cubano decidieron poner parte de sus ahorros para poner en pie el bar. Los rumores en las redes y en la prensa eran que Theo Harding no recuperaría la movilidad en sus piernas debido al daño en su columna. Un dato que le provocó pesar a Aaron. El vikingo había sido su amigo.

—El padre quiere conocerme un poco mejor —le decía Aaron a Mickey mientras reparaban la barra.

Entre tanto, Murray dormía una siesta con su panza al aire en la alfombra de entrada.

—Ese hombre es imponente, Aaron —dijo el cubano—. Hasta el juez se veía temeroso cuando el tipo me defendía.

—Aprovecharé para hablar también sobre el costo de tu defensa.

—Maggie y yo hipotecaremos la casa para pagarle.

Aaron se detuvo en seco.

—No permitiré eso, Mickey.

—Ya está decidido.

—Escúchame, no voy a permitir que arriesgues el techo de tus hijos.

Mickey bajó la cabeza. Estaba preocupado por el porvenir de su familia.

—Hablaré con Robert Lowell para que nos haga un plan de pago.

—Ese hombre cobra una millonada, Aaron.

—Buscaremos la forma.

—Encárgate primero de sobrevivir a esa cena.

Aaron sonrió. Si era sincero consigo mismo esa cena lo tenía bastante ansioso, aunque durante los días que habían transcurrido Helena le había asegurado que su padre había tomado la noticia con bastante aceptación. El bartender estaba seguro de que si Robert Lowell descubría que su hija dormía todas las noches en su apartamento y que jugaban hasta que salía el sol, se encargaría de que lo lamentara.

“Por favor, no des más información de la necesaria”, le había dicho Helena. “Robert es muy suspicaz”. Así que Aaron tenía preparadas todas las posibles preguntas para enfrentar el interrogatorio del ex fiscal del estado.

—¿Cuándo vas a decirle que en una semana viajas a Nueva York? —le preguntó Linda a su hermana.

Ambas estaban en el despacho junto a Henry, quien ese día tenía puesto los audífonos mientras transcribía una ponencia frente a su escritorio.

—Hoy, después de la cena —dijo Helena con su rostro apesadumbrado—. No quiero irme, Linda.

—¿Quieres que Robert Lowell los mate a ambos? —le preguntó su hermana.

Helena soltó un suspiro mientras ponía al día los archivos. Su hermana en cambio buscaba una dirección en el directorio manual.

—Creo que no resistiré la distancia. Apenas acabamos de empezar.

—Sé que están de luna de miel —le dijo Linda cuando se le acercó para que Henry no las escuchara—, pero esa novedad del sexo pasará. Tienes que pensar en tu futuro y en la gran oportunidad que se te presenta.

—Lo sé —se lamentó Helena.

Estaba en la peor encrucijada de su vida. Por una parte, quería permanecer

junto a Aron para vivir a plenitud su relación, pero por otro, no quería perder la oportunidad de ingresar a la escuela de leyes de Columbia.

—¿Estamos listos para la cena de esta noche? —En ese momento Robert Lowell entró al despacho acompañado por Dimitri.

—Su padre acaba de adquirir un rifle —dijo Dimitri—. Lo ha bautizado como el caza bartender.

Helena resopló ante las bromas de mal gusto del viejo.

—Dimitri, no las asustes —dijo Robert—. Si el hombre se pone difícil, lo invitamos a pescar. Con toda probabilidad se cae por la borda después de beber whiskey.

—Suenan bien esa cuartada —comentó Dimitri.

—Con esa cuartada perderían el caso —dijo Linda y se encaminó a su lugar de trabajo.

—Linda, asegúrate de incluir a mamá en la cena —dijo Robert antes de caminar a su oficina.

Dimitri se mantuvo en la recepción observando a Helena.

—Es broma, Helena. No lo tomes tan mal —dijo el viejo—. Acaban de confirmar en las noticias que Theo no podrá caminar nunca más.

A Helena se le cayeron los expedientes de las manos ante la impresión.

—La policía declaró que él y sus compañeros fueron a ese bar después de consumir suficiente cocaína como para provocar lo que hicieron. No me alegro, pero Theo iba por un camino equivocado. Qué bueno que te libraste de él. Asegúrate de que el bartender sea un poco mejor que el vikingo.

**A**aron daba vueltas en su habitación de un lado a otro. Intentaba parecer sereno ante los ojos de Helena, pero no lo estaba. No todos los días se enfrentaba al padre de la mujer amada. Se aseguró de dejar su rostro liso cuando terminó de afeitarse, peinar su cabello rebelde con cuidado, tener los dientes limpios, buen perfume, la corbata derecha, los zapatos lustrosos, las

yuntas adecuadas, su mejor reloj...

—Estás perfecto —le dijo Helena cuando lo besó—. Robert Lowell no tendrá argumento.

—Tu padre debe saber hasta mi número de pasaporte, Helena —dijo él con el rostro tenso. Se miró por décima vez al espejo y soltó un suspiro.

—Relájate...

Tenía que lograr que Helena saliera de la habitación, pues planificaba entregarle un anillo cuando salieran de la cena y la llevara a beber una copa en alguno de los bares de Ocean Drive.

—Cariño, ¿puedes salir un minuto?

—¿Por qué me pides eso? —le preguntó Helena entre risas mientras el hombre la empujaba hacia la puerta.

—Necesito hacer mi última concentración para relajarme.

—No te creo.

Aaron la besó para premiarla y cerró la puerta. Se recostó, soltó un suspiro y buscó en el último cajón de la cómoda la caja de color verde. La abrió y ante sus ojos se develó un solitario de oro blanco con una perla rodeada de pequeños diamantes. Era perfecta para la mano de Helena. Lo supo desde que fue a la joyería. Se lo pediría esa noche. Estaba seguro de que esa mujer sería ideal para vivir con ella. No importaba si tan solo llevaban pocas semanas. Quería que fuera su esposa.

Posiblemente Helena le pediría tiempo para preparar una boda, pero ese anillo representaba su intención de mantener una relación seria con ella y no simplemente el placer y el goce que disfrutaban en la cama.

Recordó su último encuentro, esa bruja lo había cabalgado sin piedad, pese a que él intentó retrasar el placer. Cuando logró poseerlo con su cuerpo enfebrecido había sonreído con malicia. De tan solo recordarlo sentía una punzada de excitación, unas ganas tremendas de mandar la cena al diablo para meterla en su cama y enterrarse en ella hasta quedar casi muerto, pero satisfecho.

—Aaron, Robert Lowell odia la impuntualidad —escuchó a Helena del otro lado de la puerta y se apuró para esconder el anillo en el interior del

traje.

Se miró al espejo y caminó a la puerta.

—Vamos a enfrentar el juicio —dijo él.

—Verás que sales inocente y hoy mismo te dan la libertad —dijo ella siguiéndole el juego.

Aaron no pudo evitar acariciarle el trasero cuando discurrían por el pasillo.

—Me conformo con que no me priven de ese magnífico trasero.

Ella le golpeó la mano para que desistiera, pero Aaron era pertinaz, aún cuando esperaban el ascensor el hombre mantenía sus caricias descaradas.

—Buenas noches —la voz de Greta Watson a sus espaldas los paralizó.

Recobraron la compostura de inmediato y se separaron con disimulo.

—Buenas noches, señora Watson —dijo Aaron.

—Están muy guapos —dijo la anciana—. Espero que hoy le pidan la mano, señorita Lowell.

Helena ocultó la mirada y Aaron sonrió divertido.

—Qué tengan una linda noche.

La mujer cerró la puerta y Aaron y Helena estallaron en risa. Tuvieron suerte cuando las puertas del ascensor se abrieron en ese momento y pudieron escabullirse.

**R**obert Lowell tenía ante sí el pedigrí de Aaron Smith. Le había extrañado la ligereza con que el polaco le había provisto los datos. En tiempo récord Jareke Sikorki le brindó los pormenores de una vida bastante desordenada, pero que el tiempo y los golpes habían logrado madurar. Siempre acudía a su amigo cuando quería indagar sobre algo y siempre indagaba a los hombres que osaban en pretender a sus hijas. Lo mismo había hecho con el cirujano, pero ese crápula se echó a perder en el camino. Todavía

no le perdonaba que hubiese engañado a Linda. La pobre parecía que no se recomponía de esa separación. La compadecía, debía ser difícil tener veintisiete años y no poder disfrutar de una vida sexual plena, sin un compañero. Obvio, desconocía el idilio que tuvo su hija con el capitán de mar.

Analizó los datos del bartender, pero al final los descartó. Lo único que le preocupaba era que Helena tenía ante sí la mejor oportunidad profesional y esperaba que ese súbito enamoramiento no le afectara en su desempeño en Columbia.

En eso Dimitri entró en la biblioteca.

—Acaban de llegar —anunció el viejo.

Robert escondió el expediente en un cajón del escritorio y caminó a la puerta.

—¿Y qué tal? —preguntó Dimitri en relación a los documentos de Aaron.

—Es una joyita de la corona dijo Robert.

—¿Y con todo y eso le permitirás pretender a Helena?

—Cuando Helena se vaya a vivir a Nueva York tendrá otras posibilidades, Dimitri, y Aaron pasará a la historia. Esto es como los amores de verano de dos adolescentes.

Dimitri hizo un gesto de duda, pero no contradijo a su hermano.

**H**elena estaba un poco ansiosa. Cada vez que miraba a Aaron lo notaba inquieto, aunque intentaba disimularlo mediante su conversación con Linda. Suponía que el ambiente opulento, en combinación con el estricto protocolo impuesto por Scarlet, lo presionaban.

La realidad era que la mansión de Robert Lowell, ubicada en Coconut Grove, destilaba dinero y poder desde el portón de doble hoja que custodiaba la entrada. Sin dejar de lado las atenciones de Albert, el mayordomo, ni el cuidado de dos empleadas uniformadas, Dora y Bethany, quienes se esmeraban en el servicio.

Helena estaba sentada al lado de su abuela Gertrudis, a una distancia prudente de donde Linda y Aaron compartían de una simpática conversación. Obvio, Linda monopolizaba el diálogo y Aaron se limitaba a sonreír ante sus locuras.

—¿De dónde sacaste a ese hombre? —preguntó la abuela.

—Lo conocí en la boda de Adele —mintió Helena. No le haría una reseña de la noche en que conoció al bartender.

—Un poco más de un mes. ¿Crees que lo conocer bien como para permitir que te pretenda? En mis tiempos las mujeres nos dejábamos rondar por meses. Nos enviaban recados. Nos hacíamos difíciles de conquistar. ¿Tú sabes cuándo le di el sí a tu abuelo? Bueno, Gregory Lowell era terco como las mulas. A mí no me gustaba. Era demasiado robusto, trabajaba en el campo con su padre y actuaba a veces de forma burda. Mi padre no lo quería, pero Gregory era obstinado, rubio como el sol y pecoso. Al final le sonreí y me besó cuando salíamos de una clase bíblica. Se impuso y logró que mi padre le diera mi mano. Luego nos casamos y dejamos Maryland para vivir en Pensacola. Tu abuelo se esmeró en darme todas las comodidades y ser un buen padre. Después de todo, me fue bien, aunque nunca me sentí realmente enamorada. Me casé con la cabeza y no con el corazón. —La anciana bajó la cabeza denotando tristeza—. Tal vez por eso no las entiendo a ustedes

Helena la abrazó y le dio un beso en la sien.

—¿Amas a ese hombre? —preguntó Gertrudis.

—Con todo mi corazón, abuela.

—Nunca se lo digas. Los hombres abusan cuando saben que las mujeres los aman.

Helena sonrió, la noche anterior se lo había gritado cuando casi alcanzaban la cima. Declaración que había enloquecido al bartender. Como si supiera de lo que estaban hablando Aaron la miró a distancia y sonrió. Era tan guapo y varonil. Además, esos condenados hoyuelos y esa carita de niño travieso. ¿Cómo no amarlo?

—Estás perdida, Helena —le dijo la anciana y le palmeó la rodilla—. Te mueres por ese hombre. Así que solo me resta darte mi bendición y rogar porque sean muy felices.

La cena estuvo matizada por una nube de cordialidad e hipocresía que no permitió que los comensales abundaran en temas escabrosos. Comentaron el clima, lo atestada que había estado la playa durante la celebración del cuatro de julio, el final del Mundial de Fútbol, el último escándalo de las Kardashian y las más recientes metidas de patas de mister Trump.

Sonrieron, compartieron y se escrutaron, pero despacharon la cena sin mayor trascendencia hasta que Robert le pidió al bartender que lo acompañara a su biblioteca en medio del disfrute de un cordial.

Helena se inquietó, pero Linda le dijo en voz baja:

—No puedes evitarlo. Deja que Robert Papá ejerza sus buenos oficios.

—¿Harry tuvo que someterse a eso? —preguntó Helena.

—Mi exmarido no se recuperó de su conversación con Robert. Siempre me lo sacaba en cara en nuestras discusiones. Solía decirme que fue un gran sacrificio.

Helena se mordió el labio, preocupada.

—Al menos me aseguré de tener las llaves de la caja fuerte en donde guarda las armas —le dijo Dimitri cuando pasó por su lado mostrando un juego de llaves. Pero era mentira del viejo, lo hacía para fastidiarlas.

Scarlet bufó.

—Robert no pierde esa mala costumbre de no entender que ustedes son mujeres adultas —comentó la madrastra.

—Siempre serán sus hijas —dijo la abuela—. Todo padre, que quiera a sus hijas, buscará asegurarse de su bienestar.

Si Aaron Smith resistía aquel interrogatorio, tipo Estado Islámico, estaría apto para entrar al clan Lowell.

**R**obert le ofreció un vodka, trago que Aaron agradeció. Necesitaba relajarse. Luego, el abogado lo invitó a sentarse en una butaca frente a un imponente escritorio. El bartender se fijó en que el espacio era dominado por varias estanterías repletas de libros, una pared llena de reconocimientos y un rincón en donde se levantaba una mesa de ajedrez.

—¿Te gusta el ajedrez? —preguntó Aaron.

—Sí, solía jugarlo con mi padre.

Fue muy doloroso recordar una de las mejores épocas de su vida antes de que un par de ladrones acudieran a asaltar el garaje de gasolina que Edward Smith había visitado para comprar víveres esa fatídica noche, entre ellos, las roquillas preferidas de Aaron.

—Cuando quieras podemos disfrutar de un partido —dijo Robert y ocupó la butaca de cuero tras su escritorio—. No voy a cuestionar tu pasado. Tengo todo lo que necesito saber. —El abogado dejó caer el expediente sobre la superficie.

Para Aaron aquello no representó una sorpresa. Se había convencido de que un hombre tan sagaz investigaría hasta el número de su calzado.

—Imagino que pese a todo lo que dice aquí, Helena te ama sin importar las fallas. Eso está bien. Me preocupa el futuro y en eso quiero enfocarme. ¿Cómo van a llevar una relación neonata entre Miami y Nueva York?

Aaron frunció el ceño. No entendía a lo que Robert Lowell se refería. Se arrellanó en la butaca para captar lo que ese hombre pretendía comunicarle.

—Cuando Helena se vaya a la Universidad de Columbia a estudiar...

¿Helena tenía planificado estudiar en otro estado? ¿Qué se había perdido? ¿En dónde diablos estuvo cuando Helena mencionó ese hecho?

—Tendrán que ver cómo llevan una relación. No quisiera que ella se distrajera. ¿Me entiendes?

Aaron asintió sin poder salir de la consternación que lo dominaba.

—Yo...

—¿No me digas que no los sabías?

No era conveniente que Robert supusiera esas cosas.

—Sí, Helena, me había comentado —mintió para salvarla, aunque no se lo merecía.

Se sentía cabreado, herido, traicionado...

—¿No tienes problemas con que viajemos este viernes? Iré con ella para asegurarme de que escoja un buen lugar donde vivir.

«¿Este viernes?», pensó Aaron. La chica daiquirí dejaría Miami en siete días y no se lo había comunicado. ¿Qué pretendía? ¿Despedirse la noche antes cuando acabaran de tener sexo? Aaron tuvo que hacer acopio de dominio para no dejar a Robert con la palabra en la boca. Quería reclamarle a Helena, que le explicara mirándolo a los ojos qué pretendía con omitir un hecho como aquel.

Sintió que sus ilusiones se iban desvaneciendo. Pensó en el anillo que llevaba en el interior del traje, los sueños de que vivieran juntos, el pensamiento de buscar una nueva casa donde estuvieran más cómodos cuando llegaran los hijos. ¡Qué iluso! Lo que para él era un proyecto de vida, para Helena era la última aventura antes de irse a estudiar.

¿Por qué no se lo dijo y lo dejó hacer de payaso? El bufón que se arrodillaba ante ella para satisfacerla, el títere que temblaba bajo su cuerpo cuando lo cabalgaba, el imbécil que le decía te amo mientras la acunaba en sus brazos para que se durmiera.

—¿Quieres otro vodka? —preguntó Robert.

El abogado estaba seguro de que Helena no le había compartido sus planes al bartender. Eso solo podía suponer que para su hija aquel pobre infeliz era una aventurilla sin mayor trascendencia. Sonrió cuando se giró para servir el trago.

**H**elena observaba de reojo al bartender. Desde que dejaron la casa de su padre, luego de la inoportuna reunión de los dos hombres, intuyó que algo grave había ocurrido tras esas puertas. Aaron salió con la mandíbula tensa y

sus hoyuelos habían desaparecido para dar paso a un rictus furioso.

Incluso, cuando Helena intentó tomarle el brazo, el bartender se había apresurado para abrirle la puerta del auto.

—¿Estás bien?

—Tan bien como se puede estar después de conocer a una mentirosa.

Ella fue incapaz de descifrar a qué se refería el hombre, pero aún así se subió al auto. Ahora se fijaba en que Aaron tenía ambas manos sujetando el volante y no se giraba para mirarla.

—¿Qué te dijo mi padre?

—La verdad que me quisiste ocultar, Helena.

—¿De qué hablas?

Aaron se desquitaba su frustración con el vehículo. Necesitaba una ruta que lo llevara cuanto antes a su apartamento. Para ese momento se había desprendido de la corbata, las yuntas y la chaqueta.

Ambos se mantuvieron en silencio hasta que tomaron el ascensor del edificio. Aaron le dio un puntillazo a la puerta del elevador cuando tardó en abrirse. Lo primero que encontraron fue a Greta Watson asomando su envejecido rostro por la puerta.

—Buenas noches, Aaron —dijo la anciana.

—En este momento estoy que me lleva el diablo, Greta —dijo Aaron mientras abría la puerta de su apartamento.

—Siento escuchar eso —dijo Greta.

El bartender cerró la puerta tan pronto Helena entró. La mujer caminó hasta la habitación para recoger sus cosas. Si Aaron iba a comportarse como un maldito neandertal con ella, no se lo permitiría. Barrió con su brazo todos los cosméticos que tenía sobre la cómoda y los guardó en un bulto. Sacó su ropa del primer cajón con prisa y buscó su cepillo de diente.

—¿Qué haces? —preguntó Aaron.

—Me voy.

—¿Por qué me mentiste?

—¡Nunca te he mentido!

—El viernes sales para Nueva York con tu padre.

Helena abrió la boca, pero no pudo emitir palabras. Robert había cometido una imprudencia.

—Tenía planificado decírtelo hoy.

—¿Desde cuándo tenías ese plan?

No era conveniente decirle que desde mucho antes de que iniciaran y mucho menos que había recibido la carta de aceptación días antes de que comenzaran a vivir juntos.

—¡Dime! —gritó él.

Fue tan impresionante ese grito que Helena se estremeció.

—¿Me crees idiota? Te metes en mi casa y en mi cama, y ya tenías planes de marcharte.

—Aaron, escúchame —dijo Helena—. Esta noche, cuando culminara la cena, tenía pensado decirte.

—Todo el mundo lo sabía menos el imbécil Aaron Smith.

El bartender se quitó el reloj y se desnudó frente a ella para vestirse con un pantalón de pijama y una camisilla. Helena evitó mirarlo, pero aún en medio de la guerra era imposible no encontrarlo irresistible.

Aaron dejó la caja del anillo sobre la cómoda. Ella no pudo evitar las lágrimas.

—Mientras tú buscabas la forma de decirme que te irías, yo buscaba la forma de convencerte para que permanecieras a mi lado para siempre, Helena.

La mujer extendió la mano para mirar el interior de la caja, pero a medio camino Aaron le dijo:

—No lo toques, no lo mereces.

Helena debatía con sus lágrimas. ¿Cómo fue tan estúpida de no confiarle a Aaron sus planes? ¿El temor a perderlo? Lo estaba perdiendo como quiera, de manera irremediable.

Lo que le quedaba era marcharse. Él no entendería razones. Estaba

demasiado herido, así que terminó de recoger sus cosas, le dio un beso a Murray y le dijo al perro antes de irse:

—Sé un buen chico.

El perro le dio la panza como si supiera que se trataba de una despedida. Caminó por el pasillo, dejó la llave del apartamento sobre una mesilla cercana a la puerta y salió. Así culminaba aquel idilio.

## Capítulo 18



Linda Lowell se citó con las gemelas en un bar de South Beach. Esa noche no tenía ganas de llegar a su apartamento. Desde que Helena se había ido a vivir su amorío con el bartender se sentía muy sola. Solía pensar que debería aprender a convivir con su soledad, pero para una persona tan sociable y comunicativa esa vida ermitaña era casi un crimen.

Desde el rompimiento con César Castello estaba muy taciturna. La realidad era que se sentía orgullosa por su gran fuerza de voluntad. Llevaba trece días, seis horas y veintitrés minutos que no tenía comunicación con el capitán de mar. Pese a que quedaron en buenos términos, Linda prefería poner distancia.

Antes de la medianoche las gemelas quisieron seguir de juerga, pero a Linda no le parecía que ir a una discoteca a hacer aeróbicos era la mejor manera de acabar la velada. Se despidió de sus primas frente al bar después de tomarse una *selfie*, que sin duda iría a parar a Instagram para impresionar a su séquito de seguidores, y fue en busca de su auto.

Había un lugar que le brindaría sosiego y que estaba abierto las veinticuatro horas, Walmart. Así que se dedicó a una de sus grandes pasiones, comprar cosas que no necesitaba. «Compro lo que tal vez en algún momento necesite. Uno nunca sabe», solía pensar cuando le daba un ataque de consciencia.

Paseó el carrito por varios de los anaqueles hasta que llegó a su área favorita, las Barbie. Había una estantería llena de las muñecas de Mattel. En eso vio que una niña pelinegra correteaba por el pasillo.

—¡Papá! ¡Papá!

Y como la vida está hecha de extrañas coincidencias, se topó con los ojos del capitán de mar. La niña abrazó a César Castello por la cintura. Lo peor

sobrevino después, cuando Linda se fijó que detrás del hombre venía una mujer con el vientre bastante abultado, tanto que se le dificultaba moverse con facilidad. Linda fingió no reconocerlo. Posó su mirada en la Barbie astronauta que tenía en la mano suplicando tener un cohete tan lindo como la muñeca, que la sacara fuera de este mundo.

«No voy a llorar. No, lo voy a matar. No, le voy a reclamar», pensaba.

—Amorcito —escuchó que dijo la mujer y posó su mano sobre el brazo de César con la mayor normalidad del mundo. Claro era su esposa.

César intentaba recobrar la compostura. ¿Qué sentirá un hombre cuando se encuentra en una situación tan inusual como esa? ¿Por qué fue a Walmart del Doral cuando ni tan siquiera estaba en ruta a su apartamento? ¡Ah, claro! Era su preferido. ¿Acaso lo había olvidado?

—Linda, ¿cómo estás? —escuchar la voz del hombre tan serena le dio mayor indignación.

—Hola —contestó ella consternada aún.

—Ella es mi hija, Adriana, y... mi esposa, Karen —dijo el hombre.

¿Esposa? ¿César Castello era un maldito imbécil? ¿Por qué no huyó cuando pudo?

—Mucho gusto —dijo la esposa con una sonrisa, ajena a lo que había sucedido entre los amantes.

—Ella es una amiga que conocí cuando fui con Evander a Bahamas.

«Sí, Evander, el griego que también tiene una amante. Por cierto, yo fui la amante de tu marido precisamente en el yate inmundo de su jefe. Sí, tengo en mi celular una retahíla de mensajes muy eróticos de él. ¿Quieres verlos?», pensaba Linda.

Karen Castello era imbécil o demasiado confiada, y por eso era cornuda, porque ni tan siquiera indago en cómo se habían conocido.

—Me alegro verte, César —dijo Linda con el último vestigio de coraje que le quedaba y condujo el carrito fuera del pasillo.

Al final, abandonó la compra antes de llegar a la caja registradora y corrió fuera de la tienda hacia su auto, antes de subirse fue incapaz de controlar los

nervios, así que finalizó expulsando la cena que había compartido con su familia esa noche.

**H**elena se dejó caer en la alfombra de la sala en el apartamento de Linda. Agradecía que al menos Mitch la estuviera consolando. El gato, que era todo menos un despliegue de amor, esa noche parecía entender la tristeza de la mujer. Así que ronroneaba a su lado.

Estaba vencida. Aaron no le perdonaría su omisión. Debió de decirle desde el comienzo, aunque eso representara una sentencia de muerte a su relación.

Tampoco podía prometerle que no aceptaría la oferta, que renunciaría a la oportunidad de estudiar en una universidad tan prestigiosa. Quedarse significaría ser la recepcionista de Robert Lowell por el resto de su vida. Un trabajo que, aunque la retaba, no representaba una oportunidad de escalar nuevas posiciones.

En eso escuchó que Linda abrió la puerta. Al ver el rostro desfigurado de su hermana se asustó.

—¿Qué pasó? —preguntó Helena y se incorporó—. Te ves fatal.

—Un burro diciéndole orejón a otro. Los hombres son nuestra mayor desgracia. Te lo dije, Helena, cuando el bartender entrara al cuarto de castigo de Robert no sería el mismo.

Linda fue a buscar unas cervezas.

—Robert le contó que me voy a Nueva York.

Su hermana se detuvo en seco.

—Era preferible que se lo dijeras tú, Helena.

—Lo sé. —Helena se dejó caer en el sofá y luego aceptó la cerveza que su hermana le brindó—. Discutimos. —Lloriqueó—. Lo estropeé todo, Linda. Aaron llevaba en el bolsillo de su chaqueta un anillo.

Linda abrió la boca, sorprendida.

—Iba a pedirme matrimonio y yo...

—Siento que esté sucediendo esto.

—¿Y tú? ¿Por qué estás así?

—Fui a Walmart.

—Pues no lo parece, siempre vienes muy alegre.

—Me encontré con César y su familia.

—¿Con su familia? ¿A qué te refieres?

—A qué tiene una hija como de algunos cinco años y una esposa a punto de parir.

Ahora era Helena quien la miraba con la boca abierta.

—Tuvo la desfachatez de presentarnos.

—¡Miserable!

Linda le dio un trago largo a su cerveza y sonrió con ironía.

—¿Qué le costaba decirme: “Linda, soy casado, pero quiero una aventura”? —imitó la voz del hombre.

—No te hubieras acostado con él.

—Pero eso me dejaba a mí la posibilidad de decidir.

—No puedo creerlo, Linda. Tantas atenciones en la playa y en el yate...

—Tenía una amiga en Georgia que decía que cuando los hombres quieren meterte en un colchón son capaces de cualquier cosa. No debí confiar. Me habían dicho que los hombres italianos...

—No, eso son prejuicios bastante idiotas. Las personas infieles son infieles porque no aman de verdad, sin importar si son blancos, negros, orientales o estadounidenses.

—¡Lo odio!

Las hermanas pasaron el resto de la noche conversando y bebiendo cervezas. Terminaron durmiendo bajo la mesa de centro de la sala con sus cabezas apoyadas en cojines y Mitch observándolas desde el sofá mientras se aseaba.

«Humanas, borrachas, incorregibles», pensaba el gato.

Aaron Smith llegó tarde a su práctica con los niños de la comunidad de Hialeah. Ese lunes estuvo todo el día forcejeando con la compañía de seguro que atendía el asunto del bar, luego tuvo que ir al banco para transferirle a Robert Lowell el primer pago por la defensa de Mickey y más tarde se entretuvo reparando su auto.

Buscaba estar ocupado todo el tiempo para que cuando tocara la hora de irse a dormir, caer rendido y no tener oportunidad de pensar en Helena. Al menos se había enterado que Melisa Carter, su ex, se mudó de estado tras una repentina oferta de trabajo en California. La mujer se había ufano en las redes de que ahora trabajaría para una revista de moda muy prestigiosa. Eso le brindaba cierta paz al bartender porque esa mudanza significaba cientos de kilómetros de distancia. De todas formas, Melisa aprovechó para enviarle un mensaje dejándole saber que siempre tendría un lugar especial en su corazón y que, si en algún momento reconsideraba, ella estaría dispuesta a regresar con él, pero Aaron estaba más que convencido de que el tiempo para ellos había finalizado.

—Aaron —le dijo la más pequeña de sus alumnas, Daniela Rivera. Era una niña de seis años, a quien sus padres la llevaban a las clases de aikido para que disminuyera su agresividad.

—Dime.

La pequeña le chocó la mano a manera de saludo.

—Hoy no pelee en la escuela —dijo con orgullo.

—Daniela, eso es muy bueno saberlo —le dijo Aaron y le acarició la coronilla con cariño.

En ese momento intervino otra niña que tenía casi la misma edad de Daniela.

—Maestro, le traje esto —dijo Virginia y le entregó un caramelo.

—Muchas gracias —dijo Aaron.

—¡Esta enamorada del maestro! —coreó Armando, otro niño del grupo a modo de burla.

Aaron lo premio con un castigo, tres vueltas a la cancha trotando. Armando refunfuñó, pero obedeció.

Esa tarde se esmeró en atender a los veinte niños. Le dio su tiempo, su mente y su corazón. En ese espacio calmaba sus demonios y sobrellevaba la tristeza. Esa era su comunidad, la familia extendida que lo acogió cuando la sociedad dejó de creer en él.

Aaron se había citado con Ángela al siguiente día en su oficina. La mujer mantenía un despacho contable en el centro de Miami y manejaba la agencia [rentaunamigo.com](http://rentaunamigo.com) como un proyecto muy personal que le había servido durante su viudez.

El bartender esperó a que el asistente de Ángela le permitiera la entrada. Cuando se toparon se saludaron con un cálido beso.

—Barba de tres días —mencionó ella e hizo un gesto de desagrado con la boca. Era una mujer muy elegante y se conservaba hermosa, pese a que estaba por cumplir los sesenta—. Eso no me gusta. Espero que los problemas con el bar no te tengan desanimado.

—Digamos que se han levantado varias tormentas.

—Tú eres el señor de los vientos. No hay nadie que surfee la ola mejor que tú, Aaron.

—Voy a dejar la agencia —dijo Aaron de forma clara y directa.

A Ángela se le desfiguró el rostro.

—Acepté una oferta de trabajo en Las Vegas.

La mujer sonrió con tristeza.

—¿De qué huyes? Ni cuando lo de Melisa te veías así.

—Necesito un cambio de aire. Empezar de nuevo en otra ciudad, con otra gente...

—Te entiendo, cuando enviudé me sentí igual. Por eso vine a parar a Miami. ¿Pero qué harás con el bar?

—Le voy a vender mi parte a Mickey. Él me lo pagara poco a poco.

—¿Y cuándo te vas?

—El lunes.

—¿Y Murray?

—Se lo dejaré a mi madre mientras me establezco.

—Lo siento tanto, Aaron.

—Por eso necesito que me liquidez mi parte. Entiendo que es mucho dinero, pero...

Ángela sacó su chequera.

—Pierdo a un gran socio, pero no voy a debatir contigo. Tus razones deben ser muy poderosas para dejar negocio, familia y amigos. —La mujer le extendió el cheque con la cantidad acordada desde un principio—. Sabes que tienes las puertas abiertas para cuando quieras regresar. Siempre supe que este momento llegaría.

Aaron le extendió la mano, pero la mujer se incorporó, rodeo el escritorio y lo abrazo.

—Mucha suerte Aaron.

**R**obert Lowell se topó con Nancy Preston en el aeropuerto. Recordó que la mujer había insistido en viajar junto a Helena por lo del asunto de la universidad. Refunfuñó algo ininteligible y arrastró su maleta.

—Llegó el hombre del peluquín —fue el saludo de ella—. Si fueras mi marido, jamás hubiese permitido que te pusieras algo tan ridículo.

—A Scarlet no le molesta —dijo Robert y se dejó caer en una de las sillas en la salita de espera.

El vuelo estaba programado para salir en media hora, pero conociendo la

impuntualidad de Helena sospechaba que su hija llegaría un minuto antes de que cerraran la puerta del avión. Se acomodó en el asiento y extendió el periódico para leerlo.

—Me enteré de que perdiste la demanda Melbourne —dijo la mujer.

Robert la observó por encima de los anteojos que se acababa de poner.

—No sabía que ahora te interesabas por mis éxitos, Nancy.

Ella hizo una mueca y oteó su alrededor. Había pasajeros tan distintos como países en el mundo. Desde el episodio de las Torres Gemelas le había tomado manía a volar. Cualquiera podría ser terrorista. Desistió de esos pensamientos.

—¿Y por qué Scarlet no viajó contigo?

—Porque este asunto es entre Helena y yo. Ni tan siquiera tú deberías estar aquí.

Ella soltó una risa.

—Aún no te recuperas del incidente de Jean Paul —mencionó Nancy.

—¿Tu anciano amante francés? —Robert soltó una risita irónica—. No tengo ningún punto de comparación con ese alfeñique.

—Es muy buen amante.

—Si así fuera no te hubieras puesto ese perfume.

—Es tu preferido.

—No voy a acostarme contigo, Nancy.

La mujer sonrió y cruzó las piernas, lo que le brindó a Robert una interesante vista de sus muslos. Nancy Preston había hecho un pacto con el diablo, no se ponía vieja, sino, por el contrario, se ponía cada día más hermosa y eso lo enloquecía, porque hacía unos meses, por culpa del tal Jean Paul, la mujer había dejado de insistir en sus coqueteos.

El hombre recordó su último fin de semana juntos. Lo atribuía al morbo de que ya no fuera su esposa. ¡Mentira! Nancy Preston tenía de amante lo que tenía de bruja. Era ardiente, insaciable, no conocía de tabúes ni remilgos.

Robert no era un santo, nunca lo había sido en asuntos de mujeres. Cuando

estuvo en Harvard y luego en la Guerra del Golfo tuvo varias amantes, pero siempre regresaba con Nancy Preston. Era su puerto seguro, la mujer que lo enfebrecía de deseo. Lástima que, fuera de la cama, fueran tan incompatibles como el norte y el sur.

Y Helena no llegaba y esa mujer no dejaba de mover su pierna con ese sexy vaivén que tanto lo enloquecía y el periódico no tenía suficientes noticias que lo entretuvieran y fue un imbécil, sí, muy imbécil cuando la dejó por Scarlet. Tomó el celular y marcó. Para variar, Helena tenía apagado el teléfono o con seguridad lo tendría descargado.

Llamó a Linda.

—¿No han salido? ¿Qué creen? ¿Qué puedo pagarle al piloto para que espere a Helena? Dile que se apure o perderá el avión. No me digas que estás tratando, Linda. ¿Sabes cuánto me cuesta este viaje? No, no tienes idea. Miles de dólares. Claro, pero como ustedes son un par de inconscientes...

«Qué bueno que te pase por consentirlas», pensaba Nancy.

—Dense prisa. —Robert colgó cuando al fin pudo descargarse—. ¿No vas a decir nada?

—Creo que te lo he dicho hasta la saciedad. Las tienes demasiado consentidas.

—Son mis hijas, ¿qué quieres?

—Pues no te quejes.

—Pues no me quejo.

El hombre enterró la cara en el periódico para ignorar a su exesposa.

**L**inda conducía a toda velocidad para intentar acortar el tramo desde su apartamento al Aeropuerto Internacional de Miami. Por amor a su hermana, había dejado de lado su propia tristeza. Debía concentrarse en ella, ya habría momento para llorar a César Castello, aunque estaba convencida de que ese canalla no merecía ni una pizca de su congoja.

—¿Llevas todo, Helena? —le preguntó a su hermana sin perder de vista la carretera.

—Sí.

Durante todo el trayecto hablaron poco, era como si cada una desistiera de la despedida. Según el calendario académico, Helena no tomaría vacaciones hasta diciembre, así que tenían por delante cinco meses de distancia durante los cuales no tomarían vino, no irían de compras y no dormirían juntas cuando apretara cualquier tormenta y los truenos y relámpagos no las dejaran dormir. No habría noches de maratones en Netflix, con palomitas de maíz incluidas o de spa en donde intentarían embellecerse una a la otra.

—¿Estás segura, Helena? —se aventuró a preguntarle Linda cuando estaba a punto de tomar la última salida hacia el aeropuerto.

No, no estaba segura de nada, pero tampoco existía la opción de echarse atrás. Papa Lowell y mama Preston la esperaban ansiosos en el aeropuerto. Además, tenía esa bendita carta de aceptación a su nombre. El compromiso la empujaba, aunque su verdadero deseo era correr a los brazos de Aaron e intentar arreglar las cosas. Renunciaría a todo con tal de que la perdonara.

—Helena, esta es la última oportunidad que tienes.

—Linda, por favor, no me atormentes —suplicó Helena con la emoción atascada en su garganta.

Fue incapaz de contener las lágrimas. Linda la miró de reojo y giró el volante para no tomar la salida.

—Iremos a Miami Beach —dijo Linda, determinada.

—¡Estás loca!

—Intento salvarte de tu peor error.

—Robert no nos perdonará.

—Es nuestro padre, claro que sí.

—Aaron no quiere saber nada de mí y yo no estoy dispuesta a humillarme.

—No te rindas sin luchar, Helena.

—Detén el auto.

—¿Qué te pasa?

—¡No voy a ir! Y espero que respetes mi decisión.

—Helena, ese orgullo...

—Llévame al aeropuerto.

Linda hizo una mueca de disgusto. Tomó la siguiente salida y condujo en dirección al aeropuerto. Rogaba porque el orgullo de Helena no la hubiese conducido a un error que luego le produjera mayor dolor.

Se impuso el orgullo.

Aaron estaba en el bar enmendando los detalles de la barra. Como perfeccionista sabía que antes de pasarle una mano de barniz debía pulir la superficie hasta dejarla prolija. En cambio, Mickey se esmeraba en colocar unas nuevas cortinas de madera para evitar que el sol de la tarde se colara en el interior. De fondo se escuchaban las canciones de Bee Gees, pues el bartender era fanático de su música.

—¿Y dices que se va? —preguntó Mickey.

—El padre me dijo que viajarían hoy.

—¿Y qué haces aquí?

El bartender se detuvo, pero luego resopló y retomó la tarea.

—Si te voy a vender mi parte del negocio, debo entregártelo en condiciones. Mickey.

—¿Y no será que te desquitas con la barra las ganas de correr a ese aeropuerto?

—Sería muy egoísta de mi parte retenerla.

—¿Sí? ¿Crees en esa estupidez?

—Claro, la aceptaron en esa universidad. Se convertirá en una abogada prominente, como su padre. Por cierto, ya le di una parte del costo de tu defensa.

—Te dije que Maggie y yo...

—Mickey García, ya llegué a un acuerdo con Robert y pagaré por ello.

Mickey resopló. Discutir con un hombre tan obstinado como Aaron era imposible.

—Me enteré por las noticias que el vikingo salió del hospital —comentó Mickey—. Maggie averiguó que lo llevaron a un centro de rehabilitación.

Era cierto, Theo Harding había comenzado su proceso para superar la parálisis de su parte inferior, aunque los doctores que lo estuvieron atendiendo durante su estadía en el hospital le dijeron que había solo un veinticinco por ciento de que se recuperara en su totalidad.

—Ojalá y se recupere —dijo Aaron—. Dentro de todo, Theo era mi amigo, pero la maldita cocaína lo cegó.

—Eso espero.

Aaron sabía que Mickey se sentía culpable por lo ocurrido.

—No me dará la vida para agradecerte, Mickey.

—Lo haría de nuevo, sin dudar. Tú eres mi hermano, Aaron.

Ambos se mantuvieron en silencio.

—Ve a buscar esa mujer —insistió el cubano al rato, cuando ese tema parecía ya zanjado.

—¿Te olvidas de que ya firmé contrato con Richardson? —comentó Aaron.

Richardson era una cadena de bares establecidos, desde hacía una década, en las capitales de entretenimiento de Estados Unidos. Aaron había aceptado una jugosa propuesta por ser el bartender del bar principal en Las Vegas. Un contrato que incluía hospedaje y un considerable sueldo.

—Necesito un cambio —dijo Aaron.

—Necesitas los besos de tu chica daiquirí. No seas obstinado, Aaron. Cuando la vida pase, te vas a arrepentir.

Al final, ganó la obstinación.

# Capítulo 19



*Cuatro meses después...*

**E**se invierno se perfilaba frío en la ciudad que nunca duerme, Nueva York. Helena observaba el panorama de rascacielos desde su ventana del octavo piso. Tocó el cristal con la mano y se convenció de que su camino hasta la universidad sería una tortura, pero no tenía alternativa. Tenía que tomar ese último examen del semestre, entregar los proyectos pendientes y empacar.

Esa noche su padre la esperaría en su casa con una cena familiar para celebrar sus primeros logros en la facultad de leyes. «El tiempo pasa corriendo, Helena. Pronto litigaremos juntos», le había dicho en su última conversación telefónica.

Se puso el abrigo y un gorro, junto a un par de guantes y dejó el apartamento. De camino se detuvo en un café que quedaba en ruta. Necesitaba algo caliente que le ayudara a solventar el endemoniado frío. Sentada sobre el taburete frente a la barra del lugar contempló el televisor en lo que aguardaba porque le despacharan el café.

“Y como nota curiosa, le presentamos el final del concurso de coctelería que tuvo lugar este fin de semana en Las Vegas, Nevada”, dijo una presentadora de televisión. “Muchos recordarán la inigualable sonrisa de este hombre que nos cautivó hace unos años cuando se convirtió en el rey de los bartenders en todos los Estados Unidos”.

Helena sintió un vuelco en el estómago cuando la imagen del bartender apareció en la pantalla. Se veía feliz. Llevaba una camisa negra que resaltaba sus ojos verdes y su cara de niño. Sonrió al lente y aparecieron aquellos hoyuelos que tanto la atraían.

“Cuéntanos, Aaron, sobre ese trago que te hizo ganador del trofeo”, dijo la

presentadora. “Se llama chica daiquirí”, dijo él. Helena se aferró a la barra mientras debatía con las lágrimas. “Significa mucho para mí”, continuó el bartender. “¿Por alguien en especial?”, preguntó la presentadora. Aaron sonrió, mojó sus labios con la lengua, se veía ansioso, y dijo: “Representa el amor”. “Un hombre enamorado”, dijo la presentadora. Se notaba que también buscaba coquetearle al bartender. “Hay mucho de eso”, contestó Aaron.

—Señorita, por aquí su café —la interrumpió el dependiente.

Después de eso Aaron se despidió y la presentadora pasó a otros temas.

—Quien fuera esa chica daiquirí —comentó una mujer que estaba sentada en el taburete contiguo a Helena—. Con tamaño ejemplar, correría a buscarlo. ¡Dios Santo! Ese hombre tiene unos hoyuelos que están para comérselos. Imagino las manos. Si se dedica a trabajar con ellas, debe acariciar como los dioses.

Helena intentaba concentrarse en el café. Se le haría tarde para el examen.

—Un bartender así necesito yo —comentó otra—. ¡Vaya la suerte de la tal chica daiquirí!

—Debe ser bien estúpida para no correr tras él —dijo una anciana—. Se nota que la ama.

—Ya quisieran ustedes —dijo el dependiente.

—Rolando, ahórrate las opiniones —le dijo la primera mujer que comentó —La verdad es que la tal chica daiquirí debe estar muy arrepentida.

—Yo andaría llorando. Se ve que se muere por ella.

—La suerte de algunas.

—Y yo iría a hacerle el amor —comentó la anciana y las demás rompieron en risa.

Helena puso un par de billetes sobre el mostrador y dejó el lugar casi corriendo, pero para su desgracia en uno de los tabloncillos de publicidad se presentaba parte de la entrevista. Era como si todo Nueva York le reclamara: “¿Qué piensas hacer con el amor?”.

—**R**obert, se retrasó el vuelo —le dijo Linda a su padre.

Linda acababa de entrar en la biblioteca de la casa de su padre.

—Está muy raro. No hay nevada y...

—Últimamente hasta por una cucaracha en la cabina se atrasan —dijo Linda mientras se sentaba frente al tablero de ajedrez—. Helena acaba de llamarme.

—Tu hermana siempre anda retrasada —se quejó Robert y se sirvió un whiskey—. ¿No sabes si ha mantenido comunicación con ese hombre?

—Padre, Helena está enfocada en sus estudios.

—¿Y tú? ¿No sales con nadie?

No le diría que desde su último encuentro con el capitán de mar se había cerrado al amor. Necesitaba sanar. Buscar la manera de encontrarse a sí misma. Aún no se recuperaba de la burda traición de César Castello.

—Eres joven y bonita —reconoció Robert—. Deberías...

—Padre, ven, juguemos un partido de ajedrez.

Ambos se acomodaron después que Robert le extendió un whiskey.

—Sé que siempre fui muy exigente contigo, Linda. Incluso, mucho más de lo que fui con tus hermanas. Pienso que fuiste la más que sufriste cuando Nancy y yo nos separamos, pero quiero que sepas que me siento muy orgulloso de ti. Tu carácter desafiante cuando me dijiste que no estudiarías leyes, sino educación preescolar, me sorprendió. —Robert guardó silencio—. El día que me dijiste que te ibas a casar con ese hombre afroamericano, que te había robado el corazón durante tus vacaciones a Vancouver, fue muy duro para mí.

Linda le acarició la mano. Robert tenía miles de defectos. Era muy cerrado para el cruce interracial, para vivir en la época actual en que las generaciones eran más dispuestas aceptar las diferencias, a pensar que sus hijas tenían la capacidad de vivir sus vidas de una manera adecuada, pero dentro de todo, amaba sin límites.

Robert recordó la vez que tuvo que ir a Atlanta a buscar a su hija. Tomó a Harry por las solapas de su bata de cirujano y en el pasillo del hospital le dijo: “Yo te la entregué en el altar y hoy te la quito por no saberla cuidar”. Ese

día hizo que Linda recogiera sus cosas, junto a su dignidad y la llevó a Miami. La mujer se arrastró de dolor por varios meses, pero al final salió adelante.

Ella tampoco lo olvidaba.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí, papá.

—He cometido muchos errores con ustedes tres.

—Has sido el mejor padre que nadie pueda tener. Has cuidado de tus cachorras con celo.

—Pero en el ínterin les he hecho mucho daño. Las he sobreprotegido.

—Los papás no tienen un librito de instrucciones.

—Lo que he hecho ha sido porque las amo.

—No tengo duda, Robert Lowell.

Linda se sentó en el regazo de su padre como cuando tenía cinco años y le besó la frente.

—Te amo, mi viejito gruñón.

—No estoy tan viejo. —Ambos rieron—. ¿Me quieres con todo y mi peluquín?

—Tal vez deberías probar afeitándote la cabeza.

—No creo.

Rieron de nuevo. Linda retornó a su sitio para iniciar la partida y Robert Lowell esta vez la dejó ganar.

**A**aron se sentó frente al piano entre vítores y exhortaciones de que tocara el éxito Joe Cocker, *You are so beautiful*. Hacía años que no tocaba las cincuenta y ocho teclas del instrumento. Se sentó en el banquillo, erguido, con sus brazos extendidos. Esa noche celebraban que el bartender había logrado arrasar en la competencia de cocteles. Así que el hombre optó por vestir un traje azul marino con corbata a juego.

Marvel, una de las camareras del lugar, quien desde la llegada de Aaron se

convirtió en su admiradora, lo contemplaba desde la barra.

—Ojalá y algún día te haga caso —le dijo una de las compañeras de trabajo a la mesera—. Pero ese hombre se nota que está muy enamorado y no es de ti, Marvel.

El bartender inició su interpretación y los aplausos del público no se hicieron esperar. Se entregaba a la hermosa melodía mientras cerraba los ojos y evocaba la última vez que hizo el amor con Helena. La recordaba ardiente, envuelta en un frenesís exquisito, poseída por la lujuria. Sus besos anhelantes, su cara de sorpresa cada vez que él la disfrutaba. Luego, sus cuerpos rendidos, sedientos, saciados. ¿Lograría olvidarla? ¿Los cientos de kilómetros que lo separaban serían suficientes para superar aquel amor?

Tan pronto acabó la canción, abrió los ojos y la vio parada en la puerta, con sus ojos arrasados en lágrimas. No pudo reaccionar de primera intención, pero luego se incorporó despacio. Se fijó en que Helena corría hacia él para aferrarse a su cuello y besarlo.

Marvel se giró con su rostro frustrado.

—Creo que te robaron al niño de cara bonita —le dijo la misma compañera, con sorna.

Aaron y Helena recibieron aplausos y silbidos desde todos los rincones del salón.

De pronto el mundo del bartender se redujo a ellos dos.

—Helena.

Ella le tapó la boca con la mano.

—Quiero que me perdones, Aaron. Te amo y la vida que quiero es a tu lado.

—Tus estudios.

—Tú eres mi vida, bartender. No sé como pude sobrevivir tres meses sin tus besos.

Helena se acercó al oído y le dijo:

—Necesito que me hagas tuya.

—Tus deseos son órdenes.

Aaron miró hacia la barra y logró atrapar un llavero que el dueño del bar le lanzó. Eso significaba que Bradley le daba el resto de la noche libre. El hombre le guiñó un ojo y le hizo señas de que se fuera. El público volvió a aplaudir cuando vio que el bartender tomaba a Helena de la cintura para dejar el local.

—Tienes muchos fans —le comentó Helena, divertida, mientras Aaron levantaba su mano para lograr conseguir un taxi.

—La única admiradora que deseo y necesito eres tú, cariño.

Tuvieron los preliminares en la parte posterior del taxi después que Aaron le solicitó al chofer que inclinara el retrovisor y que, si no fisgoneaba, le pagaría una buena propina. El hombre ni se dio por enterado. Estaba acostumbrado a pasear prostitutas de un lado a otro de Las Vegas, aunque le pareció que aquella prostituta debía ser muy selecta, su vestido era muy elegante. ¿Cuánto cobraría por trabajar con su boca? Al final el chofer desistió de sus pensamientos.

—Me voy a casar con esta mujer —le dijo Aaron cuando se detuvieron frente al hotel donde el bartender se hospedaba. Le entregó el pago junto a una jugosa propina—. Es hermosa.

«Pobre infeliz, se casará con una prostituta», pensó el taxista. El hombre arrancó tan pronto Aaron y Helena dejaron el auto.

Cuando alcanzaron el interior de la habitación, ambos se desvestían con prisa. Ya no había tiempo para juegos innecesarios. Ambos estaban listos y anhelantes por poseerse y así lo hicieron. Terminaron rendidos y riendo.

—No nos protegimos, Aaron —se lamentó Helena.

—No importa, he sido tuyo todo este tiempo.

—Yo también, pero creo que estoy en mis días fértiles.

Aaron sonrió, se incorporó del colchón para buscar algo en el closet. Se giró, desnudo y con una cajita verde en sus manos. Puso una rodilla en el suelo y le mostró la joya.

—Hubiese querido hacerlo de una manera más romántica, pero no quiero esperar —dijo Aaron.

Helena no paraba de reír. Estaba nerviosa, pero extendió su mano y dijo:

—Sí, acepto.

—Espera a que te lo proponga.

—No es necesario. Estoy segura de que quiero vivir contigo, ser la madre de tus hijos y acompañarte hasta que estemos bien viejitos y aún, después de la muerte, espero amarte, Aaron Smith.

—No sabía que eras tan romántica, Helena.

Aaron le puso el anillo.

—Ahora sí, señorita Lowell. De esta no se escapa. Te amo, mi chica daiquirí.

—Yo también, mi sexy bartender.

Ambos se abrazaron y terminaron en la cama en otra ronda amorosa que duró hasta la madrugada.

Helena y Aaron encontraron el amor de la manera que menos imaginaron y allí, sin el protocolo y la pompa, se juraron amor del bueno, de ese que se dice desde el corazón y se demuestra con hechos.

De ese que rebaza el romanticismo platónico porque está hecho de pura verdad y de compromiso. Ese que nos hace plenamente feliz.

# Epílogo



*Dos meses después...*

Nassau, Bahamas

—**A**sí que Robert no validó su matrimonio en Las Vegas —Mickey le ayudaba a Aaron a arreglarse.

El bartender iba de un lado a otro con movimientos erráticos mientras procuraba avanzar. El cubano iba detrás intentando ponerle la corbata.

—Sabes cómo es Lowell —le dijo Aaron.

Claro que lo sabía y más aún en la sala de un tribunal. Lo había visto defenderlo con sus garras frente al juez hasta sembrar la duda sobre el incidente con el vikingo. Al final, el juez exoneró al cubano cuando el jurado determinó que el incidente fue un acto en defensa propia. Obvio que el desfile de testigos incluyó a Aaron, a Helena, al equipo de fútbol y a todos cuanto Robert pudo incluir. Faltó el gato de Linda, pero Mitch era un poco traicionero, así que optó por dejarlo fuera.

Al final, Theo Harding no pudo salirse con la suya. Fue lamentable que jamás pudiera recuperar la movilidad de sus piernas y que así acabara una de las grandes glorias del fútbol americano.

Luego de eso Robert se mostró pertinaz en que Aaron y Helena deberían hacer una boda tradicional, así que no pudieron evitar la pompa y el protocolo. Lo que sí pidieron fue retornar al paraíso donde todo empezó. De esa forma, Robert alquiló un yate de lujo para celebrar la boda en la bahía más vistosa de Nueva Providencia.

—Vas a llegar tarde, Aaron —le dijo Mickey cuando miró su reloj de muñeca.

El bartender se aseguró de tener los anillos en el interior de su traje y se dirigió a la puerta.

**H**elena intentaba que la brisa del mar no le arrancara el velo y que las flores no terminaran en el agua. Su hermana mayor le llevaba la cola mientras las gemelas transmitían en vivo para las redes sociales. Con la fama que había adquirido el bartender calculaban que las marcas de alcohol pagarían una fortuna por esas imágenes. Scarlet, Adele y su marido aguardaban en la cubierta del barco. La tía Eugene y Dimitri fungieron de padrinos. La abuela quiso acompañar el cortejo, así que llevaba los anillos.

Aaron, en cambio, esperaba en el improvisado altar mientras Robert llevaba a su hija del brazo con denotado orgullo. Gesto que le duró hasta la mitad del tramo, pues Nancy Preston exigió que quería ser parte de la entrega. Así que ambos padres hicieron el recorrido final junto a Helena.

Aaron se giró cuando Mickey le dijo que podía mirar. Su chica daiquirí se veía radiante. Jamás imaginó que la vida lo premiaría con una mujer tan hermosa. Esta vez no fue el arzobispo quien ofició la boda, sino que el cura local quien los hizo repetir los votos. Allí, frente a la familia, sellaron sus destinos.

—Te amo, Aaron —dijo Helena.

Aaron sonrió con esos hoyuelos que tanto la enloquecían.

—Soy tuyo.

**A**aron y Helena disfrutaban de su luna de miel en una cabaña que alquiló el bartender en el este de la isla. Un santuario natural, solitario y discreto, en donde se pudieran amar sin reserva. Le fascinaba que su mujer se paseara por la sala desnuda o que la sorprendiera haciendo el desayuno con solo un bikini de encaje.

Se amaban en cualquier oportunidad. Esa tarde Aaron se sentó frente al piano para brindarle un concierto a su mujer. Estaba desnudo mientras Helena

le daba uvas en su boca para animarlo.

—Estamos locos, Aaron —dijo ella cuando se sentó a su lado en el banquillo—. Por cierto, no me habías dicho lo del piano.

—Soy una cajita de sorpresas —dijo él—. ¿Recuerdas?

—¿En la cama o fuera de ella? —preguntó Helena con picardía.

—Todavía no te muestro todos mis trucos, nena. Tengo varias sorpresas reservadas.

Su mujer lo miró con sus ojos oscurecidos de deseo y comenzó a acariciarse los pechos para tentarlo. Aaron era incapaz de recordar si la nota era en Sol o en La, si eran negras o blancas. Si la melodía era clásica o popular. Helena se subió al tope del piano y abrió sus piernas para deleitarlo.

El bartender suspiró. ¿A quién se le ocurrió la estúpida idea de que Helena Lowell era remilgosa o frígida para el sexo? Ella continuaba tocando su cuerpo a la vez que exhibía una libidinosa sonrisa.

—Cariño, ¿no quieres tu concierto privado? —le preguntó Aaron sin dejar de tocar el piano.

—Te noto tenso, Aaron.

—Estoy caliente.

—¿Por qué?

—Me estás tentando a ser un chico malo, Helena.

—¿Sí? —dijo ella y colocó los tobillos en los hombros de él sin dejar de sonreír, traviesa.

Aaron no fue capaz de resistir. Se aproximó, le sonrió mostrando sus hoyuelos y se sumergió en su entrepierna. Helena soltó un grito cuando su marido la llenó de placer.

—Aaron Smith, quiero ser tuya para toda la vida.

—Te amaré por siempre, cariño.

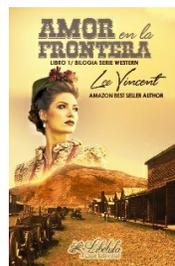
Allí, en el paraíso, se amaron hasta que sus cuerpos desnudos y sedientos se desvanecieron sobre la alfombra.

Existía la promesa de que se amarían para siempre y bajo ese juramento se

dedicaron a vivir juntos, porque si buscas un amor, la vida te premia con la más bonita historia.

—Fin—

## Otras novelas de Lee Vincent



Todas estas novelas las puedes adquirir en todas las plataformas de Amazon, tanto de forma digital como en libro impreso.